



LA ANTORCHA

[N.º 02 - Abril 2023]

De hecho, ya que la muerte vino por medio de un hombre, también por medio de un hombre viene la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:21)

En este número iluminamos la

Muerte



En este número conoceremos los rituales funerarios en las distintas culturas, transitaremos por el Gólgota, analizaremos la deshumanización de la muerte en la arquitectura, el cine y la literatura. Hablaremos del animalismo y sus consecuencias, saltaremos al ruedo para analizar en profundidad el sacrificio de los toros y nos echaremos al monte para hablar de caza. Tendremos presentes a los mártires y, por supuesto, el problema creciente del suicidio. Con Elena Postigo y Manuel Martínez-Sellés hablaremos de la eutanasia en España. Y contaremos con la pluma de Mons. Martínez Camino, Juan Manuel de Prada, Hughes, Enrique García-Máiquez, Juan Arana, Esperanza Ruiz y Jorge Soley entre otros.

Equipo

Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera
Presidente

Pablo Velasco Quintana
Editor

Jaume Vives Vives
Director

Guillermo Altarriba Vilanova
Álvaro Espinosa Malagón
Redacción

Josema Visiers Lecanda
Producción audiovisual

Daniel Velasco Fernández
Diseño y Maquetación

Consejo editorial: Ricardo Cuevas, Ana Corregidor, Carmen Fernández de la Cigoña, Maika Fornieles, Rafael Murillo, Vicente Navarro, Pablo Pomar y Jorge Soley.

Ilustración de la portada: Babanguda.

Colaboran en este número

Juan Arana Académico numerario de la Real Academia de Ciencia Morales y Políticas | P.J. Armengou Periodista, corresponsal en Jerusalén | Diego Blanco Albarova Escritor y productor audiovisual | Fernando Bonete Vizacino Director del Grado en Humanidades USP-CEU | Patxi Bronchalo Sacerdote | Antonio María Doménech Sacerdote | Enrique García-Máiquez Poeta | Hughes Periodista | Juan Antonio Martínez Camino Obispo auxiliar de la archidiócesis de Madrid | Isidro Molina Sacerdote | Vali Olgún Ilustradora | Juan Luis Orellana y Gutiérrez de Terán Periodista, crítico de cine y director del Departamento de Cine de la CEE | Manuel Orta Gotor Sacerdote | Domingo Pacheco Sacerdote | José Miguel de la Peña Ilustrador | Pablo Pich Sacerdote | Gerardo del Pozo Diego Sacerdote | Juan Manuel de Prada Periodista y escritor | Esperanza Ruiz Periodista y escritora | Auctor Salutis Ilustrador | José María Sánchez Galera Periodista | Jesús Silva Sacerdote | Jorge Soley Climent Economista y escritor | Joana Vives Brescó Licenciada en Filología Hispánica y Diplomada en Biblioteconomía y Documentación | Eulàlia Vives Vives Psicólogo

La Antorcha, impulsada por la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) | Isaac Peral 58, 28040 Madrid | Teléfono: 91 456 63 27 | comunicacion@acdps.es | Edita: Secretariado Nacional de Comunicación ACdP | Impresión: Imedisa S.L.U. | Depósito legal: M-29202-2022 | ISSN: 2952-1815

www.acdp.es/la-antorcha/

La Antorcha

LA MUERTE EN LA IGLESIA

- 06 - La muerte: ¿enemiga o hermana? ¿castigo o don?
- 09 - Benedicto XVI (1927-2022)
- 10 - La Misa: un sacrificio incruento que nos acerca a la vida eterna
- 14 - Más de 10 000 murieron perdonando a sus verdugos
- 18 - Morir como los mártires
- 20 - Siete Palabras para la vida
- 24 - 'Red de Redes' y la eterna pregunta: ¿qué hay después de la muerte?
- 27 - El Evangelio de los días santos comentado
- 32 - Cómic *En cinco horas veré a Jesús*

LA MUERTE EN ESPAÑA

- 36 - Sociedad idolátrica, sociedad religiosa
- 38 - La muerte en cifras
- 40 - La eutanasia en España dos años después de su aprobación
- 45 - La última carta
- 50 - Del velatorio en casa al tanatorio-hotel: la deshumanización de la muerte
- 56 - 36 días y una eternidad junto a Gabriel
- 60 - Entre el puente y el río: "Soy un superviviente, sobreviví al suicidio de mi madre"
- 64 - Alguien nos mira

LA MUERTE Y LOS ANIMALES

- 66 - Igualdad hombre-animal: 10 claves para entender por qué el animalismo es un problema
- 70 - La muerte en el ruedo: "Tener compasión de un toro es insultarlo"
- 74 - "Las noches de invierno muchas veces he visto los ojos de los lobos; se te hiela la sangre"
- 78 - El cordero de Pascua
- 80 - Cordero asado

LA MUERTE EN LA HISTORIA

- 82 - ¿Qué nos dice la ciencia sobre la muerte de Cristo en Jerusalén?
- 88 - Dime cómo entierras y te diré quién eres
- 94 - ¿Qué nos dice la ciencia sobre la muerte de Cristo en Jerusalén?
- 98 - Alejandro Rodríguez de la Peña: "Hemos convertido la compasión en un artículo de masas"
- 101 - Higinio Marín: "Los muertos no consiguen protagonizar ni su propia muerte"

LA MUERTE EN LAS LETRAS

- 104 - Tragedia más tiempo
- 106 - Tres lecturas breves de vida y muerte
- 108 - Matar a la muerte: una lectura de *Un mundo feliz*
- 111 - Tenga usted éxito en su muerte
- 114 - El don de los hombres. La muerte en la mitología de J.R.R. Tolkien

LA MUERTE EN EL ARTE

- 118 - Temor a la muerte
- 120 - Arte en el umbral
- 126 - Los secretos del Cachorro, el Crucificado que nunca llega a morir
- 130 - La cultura de la muerte en el cine
- 134 - Si hemos de morir, riamos
- 137 - Aprendizaje, duelo y oración: la muerte más allá del *game over*
- 140 - Esclavos fantasma y zombis digitales. En Internet no muere nadie

LA VIDA EN LA MUERTE

- 142 - La Sábana Santa: el retrato de un sacrificio, la prueba de una resurrección

Carta del director



POR **JAUME VIVES**

Todos los lectores del segundo número de *La Antorcha*, más pronto o más tarde, abandonaremos este valle de lágrimas.

Algunos, antes de que llegue ese momento, tendrán ocasión de detenerse en algún lugar acogedor a comer algo sabroso, otros podrán chapotear en el río para refrescarse y reír un rato y otros no encontrarán siquiera un lugar donde descansar durante el viaje al otro lado del valle.

Pero el final será el mismo para todos. Es inevitable, por mucho que la ciencia moderna se empeñe en intentar lo contrario: las células mueren y la carne se descompone.

El editor y productor milanés Angelo Rizzoli, en su lecho de muerte, cuando recibía la extremaunción, exclamó: “¡No me puedo morir! ¡Soy el hombre más rico de Europa!” y

es que hay verdades que conviene descubrir y vivir antes de que sea demasiado tarde. No tanto por no caer en el ridículo, como por no caer en lo que Fabrice Hadjadj cuenta en su libro *Tenga usted éxito en su muerte*: “Nuestro final nos hace abrir los ojos como platos dolorosa y atterradoramente, como les ocurre a los cerdos que son sacrificados. Estábamos contentos con nuestro comedero, nos habíamos cebado bien y no habíamos visto que la comodidad y el engorde eran para nuestro próximo degüello”.

Aquí de lo que se trata es de averiguar si ese degüello, que se nos acerca desde el día de nuestro nacimiento, puede iluminar toda nuestra existencia. Si tiene un sentido que pueda dotar de plenitud estos años previos antes de nuestro funeral.

Y para responder a estas preguntas hay que ir en dirección contraria a la del mundo, que huye de la muerte y del sufrimiento a toda prisa, como si eso fuera posible. No podemos ser presa del pánico, aunque tener miedo al adentrarnos en este número es signo inequívoco de buena salud. No se trata de un juego masoca, sino de mirar a la muerte y al dolor con el miedo y el respeto que merecen. Como también dice Hadjadj, tener presente la muerte genera una cultura de la vida, lo contrario acaba conduciéndonos a una cultura de la muerte.

Como bien cuenta Chapu en este mismo número, el torero tiene que salir al ruedo con miedo, porque sabe a lo que se enfrenta y no está loco. Pero el pánico es otra cosa, es enfrentarte a algo para lo que no te has preparado. Y allí tienes las de perder, te pilla el toro porque las sombras se apoderan de ti y te dominan.

Y así es como tenemos que vivir nuestra vida, como un torero, saliendo al ruedo de la vida con el miedo de aquel que sabe a qué se enfrenta y el final que le espera, para que, al llegar el momento, mantenga el control y no corra como pollo sin cabeza.

Este afán por esconder la muerte lo impregna todo: desde alejar los cementerios de las ciudades, pasando por eliminar los velatorios en casa o convertir los tanatorios en algo parecido a un hotel de cuatro estrellas, hasta la modificación del lenguaje, que convierte lo que toda la vida ha sido un suicidio asistido en una “buena muerte”.

Así que en este número hemos intentado iluminar todo aquello que, igual que en *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, han pretendido escondernos: los cementerios, los enfermos terminales, los rituales en torno a la muerte, el dolor, los hospitales... porque la negación de esto nos lleva a otro problema creciente del que también hablaremos en estas páginas: el suicidio. Que es ese pánico

que a uno lo domina cuando tiene que enfrentarse a un monstruo para el que no estaba preparado.

Que la muerte es el gran tema, es algo en lo que coincidimos todos los que estamos detrás de *La Antorcha*. Y tan es así que seguramente le dediquemos futuros números. Se han quedado fuera muchas ideas que nos habría gustado tratar.

Si nos hacemos las preguntas correctas sobre la muerte y conseguimos encontrar las respuestas adecuadas, tendremos lo suficiente para vivir una vida de verdad, más acorde a lo que se espera de un humano y menos parecida a la que vive un animal.

Si vivimos en la abundancia, la muerte es un yugo que cada vez aprieta más. Si fracasamos en esta vida (el mayor de los pecados mundanos), la muerte es una liberación. Yo puedo decir que siempre he tenido el regalo de vivir la muerte como una gran fiesta de liberación.

En casa nunca han querido guardarla en el sótano. Ha estado bien presente desde siempre. A los abuelos los hemos acompañado en su agonía y hemos rezado y cantado junto a su lecho de muerte, que se convertía en un altar desde el que subían nuestras plegarias hasta el cielo. A los nuestros los hemos enterrado siempre cantando a una sola voz el Himno de la Perseverancia, que es de una belleza sin igual, mientras sellaban la lápida, y finalizado el acto de dar sepultura al difunto, una multitud nos hemos reunido en torno a una mesa regada con buen vino y acompañada de un delicioso manjar mientras los recuerdos, las anécdotas y las bromas (con el difunto como protagonista del banquete) se sucedían sin parar.

Ese ha de ser, a mi humilde entender, el modo de recibir a la muerte cuando por fin se presente, con una fiesta. Pues pocos castigos serían más duros que la inmortalidad en esta vida. ■

La muerte: ¿enemiga o hermana? ¿castigo o don?

Hemos sido hechos para no morir jamás. Y sin embargo, si hay algo seguro, inevitable, ineludible, es la muerte. De aquí el miedo, la tensión, el revolvernos contra esa inexorable sentencia, porque sabemos en lo más hondo de nuestro ser que no deberíamos morir.

POR **JORGE SOLEY CLIMENT**

No era ese el plan de Dios. Fuimos creados para vivir eternamente: tras una vida en el paraíso terrenal, a nuestros primeros padres (y nosotros tras ellos) les estaba destinado llegar al cielo para vivir eternamente con Dios. Una transición desde la tierra al cielo suave, sin dolor ni padecimientos. Pues, aunque el hombre poseyera naturaleza mortal, Dios lo destinaba a no morir (CIC, 1008). Pero, lo sabemos bien, llegó el pecado de nuestros primeros padres y por el pecado entró la muerte en el mundo. Expulsados del jardín del Edén, no solo tenemos que sudar para comer el pan y damos a luz con dolor, sino que estamos condenados a pasar por la experiencia traumática de la muerte.

Algunos, como nuestros transhumanistas hodiernos, aspiran a alargar nuestra vida terrenal. Los hay que nos prometen la vida eterna... en este mundo. Pero a poco que uno reflexione un poco, se percatará de los problemas de esta tecnoutopía. Contemplar eternamente el paso del tiempo, la corrupción, la decadencia, las ruinas de lo que un día fue ilusionante... y el tedio, el atroz tedio de repetir una y otra vez lo mismo. Nos prometen el Día de la Marmota como si fuera algo apetecible cuando en realidad, como bien sabe Tom Hanks, es una cruel maldición.

“Nos prometen el Día de la Marmota como si fuera algo apetecible cuando en realidad, como bien sabe Bill Murray, es una cruel maldición.”

Algo similar ocurre con aquellas explicaciones, bienintencionadas, que nos presentan la vida eterna como la repetición sin fin de algo bueno. ¿Cómo será el cielo? Si te gusta el fútbol, será como ver ganar a tu equipo la Champions una y otra vez; si te gusta un buen chuletón, comer los mejores sin saciarse jamás. Pero enseguida entendemos que lo que se configura ante nosotros con estas visiones de la vida eterna no es precisamente el cielo, sino más bien un infierno en el que reina un angustioso tedio. Una condena que conseguiría que desearas con todas tus fuerzas la victoria, por una vez, de tu eterno rival, o que te haría mirar con envidia a los veganos. El equívoco nace, está claro, de nuestra incapacidad para vislumbrar cómo será la eternidad, de la imposibilidad de imaginar cómo puede ser vivir fuera del tiempo. Si esto ocurre tratándose del cielo, imagínate lo que sería lo mismo aquí: vivir eternamente en la tierra se convierte en la peor de las condenas posibles.

Ilustración | Un umbral de luz entre dos mundos: así imagina a la “hermana muerte” el ilustrador **José Miguel de la Peña**, a quien hemos encargado una pieza para acompañar esta reflexión nacida de la visión de san Francisco de Asís.

Ahora podemos entender algo a primera vista chocante: la muerte, nuestra última enemiga, la que va a ser derrotada por Cristo en la cruz, es llamada “hermana muerte” por san Francisco de Asís. ¿Hermana? ¿Nuestra enemiga? La muerte corporal que es puerta de paso hacia la vida eterna, ¡por supuesto que sí!

Por eso puede san Francisco escribir en su *Cántico de las criaturas*:

*“Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente
puede escapar”*

La hermana muerte corporal nos libera y, esperamos, marca el día en que nacemos a la vida eterna. Eso, claro está, si no le hemos vuelto la espalda a Dios, lo que supondría una “segunda muerte”, esta vez sí, terrible. Sigue el *Cántico* así:

*“Ay de aquellos que mueran
en pecado mortal.
Bienaventurados a los que encontrará
en tu santísima voluntad
por que la muerte segunda no les hará mal”*

Es precisamente esta segunda muerte, nuestra enemiga, la que Cristo ha derrotado para siempre, por lo que san Pablo, en su primera epístola a los Corintios (1 Co 15, 55), puede recoger estas retadoras palabras: “¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?”

“La hermana muerte corporal nos libera y, esperamos, marca el día en que nacemos a la vida eterna.

Algo más de dos siglos después de que el mundo quedara fascinado por el *poverello* de Asís, Jorge Manrique recogía esta imagen de la “hermana muerte”, delicada y cortés, en sus *Coplas a la muerte de su padre*, cuando “después de tanta hazaña a que no puede

bastar cuenta cierta, en la su villa de Ocaña vino la Muerte a llamar a su puerta”.

El mensaje de la muerte está en las antípodas de la imagen terrorífica que nuestro mundo (pensemos por ejemplo en la parafernalia que se despliega en torno a Halloween) nos ofrece: “Buen caballero dejad el mundo engañoso y su halago... esperad el galardón que en este mundo ganasteis por las manos; y con esta confianza, y con la fe tan entera que tenéis, partid con buena esperanza, que esta otra vida tercera ganaréis” (la segunda vida es la de la buena fama terrenal, que “tampoco no es eternal ni verdadera; mas, con todo, es muy mejor que la otra temporal perecedera”). Así, la muerte invita a don Rodrigo Manrique a partir, confiado, hacia la vida perdurable.

Tolkien no hace otra cosa que seguir a tan ilustres predecesores cuando designa la muerte como el don de Ilúvatar, el Creador, a los hombres¹. En *El Silmarillion* escribe que, para los hombres, “la muerte es su destino, el don que les concedió Ilúvatar, que hasta los mismos Poderes envidiarán con el paso del tiempo”. A diferencia de los elfos, que permanecen en el mundo “hasta el fin de los días, y su amor por la Tierra y por todo es así más singular y profundo, y más desconsolado a medida que los años se alargan”, los hombres no están atados al mundo gracias a ese don que es la muerte, aquella hermana muerte de san Francisco. Así, los hombres en el universo de Tolkien no podrán encontrar reposo en la tierra y la deberán abandonar tras un tiempo en ella. Para ellos, la muerte es el último paso para ser libres.

Tolkien lo expresa a través de su propia mitología; san Francisco, con su nítida y vibrante poesía; Jorge Manrique, con su elegante y bella obra, pero todos quieren decir lo mismo: la muerte no es nuestro destino final, pues estamos hechos para vivir eternamente junto a Dios. La muerte es esa puerta, ciertamente incómoda, que hay que franquear para alcanzar la meta a la que nuestro Creador nos ha destinado desde siempre. ■



† Benedicto XVI (1927-2022)

El último día de 2022, el papa emérito Benedicto XVI dejó este mundo. Tenía 95 años. Brillante teólogo y siempre comprometido con la verdad, vivía en el monasterio Mater Ecclesiae desde que en 2013 renunciara al pontificado. Deja tras de sí una extensa y profunda obra intelectual, de la cual –como humilde homenaje– hemos seleccionado este fragmento, que entronca con el propósito central de este número de *La Antorcha*.

“La condición del hombre es tal, que no puede vivir sin futuro: en América, entre las dos guerras mundiales, se transmitió por radio un programa sobre el fin del mundo. El programa estaba construido de forma tan realista que muchos pensaron que realmente estaba a las puertas el fin. El resultado fue un enorme número de suicidios. Los hombres se quitaban la vida para no tener que morir, como dijo acertadamente Emmanuel Mounier. Un contrasentido, pero que pone ante los ojos con claridad la auténtica realidad del hombre: sin futuro, incluso el presente se convierte en insostenible para el hombre; ésta es también la causa de que la mayoría de las veces no nos atrevamos a decir a los enfermos incurables la verdad de su situación. Nada es más difícil de soportar que la ausencia de futuro.

Pero el suicidio por huir de la muerte ilumina solo de forma estridente la paradoja del ser humano en general: está totalmente referido al futuro y, con todo, el futuro le está

en definitiva vedado, pues su fin es la muerte. En esta contradicción entre referencia y privación de futuro radica la auténtica melancolía de la existencia humana, tanto más sensible, cuanto más despierto vive el hombre su vida, cuanto más radicalmente acepta la muerte realmente como muerte y como fin definitivo. (...)

La llamada al futuro que brota del hombre no se agota en un colectivo anónimo; el hombre exige un futuro que lo incluya también a él mismo personalmente. La esperanza de Abraham debía ser superada o más bien repleta de nuevo contenido en la medida en que el hombre se descubriese a sí mismo. Creer en el Dios de Jesucristo significa creer en el Dios que aun tras el muro de la muerte, y entonces más que nunca, da comienzo al futuro. Sólo al realizarse esto, se asegura verdaderamente el futuro”. ■

*Fragmento extraído del libro *Fe y futuro* (Joseph Ratzinger, 1970)

¹ Jon Mentxakatorre ha defendido una muy interesante tesis doctoral titulada precisamente *La muerte como don: J. R. R. Tolkien hacia una metafísica del arte y la redención*, accesible online.

La Misa: un sacrificio incruento que nos acerca a la vida eterna

Dos "expertos" en la eucaristía buscan el corazón del sacramento: el sacerdote Patxi Bronchalo, párroco en la diócesis de Getafe, entrevista al cineasta Pietro Ditano, director y guionista de la película *El beso de Dios*, el documental que promete explicar la misa "como nunca te la habían contado".

Patxi Bronchalo / Este número está dedicado a la muerte. En tu experiencia, ¿qué tiene que ver la Misa con ella y con el sufrimiento?

Pietro Ditano / ¡Qué pregunta, macho! Yo creo que más allá de la sepultura, en vida también experimentamos muertes dolorosísimas: desesperanza, falta de sentido... Las he vivido. Y entonces Jesús, que es un sanador, dice: "Yo soy la resurrección y la vida". Para mí, la eucaristía ha sido -y es- la fuente de la resurrección en todas esas muertes. Pienso en las sanaciones: la hermana Briege McKenna, la Comunidad del Cenáculo. Y la gente se infla a pastillas... ¡pero si cada día tenemos en el altar al mismo que resucitó muertos y curó enfermedades incurables! Científicamente, incluso, se podría hablar de presencia de Jesús solo por la causa-efecto de la gente que es sanada -somos sanados- a través de la eucaristía.

Encuentro personas que me dicen "Dios es bueno, pero se ha muerto mi hijo", o "tengo cáncer". ¿Qué les dirías?

Que humanamente ponemos nuestra esperanza en este mundo: en nuestra salud, en nuestra familia, en nuestro trabajo... pero así nos

condenamos a la infelicidad, al fracaso. El otro día leí una frase en la Primera Carta de Pedro que me renovó mente y corazón: "Poned totalmente vuestra esperanza en la gracia que os será traída en la revelación de Jesucristo". Es liberador construir mi esperanza sobre roca, poner mi tesoro ahí y hacerlo todo pensando en ese día.

Pietro, ¿tú tienes miedo a la muerte o al sufrimiento?

A la muerte, poco; tengo mi conciencia en paz. Cuando no era así, sí tenía miedo, pero ahora anhelo encontrarme con Jesús. ¿Al sufrimiento? Quizá más, pero en este momento -no te puedo mentir- siento mucha gracia de Dios. Aunque no me atrae sufrir, Él me dará su gracia para vivirlo. El sufrimiento se vuelve un infierno en la tierra cuando estamos separados de Dios.

"Coge tu cruz y sígueme", dice Jesús en el Evangelio. Recordaba también ahora al santo Cura de Ars, que decía que si supiéramos qué ocurre al comulgar, nos desmayaríamos.

La misa es central en la Nueva Alianza, y hay que entenderla en su contexto, forma parte del plan mayúsculo de Dios desde la Creación. Para



P. Patxi Bronchalo y Pietro Ditano. Josema Visiers



entender la misa, hay que ir hasta el Génesis: sin el paraíso y la caída del hombre, la misa ni se entiende ni sería necesaria. Es algo muy grande, y nos viene muy grande. Es normal, ¡es como si a un niño le das un Ferrari!

¿Algún consejo para vivir mejor la Misa?

No soy nadie para dar consejos, pero creo que lo importante es no dejarla, aunque haya momentos en que no te enteres de nada. Cuando comulgas, aunque no sientas nada, y recibir al Señor haya sido como comerte un gusanito, Él te llena de gracia para afrontar el día a día. Sobre esto, en verano tuve una experiencia tremenda. Yo tenía mi esperanza puesta -humanamente, como te decía- en el éxito de *El beso de Dios*. Quería recuperar el 100% de la inversión, que fuera un éxito... y en España, aunque fue razonablemente bien como misión, no recuperamos el dinero. Empecé el verano desilusionado, retirado, con mi familia. Tenía la misa diaria a unos veinte minutos andando, y me costaba ir. Empecé a notar que mi depósito estaba sin gasolina, pero no lo achacaba a no ir a misa, porque leía la Palabra... pero la oscuridad, la desesperanza, iba creciendo en mí. El demonio echaba raíces en mi corazón.

¿Qué cambió?

Llegó la Peregrinación Europea de Jóvenes a Santiago de Compostela, de donde soy, y yo me había comprometido a prestar un servicio. Como allí vivo muy cerca de una iglesia, volví a la misa diaria; no tenía excusa. Y fue increíble. Desde el primer día sentí cómo volvía la luz. Empecé a recuperar la esperanza y la alegría, descubrí la fuerza que hay en la misa: aunque no lo sientas, ahí Dios te da la fuerza para hacer cosas que, si no, son impensables. También eleva nuestras intenciones, nos regala sus pensamientos.

Se suele decir que Él nos deifica, nos cristifica. Entrando en la Misa, ¿qué ocurre allí?

Es un lugar de descanso, de reconstrucción y hasta de deconstrucción, y para apreciarlo hay que dilatar el tiempo. Llegar antes de que empiece y quedarse después: la misa es el alimento del alma, ¡y a nadie se le ocurre engullir, salvo que no tenga más remedio! ¿Y qué ocurre en misa? La Palabra tiene una presencia brutal: la Iglesia ha construido la liturgia durante siglos, inspirada por el Espíritu Santo, y es un tesoro. Las elecciones de las lecturas son sublimes,

con ellas comprendemos más el misterio. También el día a día: en la liturgia encontramos respuestas a las dificultades cotidianas. La misa bien vivida es un baile con la vida.

Eso es la primera parte, la liturgia de la Palabra. ¿Cómo explicarías qué ocurre en el altar?

En el Ofertorio se presentan unos dones de pan y vino, pero también nuestra vida: es el momento de poner todo, lo bueno y lo malo, sobre el altar. Lo que ocurre es que viene el cielo sobre el altar: la presencia de Dios transforma lo que entregamos ahí, y el pan y el vino son transformados también, de forma misteriosísima. José Pedro Manglano hace un paralelismo entre el “Hágase la luz” de la Creación y el “Esto es mi cuerpo” de Jesucristo: es la misma palabra, el mismo Padre Creador. ¡La Creación que empezó en el Génesis continúa cada día, en cada misa! Y por esa Creación diaria tenemos a Jesús ahí y nos lo podemos comer, nos podemos llenar de Él.

¿Qué es comulgar, Pietro?

Un acto del que somos muy indignos, al menos yo. Quiero decir, ¿pensar que nos estamos comiendo el corazón de Jesús? Cada vez que ocurre es un momento de gracia, Dios viene y se nos da. Es el momento en el que le digo: “Jesús, te quiero”.

¿Qué oración más hermosa! Las últimas palabras de Benedicto XVI, también. Una última pregunta: esto que vivimos como cristianos, ¿cómo podemos testimoniarlo fuera?

Creo que el servicio es la actitud central, es lo que nos diferencia: renunciar al mejor trozo de tarta, al sitio más cómodo. Ahí no está nuestra esperanza. La actitud de servicio me desconcertaba, porque es profundamente sobrenatural. También testimoniamos con la coherencia del amor, que es difícilísimo de vivir. El anuncio del Evangelio solo tiene sentido si vivimos el “amaros unos a otros”. Para mí, la tentación es pensar que, como hago películas sobre Dios y la eucaristía, ya estoy sirviéndole, pero si luego no soy capaz de querer al prójimo... El testimonio es quererle: si lo hago, casi da igual si hago un documental sobre la misa o no, porque estoy amando. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:



Patxi Bronchalo y Pietro Ditano en la parroquia de Santa Teresa Benedicta. Josema Visiers



‘El beso de Dios’, un proyecto “misterioso” y “deslumbrante”

¿De dónde sale la idea de liarse la manta a la cabeza y filmar un documental sobre la Misa? “Creo que lo mejor de la vida es que Dios nos presenta las mejores cosas en forma de sorpresa, y la película salió así, fue muy misterioso”, cuenta Pietro Ditano. En concreto, *El beso de Dios* nació después de que el joven experimentase una fuerte experiencia de sanación a través de la Eucaristía, y entonces una profesora de su universidad le presentó al sacerdote José Pedro Manglano, que tenía la inquietud de estrenar una película mostrando la belleza y grandeza del sacramento.

No fue un camino de rosas: el proyecto se hundió en una ocasión, pero -dice Ditano- Dios quería que saliese adelante. “Estando todo hundido, sin medios ni contactos, de repente apareció el dinero: Él trajo los medios”, cuenta el cineasta, para quien “el proyecto es algo mayor que yo y que mis posibilidades, es un misterio, igual que la Misa es un misterio”.

La sinopsis oficial de *El beso de Dios* lo cuenta todo: “Un deslumbrante recorrido a través del sentido bíblico del sacrificio -desde la Creación hasta nosotros- acompañados por anfitriones de lujo”. En el documental aparecen, entre otros, los testimonios del actor y productor Eduardo Verástegui; el escritor y teólogo Scott Hahn, o el predicador de la Casa Pontificia, Raniero Cantalamessa.

Ditano, no obstante, destaca otros dos testimonios de la película que, a su entender, resumen su mensaje. Por un lado, la hermana Briege McKenna, “una monja clarísima con un don fuertísimo; una de las pocas personas a las que la Iglesia reconoce

el don de sanación”, explica. Para Ditano, ella muestra de forma muy sencilla y consciente la presencia de Jesús en la Eucaristía.

De hecho, dice el joven gallego, incluyeron el testimonio de McKenna en el tráiler de la película, “para que la gracia de Dios llueva hasta para quien solo vea el avance en YouTube”. En el vídeo, se puede ver a la monja preguntando: “¿Y si te dijera que allí, en esa iglesia, hoy, a las cuatro de la tarde, Jesús va a estar allí...?”.

El segundo testimonio es del bicampeón de Fórmula 1 Emerson Fittipaldi, cristiano evangélico: “Ellos no tienen sacramentos, así que beben la gracia de la Palabra; son más conscientes de que ahí está la presencia de Dios, ¿quién mejor para contarnos que la Palabra tiene un poder transformador?”, se pregunta Ditano.

Puedes saber más de *El beso de Dios* en www.elbesodedios.es ■



Cartel del documental *El beso de Dios* (Pietro Ditano, 2022). Edreams Factory

Más de 10 000 murieron perdonando a sus verdugos

Durante la pasada fiesta de los santos mártires de la persecución religiosa del siglo XX en España, la ACdP instaló carteles en cuarenta ciudades españolas para honrar su memoria.



Cartel de la campaña de la ACdP en recuerdo de los mártires de la persecución religiosa. ACdP

“España es el país donde más personas han muerto perdonando a sus verdugos”, rezaban las marquesinas y carteles instalados por la ACdP el pasado noviembre en cuarenta ciudades españolas. Se trataba de una campaña para celebrar y reivindicar la memoria de los mártires de la persecución religiosa en España, que llegó a urbes como Madrid,

Málaga, Albacete o Gerona, y que coincidía con una fecha especialmente significativa.

Cada 6 de noviembre, la Iglesia española celebra la fiesta de los santos mártires de la persecución religiosa del siglo XX en nuestro país. Es una jornada en la que se honra la memoria de más de diez mil personas –según la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia

Episcopal Española– que fueron asesinadas por no renunciar a su fe en Jesucristo.

En concreto, la Iglesia recuerda a los dos mil cincuenta y tres fieles asesinados por su testimonio cristiano entre 1931 y 1939 y que ya están en los altares: doce de ellos han sido declarados santos y dos mil cuarenta y uno, beatos. En diciembre, de hecho, el cardenal de Madrid, Carlos Osoro, presidía en la catedral de la Almudena el acto solemne de clausura de la fase diocesana de la causa de beatificación de ciento cuarenta mártires asesinados durante este periodo. “Este es un día de gracia para la Iglesia de Madrid”, declaraba el prelado entonces.

Más de 360 millones de cristianos perseguidos

Los carteles instalados por la ACdP recogían las cifras y recordaban que la persecución no es cosa del pasado: “Hoy, más de 360 millones de cristianos en todo el mundo siguen siendo perseguidos y discriminados por su fe”, se insistía en las marquesinas, recogiendo el informe más reciente publicado por la ONG Puertas Abiertas.

Este enero, hace apenas unas semanas, la entidad publicaba su Lista Mundial de la Persecución 2023, en la que describen “una realidad asfixiante”. Durante el último año, se registraron en todo el mundo 5 621 casos de cristianos asesinados debido a sus creencias. “Uno de cada siete cristianos experimenta, al menos, niveles altos de persecución o discriminación; uno de cada cinco en África, dos de cada cinco en Asia y uno de cada 15 en América Latina”, concluye el informe.

Las marquesinas también incluían –a través del código QR que también se puede consultar al final de este artículo– un vídeo que liga la persecución actual con el testimonio de otros grandes mártires de la historia de la Iglesia –de san Pablo o santa Lucía a santo Tomás Moro– y a los mártires de Barbastro,

localidad oscense donde asesinaron al 90% del clero en agosto de 1936. “Pasamos el día animándonos para el martirio y rezando por nuestros enemigos”, se escucha en este vídeo, testimonio de primera mano de uno de los seminaristas fusilados.

La campaña más complicada

La campaña de marquesinas responde al carisma propio de la ACdP, que busca fomentar la presencia católica en el espacio público. Todas las acciones recientes de la asociación han encontrado resistencia, pero esta –paradójicamente– fue la campaña más complicada de llevar a la calle, hasta el momento: todas las empresas concesionarias contactadas pidieron cambios –algunos inasumibles–, y solamente una accedió finalmente a instalar los carteles.

De esta manera, una campaña que respondía al tema nacional de la ACdP para el año –“Proponemos la fe, transmitimos un legado”– se convertía también en un puente con el tema del anterior: la cultura de la cancelación. Las marquesinas llegaban a la calle, además, en medio de la polémica levantada por la recientemente aprobada Ley de Memoria Democrática, que busca instalar un relato único sobre el pasado y difuminar la realidad de la persecución religiosa que tuvo lugar en España. ■

SI QUIERES VER EL VÍDEO QUE ACOMPAÑABA A LA CAMPAÑA DE MARQUESINAS, SIGUE ESTE CÓDIGO QR:



“La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia”, aseguraba Tertuliano en el siglo II. La persecución a los testigos de Cristo ha ocurrido siempre: recogemos cuatro testimonios de personas que encarnaron las palabras de Jesús: “También a vosotros os perseguirán”.



BEATO GUILLAUME REPIN

(1709-1794. Festividad: 2 de enero)

El sacerdote Guillaume Repin fue uno de los noventa y nueve mártires de la Revolución Francesa beatificados en 1984 por san Juan Pablo II. Repin, como sus compañeros, se negó a jurar la Constitución Civil del Clero, una ley promulgada por la Asamblea Constituyente que buscaba diluir la Iglesia en la estructura estatal.

Repin fue expulsado de su parroquia y encerrado en el seminario de Angers, donde lo liberaron las fuerzas contrarrevolucionarias de La Vendée: campesinado católico levantado en armas. Tras este estallido, los revolucionarios emprendieron una durísima represión contra los sublevados, que algunos autores –como Reynald Secher– califican como el primer genocidio moderno.

Entre las víctimas de La Vendée se cuentan los noventa y nueve mártires ejemplificados en la figura del padre Repin, quien se unió al ejército de milicianos, pero fue capturado de nuevo la víspera de Navidad de 1793. El comité revolucionario de Angers lo condenó a la guillotina por traición, y murió ejecutado el 2 de enero de 1794. Tenía 83 años.



SAN PABLO MIKI

(1562-1597. Festividad: 6 de febrero)

Hijo de un militar converso, Pablo Miki entró en la Compañía de Jesús con veintidós años, y fue reconocido por su gran oratoria. El 9 de diciembre de 1596, fue detenido en Kyoto junto a otros dos jesuitas, seis franciscanos, y diecisiete seglares: todos fueron condenados a muerte. Su ejecución, no obstante, no fue inmediata: antes les cortaron media oreja y les obligaron a caminar casi mil kilómetros, un mes, hasta Nagasaki. Por el camino, a pesar de las burlas, Miki seguía predicando a la multitud.

Cuando llegaron, vieron unas cruces sobre una colina: al ver que morirían imitando a Jesús, cantaron el Te Deum, dando gracias. Los veintiséis mártires fueron crucificados, y los testigos cuentan que san Pablo Miki dió su último sermón colgado del madero, antes de que los soldados imperiales les traspasasen el pecho con sus lanzas. ¿Sus últimas palabras?: “Perdono al jefe de la nación que ordenó crucificarnos, y a todos los que han contribuido a nuestro martirio”.



SAN TARSICIO

(Siglo II. Festividad: 14 de agosto)

Hay mártires que mueren por defender la fe, la pureza o la honra de la Iglesia. San Tarsicio es un mártir de la presencia real en la eucaristía; alguien que creía tan firmemente que Dios estaba allí en cuerpo y alma, invisible bajo las apariencias de un pedazo de pan, que dio su vida para impedir cualquier profanación.

Tradicionalmente se supone que era un niño de unos once o doce años –“héroe diminuto”, le llama un hagiógrafo–, y como figura infantil aparece en un episodio de la novela Fabiola, del cardenal Wiseman, y en infinitas representaciones piadosas que, buscando lo sublime, suelen caer en una teatralidad más bien sensiblera.

No obstante, las escuetas circunstancias que conocemos hacen pensar que debía tratarse de un adulto, tal vez un diácono, mucho más adecuado para tal misión, que llevaba la eucaristía a unos cristianos presos por la fe. Sorprendido por un tumulto en las calles de Roma, aceptó la muerte antes de perder el tesoro que apretaba contra su pecho, y se le enterró en las catacumbas de san Calixto, junto a la Vía Apia.

De este mártir eucarístico solo se sabe de cierto lo que el papa san Dámaso escribió en su epitafio, que comparte con san Esteban: “Llevaba los misterios de Cristo cuando una mano criminal quiso profanarlos; prefirió dejarse matar antes que entregar a los perros rabiosos el cuerpo del Salvador”. Es un emblema de la fe cristiana, de la presencia de Cristo en el pan como certidumbre que merece poner en ella todo el envite de la vida.

*Texto adaptado del libro *La casa de los santos*, de Carlos Pujol, publicado por CEU Ediciones.



SAN JOSÉ SÁNCHEZ DEL RÍO

(1913-1928. Festividad: 10 de febrero)

“Nunca ha sido tan fácil ganarse el cielo como ahora”. Así convenció a sus padres el joven José Sánchez del Río para que lo dejaran unirse a las milicias cristianas en su pueblo natal, Sahuayo. Era el año 1926: católicos de todo México se alzaban en armas contra la legislación anticlerical del presidente Plutarco Elías Calles, que buscaba limitar el culto religioso y eliminar la participación pública de la Iglesia.

Comenzaba así la primera Guerra Cristera, en la que Sánchez del Río participó durante dos años. El 6 de febrero de 1928, los proyectiles del ejército mexicano alcanzaron al caballo del general Luis Guízar. El muchacho, que tenía entonces catorce años, le dio el suyo, diciéndole: “Mi general, aquí está mi caballo. Sálvese usted aunque a mí me maten; yo no hago falta, y usted, sí”.

Tras el combate, lo arrestaron y encarcelaron en la parroquia donde había sido bautizado. Su carcelero era su propio padrino, Rafael Picasso. Pudo escribir a su madre, y el 10 de febrero fue llevado al mesón general del ejército, donde le torturaron brutalmente. Le desollaron las plantas de los pies, y caminó descalzo hasta el cementerio. Al pie de su tumba lo colgaron de un árbol y lo acuchillaron. Moribundo, sus verdugos lo bajaron y le preguntaron: “¿Qué quieres que digamos a tus padres?": “Que viva Cristo Rey, y que nos veremos en el cielo”.

Un último disparo en la sien acabó con su vida. Eran las once y media de la noche en Sahuayo, Michoacán. ■

Morir como los mártires



POR **MONS. JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO**

El mundo quiere evitar el dolor a toda costa. La enfermedad y el sufrimiento son sus enemigos supremos. Contra ellos estaría bien incluso causarse la muerte a uno mismo y a los demás, con tal de que resulte “ecológica” y “dulce”. Es la cultura de la muerte.

En cambio, los mártires de Cristo son adalides de la cultura de la vida: ¡Cómo le chocha al mundo! La cultura de la muerte, acostumbrada a desfigurar la realidad con sus mentiras, igual que afirma sin rubor que quien va a nacer (*nasciturus*) no es un ser humano, sino sólo una parte del cuerpo de la madre, se atreve también a mantener que los cristianos y, sobre todo los mártires, son necrófilos que no aman la vida. ¡El mundo del revés, en labios de los verdaderos esclavos de la muerte!

En realidad, los mártires aman la vida más que nadie; no están dispuestos a malgastarla ni a perderla. No temen el sufrimiento ni la muerte, porque reconocen y quieren la verdad de la vida: Que en su fragilidad y finitud, encierra el misterio de un Amor infinito. Los mártires y los cristianos de verdad aman el sufrimiento y la muerte como camino hacia la plenitud de la vida. ¿En qué se apoya este arrojito, tan a contracorriente?

El testimonio de los mártires resulta admirable por su fortaleza y profunda alegría. Pero también produce un cierto miedo e incluso rechazo, porque nos sentimos débiles e incapaces de estar a su altura y más bien deseosos de una buena vida, acomodados al hedonismo del ambiente.

Sin embargo, los mártires de Cristo no son campeones de la fuerza de voluntad ni de la voluntad de la fuerza. Sócrates se tomó la cicuta con voluntad esforzada de sobreponerse a la injusticia y la deshonra. Hitler hizo otro tanto como superhombre que enarbola hasta el final su voluntad de poder. Los mártires, no. Ellos no se quitan la vida. Saben que no son dueños absolutos de ella. La entregan libremente, pero no a su arbitrio. Los mártires confían en otra voluntad, infinitamente más poderosa, y se entregan a ella, porque reconocen la verdad de la vida y del poder que la gobierna.

“ Los mártires confían en otra voluntad, más poderosa, y se entregan a ella, porque reconocen la verdad de la vida y del poder que la gobierna

La vida no está a disposición de ningún poder humano. Cualquiera lo puede experimentar en su finitud biológica, anunciada en la enfermedad y consumada en la muerte. En realidad, también se siente impotente quien reacciona con rebeldía, siempre más o menos revestida de apatía o de desesperación.

Joseph Ratzinger ha visto bien que “la confrontación con el sufrimiento es el auténtico lugar donde se decide lo humano”. Ante el dolor y la muerte se tiene la posibilidad de reconocer que la vida es indisponible no sólo en su finitud y debilidad, sino también cuando más brilla en su fortaleza e incondicionalidad: en esa realidad misteriosa que llamamos amor. Nada hay más necesario que este alimento del alma, pero también, nada menos disponible para la voluntad y el poder humanos. El amor ha de ser encontrado como don y acogido en la entrega del propio yo, en la renuncia a la prepotencia del individuo.

Pero ¿por qué es verdadera - fiable - esa estructura agápica de la existencia humana? ¿Porque de la Cruz viene la luz! En Cristo, el

poder divino que gobierna la vida ha hecho suyos el sufrimiento y la muerte. Por eso, según la intuición de Sócrates y la esperanza de Job, la Justicia y la Verdad son de veras inmortales. El cuerpo glorioso del Señor crucificado y resucitado es la realización divina y personal de la intuición y la esperanza de Vida plena que anida en el corazón del ser humano. Morir con Cristo no es rendirse al poder del destino o de la nada, sino vencer con Él sobre la desesperación y la muerte.

La muerte de los mártires, de esos hermanos que han acogido la gracia de unir su sangre a la del Salvador, es el prototipo de la muerte del cristiano. El bautizado en la muerte y resurrección del Señor no guarda su vida para sí: La entrega con Él. No se encastilla en su flaco poder, en su nada. El cristiano ama esta vida; por eso la ofrece con amor sacrificado a Dios y los hermanos; por eso no la pierde: la gana. En su entrega diaria, sostenida por el Amor divino, adelanta y ejercita la entrega definitiva de sí en la muerte, la cual, unida a la de Cristo, se vuelve explosión de Vida eterna.

“ Morir con Cristo no es rendirse al poder del destino o de la nada, sino vencer con Él sobre la desesperación y la muerte.

En el siglo XX y en el nuestro han tenido la gracia del martirio más cristianos que nunca. Porque es el tiempo en el que se ha desbocado la cultura de la muerte, cuyos fautores son el superhombre, el “hombre nuevo” y el “animal complejo” de las ideologías totalitarias y ateas. Las víctimas son millones y millones. Pero la esperanza sigue viva para todos en los mártires. Ellos son los máximos testigos de que la última palabra no es de la muerte, sino del *per-dón*: Del nuevo don de Vida propiciado por la Cruz; el que llevan en su sangre y en sus labios. Queremos morir como los mártires. Porque la Vida nos ama y nosotros la amamos más que nadie. ■

Siete Palabras para la vida

POR P. MANUEL ORTA GOTOR

La tradición cristiana ha prestado atención, desde la antigüedad, a las palabras pronunciadas por Nuestro Señor Jesucristo en los dolorosos misterios que tuvieron lugar en el Calvario la tarde del Viernes Santo, tratando de descubrir en ellas una enseñanza que culminara y

resumiese su ministerio. De esta manera las Siete Palabras se convirtieron en abundante materia de meditación y predicación. En esta Cuaresma, estas Siete Palabras son una herencia preciosa que nos pueden acompañar. Para ello es interesante que descubramos su profundidad.

Primer grupo



Detalle de Calvario, de Luis Tristán. Hacia 1613. Museo Nacional del Prado

Cuando una persona está al borde de la muerte, es normal que se dirija ante todo a los seres queridos que lo rodean. Sin embargo, parece que el Señor tuvo otro orden de preferencia. De esta manera, la primera palabra está referida a los enemigos (quienes lo crucificaban); la segunda, a los pecadores (buen ladrón); y la tercera, a los santos (María y Juan). Así todos podemos ser sus destinatarios.

1ª) "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen" (Lc.23,34)

A lo largo de su vida Jesús había enseñado "rezad por los que os persiguen", "benedicid a los que os maldicen", "amad a vuestros enemigos"... Y he aquí que, en el momento de la muerte, de la agonía más dolorosa,

revela su admirable coherencia. Es fácil, hasta cierto punto, decir la verdad: conseguir un acuerdo entre lo que se piensa y lo que se dice. Pero más difícil, y más importante, es vivir la verdad: conseguir un perfecto acuerdo entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace.

Los verdugos de Jesús estarían acostumbrados a algo bien distinto (gritos, blasfemias, amenazas), y jamás hubieran esperado esta súplica llena de misericordia. Pero Él, que había guardado silencio (ante el Sanedrín, ante Pilato, ante Herodes, ante el pueblo que pidió su muerte, ante la soldadesca que lo humilló), habla ahora para defender la causa de todos ellos, alegando la única excusa posible: la ignorancia. En estos casos es la ignorancia, no la sabiduría, la que salva. Solamente ignorar lo bueno que es Dios, su infinita misericordia y sus dones; nos excusa de no ser ya santos.

El amor de Jesús no es lógico. Tendremos que examinar el nuestro, para que no lo sea en demasía, y terminemos solo amando a los que nos aman y haciendo el bien a los que nos lo hacen...

2ª) "Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc.23,43)

Este hombre fue el único en tomar la palabra en defensa de Jesús, su único abogado a lo largo de toda la pasión. Se puede decir de él que "vio y creyó". Quizá había oído hablar de Jesús como de un hombre santo y, si sabía, leería el título de la condena: "El rey de los judíos". Esta expresión le recordaría la esperanza de Israel en un Rey Mesías. Los sumos sacerdotes y escribas no lo habían reconocido como tal, pero Jesús había dicho: "Te doy gracias Padre porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla". Y además había realizado una promesa que tenía que cumplirse: "Todo el

que se ponga de mi parte ante los hombres, yo me pondré de su parte ante mi Padre que está en los cielos" (Mt 10,32).

"Acuérdate de mí" es una oración de extremada confianza: no pide un alivio material, ni que Jesús baje de la cruz y lo salve. Solo pide ser recordado por Él: que su nombre, olvidado y desconocido para la historia, quede escrito en el corazón de Cristo, porque de allí jamás podrá borrarlo nadie. Nada reclama, pero todo lo espera. Por eso dice "hoy" el Señor: porque de los pobres en el espíritu es el reino de los cielos, y ninguna espera han de sufrir los que son tales. Bienaventurados ellos.

3ª) "Mujer, ahí tienes a tu hijo". "Ahí tienes a tu Madre" (Jn. 19,26-27)

Hacia años María había recibido en Nazaret una anunciación gozosa de parte de Gabriel: que concebiría por obra del Espíritu Santo a Aquel a quien Dios daría el trono de David y reinaría sobre la casa de Jacob para siempre. Todo eso, ahora, en el Calvario, parece una broma blasfema y macabra. Pero en este instante sobreviene una nueva anunciación, dolorosa, realizada por su Hijo y Señor, que la convierte, si acepta, en madre del discípulo amado, de los discípulos.

Por parte de Jesús hay un desprendimiento total: ya ha entregado su cuerpo en manos de los enemigos, sus vestidos a los verdugos, su sangre a la Iglesia... y entrega ahora también a su Madre amadísima. Y por parte de Nuestra Señora, igualmente, un desprendimiento total de su propia voluntad, que se hace en todo coincidente con la de Dios, y una oblación perfecta de sí misma y de su Hijo.

De esta manera, quien había concebido virginalmente a su Hijo primogénito, concibe ahora a una multitud de hijos de Dios; pero como Eva al pie del árbol del paraíso los concibió para la muerte, María al pie del árbol de la cruz los concibió para la Vida. Y esa es nuestra gran esperanza al acoger a María en nuestra casa.

Segundo grupo



Detalle de Cristo con la cruz a cuestas, de Luca Giordano. Hacia 1697. Museo Nacional del Prado

Son palabras que expresan un dolor intensísimo, con una diferencia que nos ayudará a aplicarlas como medicina de nuestros sufrimientos. La cuarta Palabra expresa el dolor de un Hombre que se siente abandonado por Dios, la quinta expresa el dolor de un Dios que se siente abandonado por el hombre.

4ª) “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado” (Mt.27,46)

Muchos exegetas nos dicen que Jesús recitaba el Sal 22(21), que termina con palabras de triunfo y esperanza. Sin embargo, el Evangelio solo pone en labios del Señor este versículo, que era el que expresaba realmente su estado interior. Y además, conserva la palabra en arameo, que es la mejor prueba de que fue pronunciada, tal cual, en la cruz. ¡Qué terrible contraste con el “padrenuestro” que Él nos enseñó!

La naturaleza humana de Jesús parece como abandonada del Padre. Porque el Señor quiso cargar de veras con el pecado del mundo, y por ello sufre la mayor pena y

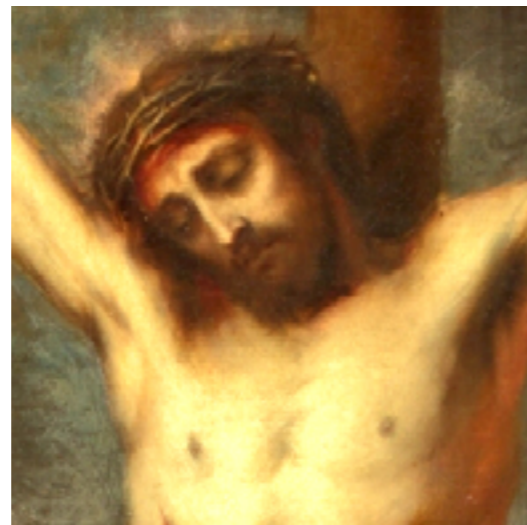
desolación espiritual que jamás ser humano pudo experimentar. En los momentos de crisis –personal y social–, en las horas de oscuridad, fracaso y desconcierto, podemos acordarnos de esta palabra de Jesús para olvidarnos un poco de nosotros mismos y unirnos más estrechamente a Él.

5ª) “Tengo sed” (Jn. 19,28)

Es la más breve, una sola palabra en el original. Consecuencia natural, tanto de la pérdida de sangre, como del hecho de que el Señor probablemente no había comido ni bebido nada desde la víspera. Aunque también la tradición de la Iglesia le da un significado místico: sed del amor de la criatura, ya que quien padece es el Dios que sufre el abandono de los hombres. Consideremos que, si cualquier amor reclama reciprocidad, cuánto más el “mayor amor” de quien ofrecía la vida por sus amigos, exigiría una correspondencia adecuada a su entrega.

El Evangelio nos dice que le dieron vinagre. Y es el momento de preguntarnos, consternados, cuántas veces no le hemos dado nosotros la bebida agria de nuestra ingratitud.

Tercer grupo



Detalle Cristo en la Cruz, de Bartolomé Esteban Murillo. Hacia 1675. Museo Nacional del Prado

Si las dos palabras anteriores expresaban un dolor muy intenso, las dos últimas reflejan una paz profunda. La sexta mira hacia el pasado, y la pronuncia para nosotros, mientras que la séptima mira hacia delante, y se dirige sólo al Padre.

6ª) “Todo está cumplido” (Jn.19,30)

Cumplidas las profecías, cumplida la redención según el plan del Padre. Tras tres horas de agonía se da la última pincelada a una obra perfecta. Se ha puesto la primera piedra, la piedra angular. Y sobre ella hemos de colaborar en la construcción de ese templo espiritual, hecho de piedras vivas, que somos nosotros.

Cristo hallado de una forma definitiva a nuestra puerta, y aguarda pacientemente la respuesta que debe venir de dentro. Dios, en Cristo, hizo todo lo posible; como se afirma del Padre en la parábola del hijo pródigo: “salió y le suplicaba” a su hijo mayor que quisiera entrar en el banquete (Lc 15,28).

Aunque para muchos el final parece una total decepción, el apóstol de nuestros días sabe que “caer en tierra”, “morir”, es condición indispensable para poder fructificar. Y que hay que sembrar con lágrimas, pensando que tal vez será otro quien siegue y se alegre. Porque creemos firmemente en el éxito de nuestro empeño, ya que “todo está cumplido”.

7ª) “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23,46)

Jesús vuelve, como si se tratara de otro hijo pródigo, a la casa del Padre, tras haber gastado todas sus riquezas en favor de los hombres. Vuelve con esa inmensa confianza que revela la expresión “Padre”, recuperada por fin en su última palabra.

Ahora podría repetir lo había dicho en la Última Cena: “Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora Tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo, con la gloria que tenía cerca de ti

antes de que el mundo existiera” (Jn 17,4-5). Y nosotros, al escuchar aquello de san Pablo en su Carta a los Romanos: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (8,35). Pero es más bien el momento de caer de rodillas y adorar en silencio; de hacer duelo, “como el duelo que se hace por el hijo único” (Jr 6,26). O como dice san Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales*: “Viéndole tal, y así colgado en la Cruz, discurrir por donde se ofreciere” [53]. ■

Un viacrucis a la inversa

Si quieres profundizar en tu oración tras este comentario en torno a las siete últimas palabras de Jesucristo, el padre Antonio María Doménech ha preparado una reflexión entre el Calvario y el sepulcro. Un viacrucis, dice, pero a la inversa, tal y como acostumbraba a rezar el autor en Nules cuando estudiaba Teología, “acompañando a la Virgen Santísima, desde el sepulcro hacia su casa”.

“La Virgen –dice el padre Doménech– sabe que allí en el Sepulcro no se quedará mucho tiempo, sabe que resucitará, pero se preocupa porque se ha dado cuenta que los apóstoles han perdido el ánimo”, y señala que “por ese motivo hemos de acudir a ella cuando nos falten las fuerzas o nos asalten las dudas”.

Si sigues este código QR, podrás acompañar a María en este camino de vuelta de la cruz, con el corazón compungido pero con esperanza en la resurrección. “Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos que, por tu santa cruz, redimiste al mundo”.



‘Red de Redes’

y la eterna pregunta:
¿qué hay después de la muerte?

POR : @ELPADREJESUS, @SOTANA_RURAL Y @PATXIBRONCHALO



Los sacerdotes **Jesús Silva, Antonio María Doménech y Patxi Bronchalo** no tienen pelos en la lengua. Cada miércoles, estos tres curas *influencers* protagonizan en YouTube una nueva entrega de *Red de Redes*, donde exploran cuestiones centrales de la fe católica, tomándose muy poco en serio a sí mismos, pero muy en serio el magisterio de la Iglesia.

Red de Redes es una producción de la Asociación Católica de Propagandistas. Hasta la fecha, los padres Silva, Bronchalo y Doménech han abordado temas como la ideología de género, la realidad del demonio o el sacramento de la confesión, y para este número de *La Antorcha* les hemos pedido que se pongan escatológicos y respondan a cuestiones como:

¿Hay vida después de la muerte?

“Hoy que se habla tanto de zombis y espectros, y que tanta gente conecta con energías o se funde en el absoluto, creo que es interesante dar una perspectiva racional y católica”, comienza Silva. En esta línea, los tres sacerdotes arrancan planteando el tema desde la razón. “Nuestra experiencia del mundo, nuestros deseos, nos hablan de la vida eterna: del mismo modo que tienes sed porque existe el agua, deseas vivir y amar para siempre por la vida eterna”, reflexiona Bronchalo, e ironiza: “¡Tienes deseo de cielo, no de reencarnarte en una encina!”

“Y también hay un deseo de justicia: uno ve que en este mundo a los malos les va bien y a los buenos, mal, pero el corazón pide lo contrario”, señala Silva, y añade que todas esas intuiciones racionales se han ido respondiendo de distinto modo en las distintas religiones, pero el cristianismo es distinto: “Somos una religión revelada; tenemos a alguien que ha venido después de morir, que es Jesucristo”.

“Cristo –añade el sacerdote– viene a dar la verdadera respuesta al gran interrogante del hombre: Dios no es un caprichoso, la muerte no es solamente un misterio y lo que hay después no es una especie de cosa ignota, porque Él nos ha dicho claramente que nos va a preparar sitio”. Doménech celebra que la vida eterna sea “una tierra nueva y un cielo nuevo”, como se dice en el Apocalipsis: “Lo creo firmemente y estoy deseando ir”, asegura.

“Cristo viene a dar la verdadera respuesta al gran interrogante: Dios no es un caprichoso, la muerte no es solamente un misterio y lo que hay después no es una especie de cosa ignota, porque Él nos ha dicho claramente que nos va a preparar sitio.”

¿Cómo es el cielo?

“¿Os habéis fijado en las frases hechas de los velatorios? ‘Es ley de vida’, ‘allá donde esté’.. En realidad no significan nada: lo único que consuela realmente en el momento final es Jesucristo”, asegura Doménech. “Estamos hechos para estar con el Señor, para verlo cara a cara: los instantes en los que saboreamos aquí esa gloria nos muestran que esta vida es el inicio de otra que no termina nunca”, añade Bronchalo.

Pero, ¿cómo es el cielo? En el Evangelio, Jesús usa algunas imágenes para hablar del cielo –un lugar con muchas estancias, un banquete–, y san Pablo lo describe como aquello que “ni ojo vio, ni oído oyó”. Tampoco místicos como santa Faustina Kowalska lo pueden describir. “Es la saciedad total y absoluta de todos nuestros deseos y anhelos, un amor eterno; ir penetrando constantemente en la esencia divina”, esboza Silva.

¿Qué es el purgatorio?

“Muerte, juicio, infierno y gloria ten cristiano en la memoria”. Doménech cita este antiguo refrán misionero para empezar a explicar el purgatorio, y Silva apunta, catequético, que “el alma va al purgatorio cuando no ha habido un arrepentimiento total, o perfecto, de las culpas, y necesita cierta purificación antes de entrar en el cielo”. El sacerdote señala que el mismo anhelo de estar con Dios purifica a las almas del residuo de la culpa que les queda.

“Si vas al purgatorio, ya estás salvado, sabes que estarás con Dios cuando Él quiera”, añade Doménech, y señala que “las almas del purgatorio quedan a expensas de las misas, oraciones y sacrificios que se les dediquen”.

“Es la oración más recompensada, porque si alguien sale del purgatorio por tu oración, te estará esperando en la puerta del cielo para sacarte a ti”, añade.

“ Si alguien sale del Purgatorio por tu oración, te estará esperando en la puerta del Cielo para sacarte a ti”.

¿Existe el infierno?

Los tres sacerdotes son categóricos: “Se puede ir al infierno, y hoy en día hay que recordarlo”. Doménech compara ignorar el infierno con alguien que dijese: “Yo no creo en los ladrones”, y luego se sorprendiese cuando alguien desvalijase su casa. “Esas personas que no creen en el infierno, o que creen que está vacío porque Dios es misericordioso, y les da igual si es justo o no... cuidado, porque la fe no es un *self-service* ni está de rebajas: o se tiene entera o no se tiene”, asegura, y advierte de que la posibilidad de ir al infierno es una consecuencia de los pecados mortales.

Bronchalo cita la imagen bíblica del infierno como un lugar de fuego eterno, donde arden los gusanos, pero no se queman, y Silva señala que “el infierno no es un castigo, sino una elección personal”, del mismo modo que el cielo tampoco es un premio, sino “un don”. “La elección del infierno se toma en cada elección particular entre el bien y el mal, entre arrepentirse y no arrepentirse”, advierte Silva, que cita a san Agustín: “Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti”.

“ Se puede ir al infierno, y hoy en día hay que recordarlo.

Los tres sacerdotes insisten en la importancia de la libertad y la responsabilidad. Silva lamenta, en esta línea que, si los cristianos no nos tomamos esto en serio, si no rezamos por la salvación de las almas y no evangelizamos, “podemos estar pecando de omisión”. Insiste: “Hay vida después de la muerte, y hay que tomársela en serio, es urgente”. ■

TRES SANTOS

Antonio María Doménech recomienda conocer más sobre los tres pastorcitos de Fátima: Francisco, Jacinta y Lucía, porque invitan “a que recemos por los pecadores, para que nos convirtamos”.

UN LIBRO

Patxi Bronchalo, recomienda leer *Escatología: La muerte y la vida eterna*, de Joseph Ratzinger, para formarse más sobre estos temas.

UNA PELÍCULA



Jesús Silva nos recomienda la película *Resucitado*, dirigida por Kevin Reynolds, porque habla del Cristo resucitado.

PUEDES VER ESTE PROGRAMA Y LOS ANTERIORES EN EL SIGUENTE CÓDIGO QR:



El Evangelio de los días santos comentado

Los sacerdotes Pablo Pich, Gerardo del Pozo, Isidro Molina y Domingo Pacheco comentan los Evangelios de los días 2, 6, 7 y 9 de abril.

Ilustración | Hemos encargado a la ilustradora **Vali Olguín** que nos introduzca en esta serie de reflexiones en torno al Misterio Pascual, y su propuesta es este retablo contemporáneo que abarca desde la Última Cena hasta el sepulcro vacío.

Por la longitud de las lecturas de estos Evangelios reproducimos únicamente un fragmento. Te invitamos a leer el pasaje completo antes de leer estas reflexiones.

Domingo de Ramos de la Pasión del Señor



POR **P. PABLO PICH**

Lectura del santo evangelio según san Mateo 26, 14-27, 66

“Vuelve la espada a su lugar, pues quien usa la espada, a espada morirá. ¿No crees que si yo se lo pidiera a mi Padre, él pondría ahora mismo a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo se cumplirían entonces las Escrituras, que dicen que así debe suceder?”

Todo el Evangelio de san Juan es un camino ascendente hacia la cruz. Ella es el telón de fondo. Durante todo el Evangelio joánico habla Jesús de “la hora”. ¿A qué se refiere? A la hora de su muerte. En las bodas de Caná, Jesús le dice a su madre: “mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora” (Jn 2, 4). ¿A qué se refiere? A la hora de la alianza nupcial, el desposorio entre la divinidad y la humanidad. Pero en las bodas, en ese contexto matrimonial, se da solo como signo, pero apunta ya al momento de la cruz. Así todo el Evangelio de Juan es un ascenso hasta el momento de la cruz, hacia el calvario. Por eso, por ejemplo, Juan no habla del Tabor, aunque estuvo allí. Donde se realiza todo, hacia donde todo conduce es hacia esa “hora”, la hora de la cruz.

Con toda su conciencia, Jesús se dispone a consumir ese plan de redención que tenía pensado el Padre desde el principio. Cristo asume totalmente el plan del Padre, es plenamente consciente de lo que va a realizar, es la “hora”. En la oración sacerdotal (Jn 17, 1), durante la Última Cena, Jesús aclara: “Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique”.

Jesucristo ya se ha entregado al Padre, ha asumido plenamente su misión que le viene del Padre, para eso ha venido, para morir por nosotros, para dar la vida como signo y testimonio de su inmenso amor. La verdadera satisfacción es el cumplimiento fiel de la voluntad del Padre, eso es lo que le place. A partir de ahí se van cumpliendo todas las profecías del Antiguo Testamento. Dios no deja nada a la improvisación. Cristo ha venido a cumplir amorosamente. Y lo hace.

Así, “El que es”, “Yo Soy” (Jn 18, 5), da la vida por nosotros en fiel cumplimiento a la voluntad del Padre, para así unirnos a través de ella a Él mismo. El desposorio, la alianza, queda restaurada por este cumplimiento fiel y amoroso por parte de Cristo del plan de Dios Padre. A Cristo le vale la pena, siendo plenamente consciente de nuestras miserias, dar la vida por cada uno.

A nosotros toca unirnos a Cristo con la fuerza del Espíritu Santo para ofrecernos con Él al Padre. Eso es, amigos míos, la Santa Misa, la renovación incruenta de este misterio de amor al que se nos invita a participar ofreciendo también nuestras vidas a la del Divino Redentor.

Jueves Santo de la Cena del Señor



POR **P. GERARDO DEL POZO**

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

“Cuando acabó de lavarles los pies, se puso otra vez el manto, volvió a la mesa y les dijo: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con ustedes, también ustedes lo hagan.”

En su narración de la Última Cena el Evangelio de Juan dirige su primera mirada –y la nuestra– a Jesús lavando los pies a sus discípulos. En ese gesto simbólico visualiza “el amor a los suyos hasta el extremo” y recapitula como el himno de Filipenses el misterio de Jesús, su persona y su misión. Un gesto opuesto al de Adán en el paraíso: mientras este quiso alcanzar lo divino alargando las manos con sus propias fuerzas, Cristo descendió de su divinidad para hacerse hombre, esclavo nuestro por amor y obediente al Padre hasta la muerte. Jesús, que es el Señor, se despoja del manto de su gloria, se viste con el traje de nuestra miseria, se hace hermano y esclavo nuestro. Está a la puerta y realiza el trabajo de los esclavos: se arrodilla ante nosotros, y lava y enjuga nuestros pies sucios para hacernos dignos de participar en el banquete nupcial de Dios.

Pero el relato de Juan muestra que donde Dios no pone límites a su acción sanadora puede ponerlos el hombre. Lo vemos en Judas y Pedro. El primero rechaza

el amor sanador de Dios en Cristo por la codicia, la ambición y la vanagloria. El hombre de hoy quiere incluso crear el mundo y no está dispuesto a aceptar el don del perdón. Nietzsche escribió: “es mejor permanecer culpable que contar con una moneda que no lleva nuestra imagen”. Pedro (“¿tú lavarme a mí los pies?”) representa la falsa humildad que no admite la grandeza de que Dios se incline ante nosotros, pero en la que anida la soberbia de quien no quiere recibir el perdón, sino purificarse por su propio esfuerzo. Pero Dios no quiere la falsa modestia que rechaza su bondad, sino la humildad que se deja lavar y purificar.

En el Apocalipsis se dice que los salvados han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero (7, 14). El lavatorio que nos purifica el corazón es el amor de Jesús hasta el extremo que se simboliza en el lavatorio de los pies, se lleva a cabo en su Pascua, se hace presente en la Eucaristía y culminará en el banquete celestial.

Viernes Santo de la Pasión del Señor



POR **P. JESÚS GÓMEZ**

Lectura del santo evangelio según san Juan 18, 1-19, 42

En aquel tiempo, Jesús fue con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Entonces Judas tomó un batallón de soldados y guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos y entró en el huerto con linternas, antorchas y armas.

La Semana Santa, que comenzamos con el domingo de Ramos no es solo para contemplar el rostro dolorido de Cristo, la visión del siervo de Yahveh sufriente; también es ocasión para encontrar sentido a nuestro propio sufrimiento, para vivir las dificultades y los males de cada día en la esperanza de que serán vencidos. La Semana Santa son unos días de profundos e intensos misterios, que han de ser vividos en el silencio, en la escucha, en la acogida... Es una semana para celebrar los misterios fundamentales para el cristiano. Por tanto días de fe para ser vividos desde la fe. Y este dato es fundamental. No se puede acercarse al misterio sino es desde la fe en Cristo Jesús. Solo Él nos puede introducir en la verdad que acontece en estos días.

Hoy se hace una proclamación larga de la pasión del Señor. No siempre estamos acostumbrados a ello. Esto puede producir cansancio, hastío, quizás nos asalte la tentación de acortar algo, de leer solo una parte. Somos tan frágiles. Nos autojustificamos tan fácilmente...

Pero piensa que más larga fue la pasión de Cristo en su realidad histórica. El sí que vivió un largo calvario que le llevó a un sufrimiento extremo y a la muerte en cruz. Él no leyó ni proclama un relato sino que vive un acontecimiento histórico en su propio cuerpo.

En el relato evangélico que hoy se proclama aparecen toda una serie de personajes que manifiestan actitudes diversas ante este acontecimiento, clave y fundamental. Está Judas que le entrega, Pedro que le niega, el pueblo que le rechaza, los escribas y los fariseos que le encarcelan y le condenan con mentiras, están los burlones, los que pasan de largo, el ladrón que se compadece, etc. etc.

Cada uno de estos personajes somos tú y yo. Si, tú y yo. También le hemos traicionado, le hemos negado, rechazado, hemos pasado de largo... (No hagas una lectura anecdótica o superficial de tu vida; eso ni te salva ni te introduce en el misterio). Pero que esto no te lleve a la desesperanza ni a la frustración ni al desencanto, Cristo asume nuestros pecados y debilidades, nuestras perezas y desidias, también los tuyos.

Y es que Dios es así: nos ama primero. Nos ama más. Nos ama siempre. Nos ama a todos. Si, así es Dios. Nos ama tanto que nos ha dado a su Hijo, el Unigénito. Y Jesús, obediente a la voluntad del Padre, y con deseo profundo de llevar a buen puerto la misión Salvadora para la que ha sido enviado, ha entrado a la pasión y muerte, para alcanzar la Resurrección y la vida.

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor



POR **P. ISIDRO MOLINA**

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 1-9

El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto."

En el Evangelio del primer Domingo de Pascua, María Magdalena, la primera que ha visto la losa quitada del sepulcro, corre a informar del hecho a los dos discípulos más importantes: Pedro, el ministerio eclesial, y Juan, el amor eclesial. Los dos discípulos se lanzan a la carrera «juntos» camino del sepulcro, pero no llegan a la vez: el amor es más rápido en el joven discípulo amado. El amor deja que sea el ministerio el que dictamine sobre la situación: es Pedro el primero que entra, ve el sudario enrollado y comprende que no puede tratarse de un robo.

Esto basta para dejar entrar también al amor, que «ve y cree» no en la resurrección propiamente dicha, sino en la verdad de todo lo que ha sucedido con Jesús. Hasta aquí llegan los dos representantes simbólicos de la Iglesia: lo que sucedió era verdad y la fe está justificada a pesar de toda la oscuridad de la situación. En los primeros momentos esta fe se convertirá en verdadera fe en la resurrección solo en María Magdalena, que no «se vuelve a casa», sino que se queda junto al sepulcro donde había estado el cuerpo de Jesús y se asoma con la esperanza de encontrarlo. El sitio vacío se torna ahora luminoso, delimitado por dos ángeles, uno a la cabecera y otro a los pies. Pero el vacío luminoso no es suficiente para el amor de la Iglesia (aquí la mujer antes pecadora y ya reconciliada, María Magdalena, ocupa sin duda el lugar de la mujer por

excelencia, María, la Madre): debe tener a su único amado. Ella lo reconoce en la llamada de Jesús: ¡María! Con esto todo se colma, el cadáver buscado es ahora el eterno viviente. Pero no hay que tocarlo, pues está de camino hacia el Padre: la tierra no debe retenerlo, sino decir sí; como en el momento de su encarnación, también ahora, cuando vuelve al Padre, hay que decir sí. Este sí se convierte en la dicha de la misión a los hermanos: dar es más bienaventurado que conservar para sí. La Iglesia es en lo más profundo de sí misma mujer, y como mujer abraza tanto al ministerio eclesial como al amor eclesial, que son inseparables: «La hembra abrazará al varón» (Jr 31,22).

Pero como nuestro ser es también nuestro deber, en estos tiempos nuestros tan dialécticos donde todo se contrapone en oposición hostil: hombre/mujer, verdad/caridad, derechas/ izquierdas... se nos recuerda la lógica dialógica de la comunión que nos lleva a integrar y servir. Tenemos que aspirar ante todo a las cosas celestes, a las cosas de arriba; aunque tengamos que realizar tareas terrestres, no podemos permanecer atados a ellas, sino que hemos de tender a lo que, no solamente después de la muerte sino ya ahora, constituye nuestra verdad más profunda. En el don de la Pascua se encuentra también la exigencia de la Pascua, que es asimismo un puro regalo. ■

“En cinco horas veré a Jesús”

Un cómic de Guillermo Altarriba para *La Antorcha*



¿Sabes? En el fondo, no me gustaba la idea de robar.

Pero, de alguna manera, lo necesitaba.

No por el dinero, claro. Era como el alpinista que, preso del vértigo, se arroja al vacío.

El pájaro paralizado ante la serpiente.

Tenía que pasar lo que pasó.



¡Ladrón! ¡Que alguien lo detenga!



¡Se ha llevado 30 000 francos!



Por la mañana vaciamos una botella de vino para darnos valor.

Nos imaginábamos en un velero, bañándonos con tiburones en el Golfo de México.



¡Tiburones!



¡Alto!
¡Deténgase o disparo!



¿Cómo llegué a aquel rincón del boulevard des Italiens?

Mi padre... Sí, en casa había tanta religión como en un establo, pero ¿fue solo eso?

¿Fue la separación de Pierrette?
¿Fuiste tú, pequeña Veronique?

Nunca nos damos bien cuenta de lo que es un niño... Con veinte años no se es padre de verdad.



¿Fue la infidelidad?

¿Las botas?
¿La noche?

¡He dicho que alto!
¡Alto o...!

¿Sabes la verdad?

¿...o dispara?



Yo era un alma atrapada en el pecado.



Se llamaba Jean Baptiste; era viudo y tenía una hija de dos años.

Sus compañeros, desde luego, me detuvieron justo después.

Más tarde, fui condenado a la guillotina.

Llegaban tarde; entonces yo andaba, pero ya no vivía.

Mi única certeza era que Dios no existía. ¿Cómo podría?

"¡Dios mío!"

Gracias, Padre. Sus visitas prepararon Tu camino.

Por suerte, ni mi abogado, Paul, ni el padre Devoyod compartían mi error.

Y aquella noche... de mi interior nació una llamada de socorro.

Instantáneamente, como un viento impetuoso, el Espíritu del Señor se aferró a mi garganta.

Es una sensación de dulzura y fuerza infinitas que no puede resistirse por mucho tiempo. Entonces creí, y no me ha abandonado desde entonces.

Hace ya dos años, Veronique.

Te lego este diario para que sepas que tu padre no ha dejado de quererte ni un momento

Ayer vi a tu madre por última vez, por unas horas. ¡Qué extraña víspera de muerte!

Celebramos la misa de esponsales: hoy Pierrette ya es mi mujer ante Dios.

Ahora debo interrumpir este diario, oigo ruidos inquietantes.

He rezado el rosario, el temor ha desaparecido.

No estoy solo, porque Dios está conmigo.

Me siento ligero.

Dentro de cinco horas veré a Jesús.

*Este cómic adapta libremente algunos pasajes de *Dentro de cinco horas veré a Jesús*, el diario espiritual del Siervo de Dios Jacques Fesch, ejecutado el 1 de octubre de 1957. En 1993, el arzobispo de París, Jean-Marie Lustiger, abrió oficialmente su causa de beatificación, por su ejemplo de conversión.

Sociedad idolátrica, sociedad religiosa



POR **JUAN MANUEL DE PRADA**

En las sociedades idolátricas, al perder la fe en una vida ultraterrena, las personas caen tarde o temprano en la desesperación. Pues los sufrimientos físicos y espirituales que padecemos en nuestra vida terrena, que antaño se consideraban penitencias llevaderas en comparación con la bienaventuranza eterna que las borraría de un plumazo, se convierten de repente en sufrimientos insoportables y sin sentido que sólo pueden ser borrados mediante nuestra extinción física, cuanto más indolora y rápida mejor.

Las sociedades idolátricas no saben afrontar la muerte con entereza y naturalidad. Así que se dedican alternativamente a adular y deprimir a las personas sometidas a su dominio: mientras están sanas, la idolatría de la ciencia y el progreso les inspira ideas fatuas, haciéndoles creer que son semidioses; en cambio, cuando están enfermas y no tienen cura (es decir, cuando la ciencia y el progreso se revelan insuficientes o inútiles), se les dice que valen menos que un gusano. Exactamente lo contrario sucede en las sociedades religiosas, donde a las personas sanas se les repite que están hechas de barro; mientras que a las personas enfermas se les recuerda que sus cuerpos maltrechos serán semilla de resurrección.

En las sociedades idolátricas, los pretendidos semidioses huyen de la muerte como pollos descabezados, sometiéndose a la cosmética, a la gimnasia o a la cirugía por espantar patéticamente el fantasma de la decrepitud. Y cuando ese fantasma acaba por hacerse realidad, los semidioses marchitos reclaman la muerte, pues no quieren convertirse en gusanos. En las sociedades religiosas, nadie reclama la muerte, aunque todos la aguardan serenos, sin preocuparse de envejecer o padecer sufrimiento, porque saben que los peores achaques son fruslerías, comparados con la bienaventuranza eterna que les ha sido prometida.

En las sociedades religiosas, existe una comunidad que cuida del enfermo y lo ayuda a sobrellevar el sufrimiento, rezando por él y con él, brindándole consuelo, anticipando a su lado la bienaventuranza. En las sociedades idolátricas, para demostrar que somos semidioses, nos liberamos de toda tradición y comunidad, para disfrutar de plena autonomía; y el sufrimiento se convierte en algo por completo inaceptable que amenaza nuestra autonomía, por lo que reclamamos a la ciencia y el progreso que nos liberen de todas las enfermedades. Pero, ¡ay!, resulta que la ciencia y el progreso se muestran

impotentes ante muchas enfermedades, por lo que nos ofrecen eliminar el sufrimiento. En las sociedades idolátricas, la compasión exige eliminar el sufrimiento matando al enfermo. Justo lo contrario de lo que sucede en las sociedades religiosas, donde la compasión exige acompañar el sufrimiento del enfermo hasta la misma muerte, para llevarlo de la mano hasta la bienaventuranza, donde será por completo resarcido. Pero ese resarcimiento completo exige que incluya también al barro con el que hemos sido moldeados, a nuestra carne decrepita que pronto se convertirá en polvo; pues los sufrimientos más penosos son con frecuencia los que se ensañan con la carne. La muerte, en las sociedades religiosas, se afronta con la esperanza en la bienaventuranza; pero no sólo bienaventuranza del alma, también de la carne.

“ En las sociedades idolátricas, la compasión exige eliminar el sufrimiento matando al enfermo. Justo lo contrario de lo que sucede en las sociedades religiosas, donde la compasión exige acompañar el sufrimiento.

Allá en mi juventud, el escritor Félix de Azúa, escéptico (siquiera por entonces), publicó un artículo que todavía conservo, pues me impresionó muy vivamente. El autor había asistido al funeral de un amigo y glosaba el sermón del cura, en el que se vino a decir que tras la muerte “nos disolvemos en la luz divina como chispas devoradas por un alegre y vertiginoso incendio”. A Félix de Azúa le sorprendió que el cura amputase de un modo tan lamentable la bienaventuranza eterna; y concluía su artículo con este vigoroso apóstrofe: “Católicos, no os dejéis arrebatar la Gloria de la carne. No os hagáis hegelianos. Que, sobre todo, el cuerpo sea eterno es la mayor esperanza que se pueda concebir y sólo cabe en una religión cuyo Dios se dejó matar para que también la muerte se salvara. Quienes no tenemos la fortuna de

crear, os envidiamos ese milagro, a saber, que para Dios (ya que no para los hombres) nuestra carne tenga la misma dignidad que nuestro espíritu, si no más, porque también sufre más el dolor. Rezamos para que estéis en la verdad y nosotros en la más negra de las ignorancias”.

Dios llega a nosotros por la carne. Al aceptar nuestra naturaleza, se hace una sola carne con nosotros, en un desposorio eterno cuya consecuencia natural es la posesión divina de cada una de nuestras fibras a través de la resurrección. Sentirse eternamente abrazados por Dios, sentir que nuestra carne ha sido también incluida en la alianza que Dios entabló con los hombres a través de la Encarnación: este es el corazón de la fe, lo que distingue una sociedad religiosa de una sociedad idolátrica. Sólo la resurrección de la carne sostiene la supervivencia de la *persona* más allá de la muerte. Y esta supervivencia ultraterrena implica que seguiremos siendo quienes ahora somos, bajo otra forma de vida superior, infinitamente más plena. Una forma de vida en la que el alma no se sienta dentro el cuerpo como en una cárcel; y en la que el cuerpo no esté sometido al sufrimiento. Quienes creen sinceramente en esta transfiguración de sus cuerpos no temen a la muerte, ni se desmoronan ante la enfermedad, ni sucumben al desaliento, por más que los desalientos y las enfermedades les golpeen.

Si el grano cae en la tierra y muere, da mucho fruto. Las sociedades religiosas saben que nuestros cuerpos, deshechos por el sufrimiento, pulverizados por la muerte, brotarán un día con nueva vida y florecerán como rosas bajo el sol de la bienaventuranza eterna. Por eso esas sociedades son indestructibles, frente a las sociedades idolátricas, donde sólo se puede vivir como si fuésemos semidioses y morir como si fuésemos gusanos. ■

La muerte en cifras

El Instituto Nacional de Estadística (INE) publicó su informe sobre causas de muerte en España en el año 2021, en el que los fallecimientos disminuyeron un 8,7% respecto a 2020. Sin embargo, desde 2019, prepandemia, la tasa aumentó un 7,7%. En total: 450 744 defunciones.



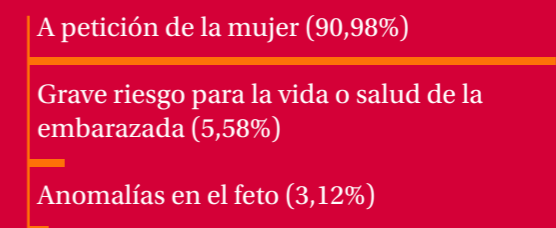
Las cifras de la eutanasia

Según datos preliminares publicados por el Ministerio de Sanidad, el 24 de junio de 2022, 180 personas han perdido la vida en centros sanitarios públicos, tratados por médicos del sistema y tutelados por el Gobierno desde la aprobación de la ley que la regula.

El drama del aborto

Los centros sanitarios públicos y privados españoles notificaron 90.189 interrupciones voluntarias en 2021, lo que equivale a 10,7 abortos por cada mil mujeres con edades comprendidas entre los 15 y 44 años. El número de abortos crece tras la pandemia, un 2,17 % más de abortos que el año anterior, pasando de los 88.269 casos de 2020.

El informe del Ministerio de Sanidad desglosa los motivos por los que se realizaron los abortos:



La eutanasia en España dos años después de su aprobación

El 18 de marzo de 2021, el Congreso de los Diputados aprobó la ley de la eutanasia, convirtiendo a España en el quinto país del mundo en regular esta práctica. Dos años después, reunimos al presidente del Colegio de Médicos de Madrid, **Manuel Martínez-Sellés**, y a la directora del Instituto de Bioética de la Universidad Francisco de Vitoria, **Elena Postigo**, para valorar qué ha cambiado la ley en este tiempo, qué más consecuencias tendrá y qué se puede hacer para fomentar una cultura de la vida.



MM. Lo primero que diría es que estos casi dos años han cambiado la relación médico-paciente. Antes, los pacientes podían confiar en que los médicos solo haríamos lo bueno para ellos, pero con la eutanasia esta confianza se ha perdido.

EP. Claro, porque la ley rompe un principio ético básico: no hacer daño. Dice que en ciertas circunstancias sí se puede hacer daño, sí se puede matar... No olvidemos que lo de “prestación de ayuda para morir” es un eufemismo: la finalidad de la eutanasia es matar, acabar con la vida de ese paciente para evitar su sufrimiento.

MM. De hecho, el juramento hipocrático -cinco siglos antes de Cristo- ya excluía de forma muy clara la práctica de la eutanasia. Esta ley va contra la esencia de la medicina, que es curar, paliar, ayudar... pero no matar. Este pasado octubre, sin ir más lejos, la Asociación Médica Mundial reiteró su “firme oposición” a la eutanasia y el suicidio asistido. También lo refleja así el nuevo Código de Deontología Médica.

EP. La ley, además, obliga a que los médicos que quieran declararse objetores de conciencia se apunten previamente en un listado.

MM. Es lo que más me preocupa, y ha generado mucho temor dentro de la profesión. ¿Se usarán estos listados a la hora de decidir a quién contratar, a quién renovar, a quién promocionar...? En España, la objeción de conciencia es un derecho constitucional que puedes ejercer *ad casum*; es decir, en el momento preciso y la situación concreta. Yo, por supuesto, no me he apuntado en ningún listado, pero ya está pasando que a los médicos objetores no les dejan participar en las comisiones de garantía creadas para controlar los supuestos en los que se está aplicando la ley.

“ Ya está pasando que a los médicos objetores no les dejan participar en las comisiones de garantía creadas para controlar los supuestos en los que se está aplicando la ley

¿Hay una verdadera demanda social?

EP. Nos han hecho creer que había una demanda social enorme de eutanasia, pero los últimos datos, un año después de la aprobación de la ley, hablaban de ciento setenta personas que habían pedido la eutanasia. Es un número muy elevado, pero no veo yo esa enorme demanda social. ¿Era más urgente eso que una ley de cuidados paliativos integrales?

MM. Esas cifras se comunicaron a través de las Consejerías de Sanidad, pero en realidad no sabemos exactamente cuántas muertes por eutanasia se han producido; entre otras cosas porque la ley establece -y me parece especialmente problemático- que se registren como “muerte natural”. Lo que sí es cierto, y llama la atención, es que la ley se aprobó de forma acelerada, y sin consultar con los médicos.

EP. No ha habido un debate social ni se ha interpelado a las sociedades de enfermos. La Comisión de Bioética de España emitió

un informe contrario a la ley, pero fue completamente desoído. Pienso que se ha procedido en base a criterios no sé si ideológicos, pero desde luego que no son los intereses de los enfermos.

MM. Lo indudable -como decías- es que la demanda social que sí existe es de cuidados paliativos. Somos de los pocos países europeos que no los tenemos como especialidad médica oficial, y en el último *Atlas EAPC de Cuidados Paliativos en Europa* salimos muy mal: se recomiendan dos servicios de este tipo por cada cien mil habitantes, y en España solo tenemos 0,6. Es decir, que no tenemos ni un tercio de los cuidados paliativos que necesitamos. Tenemos miles de pacientes sufriendo y la única alternativa que damos a muchos es la eutanasia.

EP. No hemos optado por potenciar una cultura del cuidado, y eso es un error de base. Mis alumnos me dicen: ¿qué quieres, que estas personas vivan mucho y con dolores? Claro que no, ¡hay alternativas!



MM. Presentan a la sociedad una dualidad falsa: eutanasia o sufrimiento. Hoy tenemos fármacos y herramientas que permiten tratar el sufrimiento físico y mejorar la calidad de vida de personas con enfermedades avanzadas, incluso en situación terminal, e idealmente en su domicilio. Nunca habíamos tenido más alternativas. Pero estos cuidados son complejos, costosos e implican a muchos profesionales, mientras que la eutanasia es más sencilla y más barata.

EP. Es verdad, y añadiría que la alternativa a la eutanasia no es la obstinación terapéutica. No se trata de alargar la vida indefinidamente de forma artificial: hay que adecuar el esfuerzo terapéutico a la situación del paciente y, cuando no se puede controlar ya el dolor, la sedación paliativa es buena praxis médica. Sedarla y que, de forma natural, muera serenamente.

“ No se trata de alargar la vida indefinidamente de forma artificial: ya el dolor, la sedación paliativa es buena praxis médica.

La pendiente resbaladiza

MM. Hay otro aspecto preocupante de la ley, que vemos en otros países que han despenalizado la eutanasia: una vez se permite, es muy difícil de controlar. Hoy en día se están practicando eutanasias a ancianos con demencia, a enfermos psiquiátricos, a niños con discapacidad...

EP. En Canadá ha habido enfermos crónicos sin medios para pagarse un tratamiento que han recurrido a la eutanasia. La cultura de la muerte es como una mancha de aceite que va aumentando... En Holanda y Bélgica se aprobó hace algo más de veinte años, y ya hay libros explicando cómo ha cambiado la mentalidad social y cómo se ha ido perdiendo gradualmente el valor de la vida humana, lo que propicia una desprotección de las vidas más vulnerables.

MM. Bueno, en España ya hemos partido de esta pendiente resbaladiza, ¿no? La primera eutanasia que se realizó fue de una mujer de 86 años con una demencia avanzada. Pero ya no es solo la ley, sino que veo la intención de cambiar la visión que tienen la sociedad y la profesión médica sobre la eutanasia. En el examen MIR de 2021 se incluyó una pregunta con cuatro posibles contestaciones: tres eran eutanasia y una, suicidio asistido.

EP. Siempre es así: las leyes propician un cambio de mentalidad, sobre todo en los más jóvenes. Incluso entre los médicos, aunque hoy la mayoría de médicos, como planteas, estén en contra de la eutanasia; me temo que se va a producir un cambio generacional.

Una visión antropológica

EP. Además de la perspectiva médica, hay tres ideas importantes desde un punto de vista antropológico. Primero: toda vida humana, independientemente de sus circunstancias -su edad, su raza, su estado de salud-, tiene idéntica dignidad. Es decir, la vida de un adulto autónomo tiene el mismo valor que la de un enfermo terminal, o en estado vegetativo. No hay vidas de mayor o menor valor.

MM. Es la base de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Aun así, los estudios demuestran que los enfermos con patologías avanzadas pueden no percibir esta dignidad... pero que esto depende más del entorno que de la situación clínica. Es decir, ante la misma enfermedad, un paciente que recibe visitas y tiene médicos y enfermeras pendientes percibe su dignidad, y al contrario.

EP. Yo lo veo en mis alumnos: ahora se entiende la dignidad como la “calidad de vida”, o la autopercepción del valor de tu vida. Esto es un error: aunque un enfermo terminal diga “mi vida ya no tiene valor”, es falso.

MM. Y muchas veces juzgamos. El año pasado, el neurólogo Niels Birbaumer consiguió hablar por primera vez con un enfermo de ELA sin capacidad de movimiento, a través de un sistema de electrodos conectado al cerebro. En una entrevista, Birbaumer preguntaba: “¿Cómo sabes que alguien totalmente paralizado no quiere vivir? ¿Se lo has preguntado? Yo sí”. Y el paciente respondía que estaba feliz en su situación.

EP. El segundo concepto antropológico trastocado por la eutanasia es el de libertad, que se entiende como absoluta, cuando no es verdad. Para empezar, está condicionada por nuestro ser -yo no puedo elegir ser pez, o pájaro- y nuestras circunstancias.



En la eutanasia se entroniza la libertad del individuo, priorizándola por encima del valor de la vida, pero esto entra en contradicción, por ejemplo, con el tema del suicidio.

“ Si alguien intenta suicidarse, nuestra legislación permite ingresarle contra su voluntad. ¿Por qué ahí tratamos de evitarlo y en la eutanasia no?

MM. Es paradójico: si alguien intenta suicidarse, nuestra legislación permite ingresarle contra su voluntad. ¿Por qué ahí tratamos de evitarlo y en la eutanasia no? También habría que estudiar qué coacciones puede estar habiendo, porque un paciente terminal puede tener la percepción de ser una carga para su familia... e incluso puede ser así, porque en España lamentablemente las ayudas a la dependencia no llegan y no hay suficientes cuidados paliativos.

EP. Y por último está la noción del cuidado y la interdependencia. La vulnerabilidad no es circunstancial: somos vulnerables desde que empezamos a existir hasta el final de nuestra vida. Todo esto desde una antropología racional, pero creo que también podemos hacer una reflexión más teológica, porque la eutanasia se inscribe en un contexto de aumento de la secularización, de una desaparición gradual de Dios del horizonte humano. Esto ha hecho que el ser humano se sienta dueño absoluto de su ser y de cualquiera de sus decisiones, incluida la de quitarse la vida.

MM. Los sanitarios debemos seguir luchando por nuestros pacientes, a nivel educativo y en el día a día. Aunque no siempre los podré curar, sí sé que siempre los podré cuidar, acompañar. Y no hay que tirar la toalla. Creo que en unos años probablemente podremos conseguir que la gente se dé cuenta de este sinsentido y que la eutanasia vuelva a ser ilegal en España.

EP. No es un proceso irreversible, desde luego, y creo que lo que tenemos que hacer ahora es fomentar desde distintas áreas una cultura del cuidado. Una sociedad que avanza hacia la deshumanización y el descuido de los más débiles es una sociedad que pierde sus raíces más íntimas. No soy pesimista: hay mucho por hacer, pero frente a las dos alternativas –cuidar o matar– ¿quién quiere matar? Creo que, al menos a día de hoy, nuestra sociedad todavía quiere cuidar. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:



La última carta

Hemos pedido a tres personas que conviven a diario con la muerte, tengan a bien escribirnos su testimonio para incluirlo en esta sección.

Hablarán personas enfermas a quienes la muerte anda rondando todos los días, y hablarán personas sanas que viven con la muerte acechando en cada esquina.

Las páginas que el lector se dispone a leer, merecen un respeto especial, es por ello que recomendamos leerlas con recogimiento y con el corazón abierto.



¡ Hola !, mi nombre es Joaquín patezco de cáncer desde hace once años y he estado sometido a diversas cirugías y tratamientos de quimioterapia y radioterapia como consecuencia de las muchas metástasis que han aparecido. Ahora me encuentro en la fase final de mi enfermedad, donde ya no es posible recibir más tratamiento, solo cuidados paliativos.

Me considero un privilegiado porque he tenido un trabajo que me ha permitido vivir holgadamente y un matrimonio que dura ya 35 años con una mujer maravillosa, María José, con la que he tenido dos hijos, ahora mujeres, que me han dado dos nietos que son dos bendiciones del Cielo.

Y la pregunta que me hago en este momento es la siguiente:
¿ De qué sirve todo esto si no salvo mi alma? Para lograr este gran objetivo necesito oración, confesión y comunión, y éstas, se me ofrecen en "laguna". El resto depende de mí.

Joaquín nos escribió el 26 de enero, antes de enviar esta número a imprenta, el 13 de febrero partía a la casa del Padre. Agradecemos a Joaquín su testimonio y rogamos unas oraciones por él y su familia.

Un motivo para seguir aquí

Me llamo Asunción Fillol, aunque casi todos me llaman Choni. Llevo 15 años trabajando como enfermera del Hospital Universitario del Niño Jesús, en la unidad de cuidados paliativos pediátricos. Nuestra misión no consiste en acortar ni alargar la vida: nuestra misión es acompañar a los pacientes y familias en todo el proceso hasta que se vayan.

Desde que empecé a trabajar en este servicio, he tratado de hacer mi trabajo no sólo como sanitaria, sino intentando acompañar y sobrellevar el sufrimiento con una mirada de cariño, un gesto amable... Me sentía preparada para ello, pero la Providencia quiso mostrarme que aún me quedaban cosas importantes por aprender.

Hace dos años, mi hermana Charo de 47 nos dejó tras nueve meses de lucha contra un cáncer metastásico de mama. Al oír el diagnóstico mi vida se derrumbó. Había cuidado de cientos de niños en esta situación, pero mi única hermana... carne de mi carne... no me sentía capaz. En ese momento, sentí cómo el Señor me daba las fuerzas para centrarme en atenderla y vivir unos meses preciosos.

Dispusimos todos los medios técnicos: material clínico (grúa, cama articulada), cuidados sanitarios y los recursos económicos necesarios para que recibiera la discapacidad... Pero no nos olvidamos de su alma: como ella tenía una fe profunda, nos centramos su dimensión espiritual. Recibió los sacramentos varias veces: Comunión, Confesión, Unción de enfermos... Hasta celebramos alguna Misa en casa.

En esos meses, Charo estuvo rodeada de cariño: el de su madre, hermanos, familiares y amigos. Cuando un día le dije que se moría y que pronto se iría al cielo ella me contestó "todavía no, tengo que purificarme". Su enfoque del dolor y el sufrimiento me hizo darme cuenta de su cercanía al Corazón de Dios. Llevó sus últimos meses con una entereza, abandono y alegría admirables. Fue para mí un ejemplo de vida y nosotros sólo le aportamos lo justo para que ella pudiera vivir e irse en paz.

Tras la muerte de mi hermana tenía que incorporarme de nuevo al trabajo, pero no me sentía capaz. Era como si el cansancio y el desgaste emocional que la agonía de mi hermana me había dejado me inutilizara para volver a enfrentarme al dolor de mis niños. Pero fue justo al revés. Mis primeros pacientes (Eugenia y Álvaro) fueron muy especiales. Cuando ellos se marcharon, comprendí que algo había cambiado en mi interior. Era como si el dolor y el sufrimiento que habían erosionado mi alma, hubiesen creado un espacio en ella que ahora podía llenar con la desolación de esos niños y sus familias. Y ellos lo percibían de un modo ajeno a las palabras. Supe que mi capacidad de consolar y acompañar había crecido exponencialmente.

Meditando sobre ello me di cuenta de que -elevando eso al infinito- lo mismo ocurre con Nuestro Señor Jesucristo. Su Pasión y Muerte (repletas de los peores sufrimientos imaginables) le capacitan para acompañarnos de una manera íntima y total en cualquiera de las cruces que nos toquen vivir. Podemos verter en su Corazón cualquier dolor que padezcamos porque Él ya lo ha vivido antes para salvarnos del pecado y la muerte. Y eso -además de por ser Dios- hace que Su capacidad de consolar sea total y absoluta...

Encomendándome cada día a Él, y tras lo vivido, afronto ahora mi trabajo con una nueva mirada. He estado al otro lado y ahora puedo unirme al dolor de una manera más plena. Todavía tengo mucho que dar y ése es el motivo por el que debo seguir aquí.

Hola guapos y guapas, soy Jordi Sabaté,

Tengo 38 años, soy de Barcelona y hace ocho años que tengo ELA. Cuando te diagnostican ELA te dan una sentencia de muerte porque no existe la cura ni ningún tratamiento a día de hoy. Consistió en sufrir una parálisis de todo tu cuerpo hasta asfixiarte.

Ya que no puedo luchar para curarme, luchó por aguantar vivo el máximo tiempo posible y con mi experiencia de vida y con mi testimonio deseo ayudar a cuánta más gente mejor desde mi punto de vista.

Yo no me puedo mover, hablar, comer, beber, ni respirar, pero aún puedo y quiero disfrutar de la vida. Yo no quiero la eutanasia porque amo la vida y mi intención con esta carta es que dejéis de tener miedo a la muerte o por lo menos disminuir ese miedo. Tampoco me gustaría que desaparezca totalmente vuestro miedo a morir y busquéis moriros, jajajaja. Recordad que la vida es un regalo y que la prioridad siempre es disfrutar de la vida hasta el final.

Como os podéis imaginar vivo mirando a la muerte a la cara y deseo con mi testimonio poder ayudaros sabiendo que tengo una sentencia de muerte a corto plazo. Y qué se siente y cómo se vive siendo un enfermo terminal, como yo. Voy a enfocar la muerte de dos maneras: una siendo ateo y la otra siendo creyente de alguna religión o espiritualidad. Por general, en nuestra sociedad, nos educan desde pequeños a ignorar y que sea un tabú la palabra muerte. De niños nos intentan educar en que la muerte no existe. Es raro ver a niños en un tanatorio. Y eso, cuando crecemos y vemos la muerte nos crea un enorme miedo porque nos viene de nuevo y nuestra sociedad no nos ofrece mecanismos para conocer y llevar la muerte como algo que forma parte de la vida. Si eres ateo y tienes miedo a la muerte escucha está: todo el tiempo que estés pensando en el miedo a la muerte es tiempo que estás perdiendo en tu vida. La vida está para exprimirla con alegría. De la vida a la muerte pasa menos de un segundo. Reflexiona en cuánto tiempo de tu vida has perdido pensando en la muerte. ¿Crees que vale la pena? Ya te respondo yo: no vale la pena. El ser humano tenemos el mecanismo del miedo innato para perseverar nuestra existencia y es un mecanismo de defensa. Pero una cosa es tener ese mecanismo y otra es llevar ese mecanismo al extremo y vivir constantemente tu vida con miedo a morir.

Quiero que sepáis que cuando la enfermedad terminal entró en mi cuerpo, yo pasé una etapa de profundo pánico y terror. Y eso nunca lo he contado, pero me salieron impulsos primitivos de querer tener hijos con 21.300 mujeres para de alguna manera dejar mi legado en la humanidad y era una forma de no morir del todo. Esa etapa terrorífica se transformó en aceptación y en unas inmensas ganas de vivir sin miedo a la muerte.

A los ateos que tenéis miedo a la muerte pensad que no seréis conscientes de la transición de morir. Y aunque tú pienses que no te vas a despertar en otra dimensión que racionalmente no podemos imaginar, quizá es que sí. Y si no, como no tendrás consciencia no vas a sufrir nada, así que, ¿te vale la pena sufrir estando vivo en algo que no te va a hacer sufrir?

El ser humano tiende a tener miedo a lo desconocido, pero la muerte es algo que forma parte de la vida y sí que es verdad que los vivos vivimos la muerte cuando alguien fallece, pero no la vivimos en nuestras carnes, y eso es normal que cause respeto pero no nos tiene que generar miedo para poder vivir con plena felicidad y amor por la vida.

Si eres creyente y tienes miedo a la muerte escucha lo que diré a continuación.

Tener fe no tiene que ser jamás para tapar tu miedo a la muerte ya que realmente no estás viviendo sin miedo a la muerte, es simplemente un parche que se va despegando. Os voy a dar un consejo ateos y creyentes: tener plenamente fe a que esta vida no es el final y vivir esta vida con alegría hasta el final. ¿Qué malo hay en eso? Si realmente no existe nada después de la muerte seguiremos sin ser conscientes. ¿No es mejor vivir sin miedo a la muerte siendo ateo o creyente? No os torturéis, hay mucha gente que le da miedo perder la conciencia, no volver a ver a la gente y la vida que conoce. Pero amigo y amiga, si eres ateo y piensas que no hay nada más, una vez muerto no serás consciente de que estás muerto. Es absurdo que tengas miedo cuando hoy puedes disfrutar de esta vida.

Yo soy creyente y me gustaría que todo el mundo lo fuera ya que teniendo fe vives con un plus de felicidad. Y si luego no existe nada, no seremos conscientes de nada. Así que, ¿crees que vale la pena tener miedo a la muerte? Ya te respondo yo. No vale la pena.

La vida es un regalo.

Del velatorio en casa al tanatorio-hotel: la deshumanización de la muerte

POR **JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ GALERA**

Los tanatorios comenzaron a funcionar en España a finales del S. XX, y se han convertido en el lugar habitual para velar a los difuntos. La arquitectura ha evolucionado hacia una progresiva ocultación de la muerte, en línea con la secularización de la sociedad. Si antes se vivía la muerte en familia, en sentidos velatorios que paralizaban la vida cotidiana, hoy se esconde, rechazando la posibilidad de una trascendencia.

Se cuenta que el tenor navarro Julián Gayarre (1844–1890) y el escultor valenciano Mariano Benlliure (1862–1947), aunque se llevaban casi veinte años de diferencia, trabaron una amistad que decidieron comprometer con la muerte. Sí, porque, según se dice, acordaron que, en cuanto muriese uno de los dos, el que sobreviviera rendiría homenaje al fallecido. El navarro con la voz en los funerales, el valenciano con el cincel y un mausoleo. Gayarre estaba convencido de que la fama, sobre todo la de los escenarios, se desvanece como el humo de un cigarro, y sabía que aquel compromiso era un gesto de amistad que reflejaba una actitud de cercanía con la muerte. Los días terrenales del tenor acabaron en Madrid un 2 de enero, debido a una epidemia de gripe, y su amigo Benlliure, cuando lo supo, puso manos a la obra desde Roma, donde residía y tenía su estudio artístico.

En aquella época, la muerte se vivía. Había cortejos fúnebres. En el caso de Gayarre, fue multitudinario y recorrió las calles madrileñas, para luego dirigirse al Roncal, en cuyo cementerio fue inhumado al cabo de tres días. La familia de Gayarre contactó con

Benlliure y el mausoleo tardó bastantes años en ser una realidad. Lo concluyó en 1897, y pudo instalarse en Roncal en 1901, once años después de la muerte del tenor. La escultura funeraria de Benlliure se expuso en 1898 en el Palacio de Cristal del madrileño Parque del Retiro, y en 1900 el mausoleo obtuvo un galardón escultórico en la Exposición Universal de París. María Cristina —reina regente española desde noviembre de 1885 hasta mayo de 1902— quiso que su ubicación definitiva fuese la plaza de Isabel II, frente al Teatro Real. En ese teatro —donde el tenor había actuado desde 1877— se exponía un busto de Gayarre obra del propio Benlliure y que hoy se encuentra en el teatro eponónimo pamplonés.

Mariano Benlliure mostró durante el medio siglo de vida que le restaba un enorme afecto por Gayarre y su mausoleo del Roncal. Él mismo se encargaba de limpiarlo, en colaboración con un discípulo suyo, el roncalés Fructuoso Orduna, quien continuó con esta tarea tras la muerte de Benlliure. Al fallecer Orduna en 1973, el mausoleo entró en una fase de descuido y degradación que duró casi veinte años.



Mausoleo de Julián Gayarre. Rufino Lasaosa. ©RLasaosa. Flickr

Cuando muere Orduna, en España ya han empezado a funcionar los tanatorios. El primero se había inaugurado en 1968 en Barcelona. Hasta entonces, a los muertos se los velaba, por término general, en casa. Aún hay quienes prefieren seguir esta costumbre, porque no hay ley que lo impida. De hecho, en algunas instituciones no es inusual acoger un tipo de velatorio —capilla ardiente es la

denominación que se aplica— que, según el caso, continúa con el tono que antes era propio de las familias. Por ejemplo, cuando falleció Antonio Fontán —había sido director del diario *Madrid*, miembro del consejo privado de don Juan de Borbón y presidente del Senado en 1978— se pudo rezar ante su cadáver en la capilla ardiente que se instaló en el Colegio Mayor Castilla (año 2010); y lo propio se puede añadir sobre el editor Juan Pablo de Villanueva y su capilla ardiente (año 2008) en el Colegio Mayor Santillana de Madrid —quince horas después de haber fallecido en Pamplona.

“ El primer tanatorio de España se había inaugurado en 1968 en Barcelona. Hasta entonces, a los muertos se los velaba generalmente en las casas.

En todo caso, cabría preguntarse si las capillas ardientes de Fontán y de Villanueva supusieron una excepción dentro de la excepción, pues ambos eran creyentes, hombres de misa diaria. Estaban convencidos de que, por encima de lo lúgubre, lo que define a la muerte es que supone un tránsito para ver a Dios —o al Diablo— cara a cara. Por el contrario, muchas de las capillas ardientes institucionales en la actualidad no se caracterizan por un ambiente de fe y oración, dadas las convicciones de los fallecidos a quienes se suele rendir el último adiós.

Con devoción y esperanza, o sin ella, el lugar habitual en nuestros días para velar al difunto es la sala de un tanatorio. Pero, al contrario de como se hacía antes, o de como se estila hoy en las capillas ardientes, el cadáver está dentro del ataúd. A veces con la tapa ya colocada, o bien con ataúd descubierto. Sea como fuere, el cadáver está tras un cristal, y no ocupa el espacio central de la sala, sino que se halla en un recodo. No se sabe si se trata de respetar la intimidad, o de arrinconar al protagonista de ese día. Quizá el muerto ya no sea el protagonista de los

velatorios, sino sus familiares y, como solemos recalcar, sus allegados. En bastantes tanatorios, las salas carecen de referencias religiosas. No se diferencian demasiado de la sala de espera del dentista. Las enteras instalaciones del tanatorio tampoco evocan la imagen de la muerte. Su estructura es aséptica. Tan aséptica, que, en algunos, como el de San Isidro (Madrid) o La Paz (Tres Cantos), la sensación es similar a la de encontrarse en un pulcro hotel de tres estrellas. No obstante, estos centros disponen de capilla donde se oficia a diario varias misas.

“ Por el contrario, muchas de las capillas ardientes institucionales en la actualidad no se caracterizan por un ambiente de fe y oración.

Cuando uno pasea por algunos cementerios, como el de La Paz (Tres Cantos), se topa con una estructura, un perfil, un diseño que parece eludir la realidad de la muerte. Sin duda, se trata de un tema complejo. Este formato, este estilo, este *ethos* de los tanatorios y de los nuevos cementerios ¿constituye una manera de acallar la muerte, o más bien actúa como un lenitivo para el dolor de los familiares? La profesionalización de la muerte —en los hospitales, en los tanatorios— ¿es una manera de tratar mejor el paso a la otra vida, sin morbo innecesario, sin atmósfera tétrica? Habrá muchas respuestas a estas preguntas, pero resulta muy probable que haya consenso sobre la afirmación anterior: en los velatorios hogareños del siglo XX —el que relata Delibes, con sus excesos y fariseísmos, en *Cinco horas con Mario*— el protagonista era el difunto; hoy es la familia que sobrevive al difunto.

De acuerdo con cifras de la patronal del sector (PANASEF), en España hay más de 2.500 tanatorios que suman 7.050 salas, para atender una media de 1.250 a 1.350 fallecimientos al día. Según datos de los años 2020 a 2021. A estas cifras hay que añadir casi medio millar de hornos crematorios; España es el país europeo

que cuenta con mayor número de instalaciones de esta naturaleza. Lo cual no solo encaja con las nuevas tendencias, sino con un criterio que se ha añadido a los funerales: se pretende que ahora el negocio fúnebre sea «ecosostenible»; los hornos crematorios —con sus filtros de partículas y de emisiones nocivas— cumplen con este cometido. Además, el ahorro en espacio —nuestras casas en vida son estrechas y caras, y con la muerte lo mismo sucede en los cementerios 17 682 españoles— y el aprovechamiento que muchos dan a las cenizas sitúan a ciertos sectores sociales en un retorno a la época previa al cristianismo.

“ La estructura de los tanatorios es tan aséptica que en algunos la sensación es similar a la de encontrarse en un pulcro hotel de tres estrellas.

Aunque la Iglesia tolera —sin aconsejarla— la cremación, también obliga a un sepelio adecuado. No en vano, el católico espera la resurrección de la carne; de hecho, la palabra cementerio procede de un vocablo griego que significa dormitorio, pues la muerte es el sueño en espera de la venida de Cristo. Lo cual no es compatible con mantener la urna de las cenizas en el salón del hogar, ni mucho menos esparcirlas en el mar o en el campo —o eso afirma el Código de Derecho Canónico y la instrucción *Ad resurgendum cum Christo* (Congregación para la Doctrina de la Fe, 2016). Costumbre que cada vez se extiende más. En algunos casos, hay quienes logran transformar las cenizas en joyas y objetos cotidianos. Contra estas prácticas, la citada instrucción *Ad resurgendum cum Christo* es clara y no las permite, ni tampoco otras «actitudes y rituales que impliquen conceptos erróneos de la muerte, considerada como anulación definitiva de la persona, o como momento de fusión con la madre naturaleza o con el universo, o como una etapa en el proceso de reencarnación, o como la liberación definitiva de la ‘prisión’ del cuerpo».



Tanatorio de La Paz (Tres Cantos). ACdP

Profesionalizar la vida y la muerte —nacemos en clínicas y hospitales, morimos en hospitales y clínicas— no es un mero signo de los tiempos. Ello ha significado un cambio absoluto en la esperanza de vida, en la disminución de la mortalidad neonatal, perinatal e infantil, en el tratamiento de dolencias y enfermedades que antes eran letales. La medicina ha apartado la muerte de nuestra cotidianidad. ¿De verdad hay quienes pretenden retornar a los partos en casa, con su inevitable alza de grave peligro para la madre y el bebé? ¿En serio vamos a renunciar a los avances de la ciencia y la medicina? Otra cuestión diferente es si el progreso que se ha experimentado en sanidad se ha acompañado de una merma en el sentido antropológico. Y si ha inducido la impresión en nuestra sociedad de que no es una utopía vencer a la muerte. La mejora de la salud ¿nos ha hecho extraños a la muerte, ajenos al modo como se asumía la muerte en el cristianismo? ¿Nos ha predispuerto a ser transhumanos?

“ La palabra ‘cementerio’ procede de un vocablo griego que significa ‘dormitorio’, pues la muerte es el sueño en espera de la venida de Cristo.

De igual modo que hemos alejado de las ciudades las cárceles, también lo relativo a la muerte... y parte de la vida. Hasta principios de este siglo, entre las calles Goya y Príncipe de Vergara de Madrid había media docena de cines, y hoy ninguno. Alguno de esos cines era de grandes dimensiones, como el que llevaba, precisamente, el nombre de Benlliure. Ahora incluso la pantalla de cine se halla en las periferias de nuestros barrios. Vivimos en modernos *castella*, como esas urbanizaciones cerradas a las que se accede por una verja con una garita, o por el garaje. Los niños juegan en el interior, a salvo de un mundo hostil, extraño. Frente a la vida de calle, hemos transmutado nuestras viviendas y vecindarios en un gueto, un búnker. ¿Dónde queda la ferretería de nuestro barrio, o la droguería y la mercería? ¿O el kiosco o

la librería? El centro comercial, Ikea y el tanatorio son algo más que una alteración en el diseño urbano. Son un cambio en la manera de entender la vida.

En un libro reciente —*Unas palabras antes del Apocalipsis* (Encuentro)—, el dominico francés —pero afincado en Egipto— Adrien Candiard comenta el grado de secularización de nuestras sociedades. Se rechaza cualquier perspectiva de olor trascendente. Por eso, como diría aquel filósofo gentil, la muerte no existe para nosotros, porque, cuando llega, nosotros ya no existimos. Según constata Candiard, la secularización ha afectado a la Iglesia, que ya no interpreta en clave teológica los acontecimientos históricos, empezando por la pandemia covid. La explicación que destacados representantes de la Iglesia han mostrado sobre la pandemia coincide más con el discurso de la Agenda 2030 que con una mirada genuinamente católica. Nos hemos preocupado más de las mascarillas que de los sacramentos. Hemos sustituido el agua bendita por gel hidroalcohólico. La Iglesia del siglo XXI ha reaccionado de una manera muy distinta a aquella del siglo XIV ante la peste negra. La muerte se ha desnaturalizado. Ya no nos identificamos con las coplas de Jorge Manrique, ni asumimos como antaño aquello de «*mors certa hora incerta*».

“¿La mejora de la salud nos ha hecho extraños a la muerte, ajenos al modo como se asumía en el cristianismo? ¿Nos ha predispuesto a ser transhumanos?”

Esta secularización explica la evolución de la arquitectura funeraria, que ha optado por ser funcional en vez de estética. Solo hace falta pasearse por las zonas del cementerio que se construyeron antes de que la industria, y no la artesanía, imperase en la construcción, en todas sus manifestaciones. Hoy ya admitimos sin queja alguna que las paredes de nuestras

casas sean de pladur. Antes la muerte podía ser hermosa; ahora no lo es ni la vida.

Los cambios proceden de hace mucho tiempo, y afectan a aspectos que eran insospechados un siglo atrás. Ahora se nos trata como consumidores, incluso en la muerte. Y, si el familiar fallece en casa —no en el hospital, que hoy se antoja el lugar obligado y preceptivo—, es probable que uno o más policías se personen en el hogar, no vaya a ser que hayamos *eutanasiado* al abuelo, en vez de hacerlo en el lugar obligado y preceptivo, que es un centro de salud pública. Antes el sacerdote, con su sotana, e incluso con roquete y estola morada, acompañaba al moribundo. Hoy, la familia del fallecido recibe «apoyo psicológico».

“Ante la pandemia de covid, la Iglesia del siglo XXI ha reaccionado de una manera muy distinta a aquella del siglo XIV ante la Peste Negra.”

Si rastreamos en los cambios que afectan a los velatorios y entierros, podríamos retroceder a finales del siglo XVIII, cuando Carlos III inició la carrera legislativa para impedir los entierros dentro de las iglesias. Aunque hoy sigue habiendo criptas en bastantes parroquias, lo cierto es que, aduciendo motivos de higiene y salud pública, las autoridades españolas han logrado que la práctica totalidad de sepelios se celebren en cementerios municipales a las afueras de los núcleos urbanos. No obstante, el crecimiento de bastantes localidades ha provocado que el cementerio quede en su interior, como es el caso de La Almudena.

En el siglo XVIII, la muerte era un proceso meramente familiar que daba pie a una celebración social. A nadie se le ocurría alejar a los niños de esta realidad. Al contrario: era habitual vestir a los niños con suprema elegancia y acercarlos a la cama donde yacía el cadáver, para que lo besaran. La muerte de los niños también resultaba parte de lo cotidiano. En aquella época, las cofradías y hermandades

velaban también el cadáver en el hogar familiar. Se trataba de una actividad social que a veces paralizaba los quehaceres profesionales. La vida se detenía. Todavía sucedía de este modo a mediados del siglo XX.

Era normal que las mujeres de la familia limpiaran el cadáver y lo amortajaran, por término general con la vestimenta más elegante, pero negra. Siempre se esperaba a que el miembro más destacado de la familia cerrase los ojos del fallecido. Tras estos procedimientos, el cadáver se velaba en el salón o en la alcoba. Así permanecía más o menos una jornada. La casa se decoraba con crespones y con elementos de color negro. Cuando, en el siglo XX, las casas se solazaban con radios y televisores, la muerte obligaba a taparlos con algún paño o funda, por lo general bordada a mano.

En el velatorio dominaba un silencio

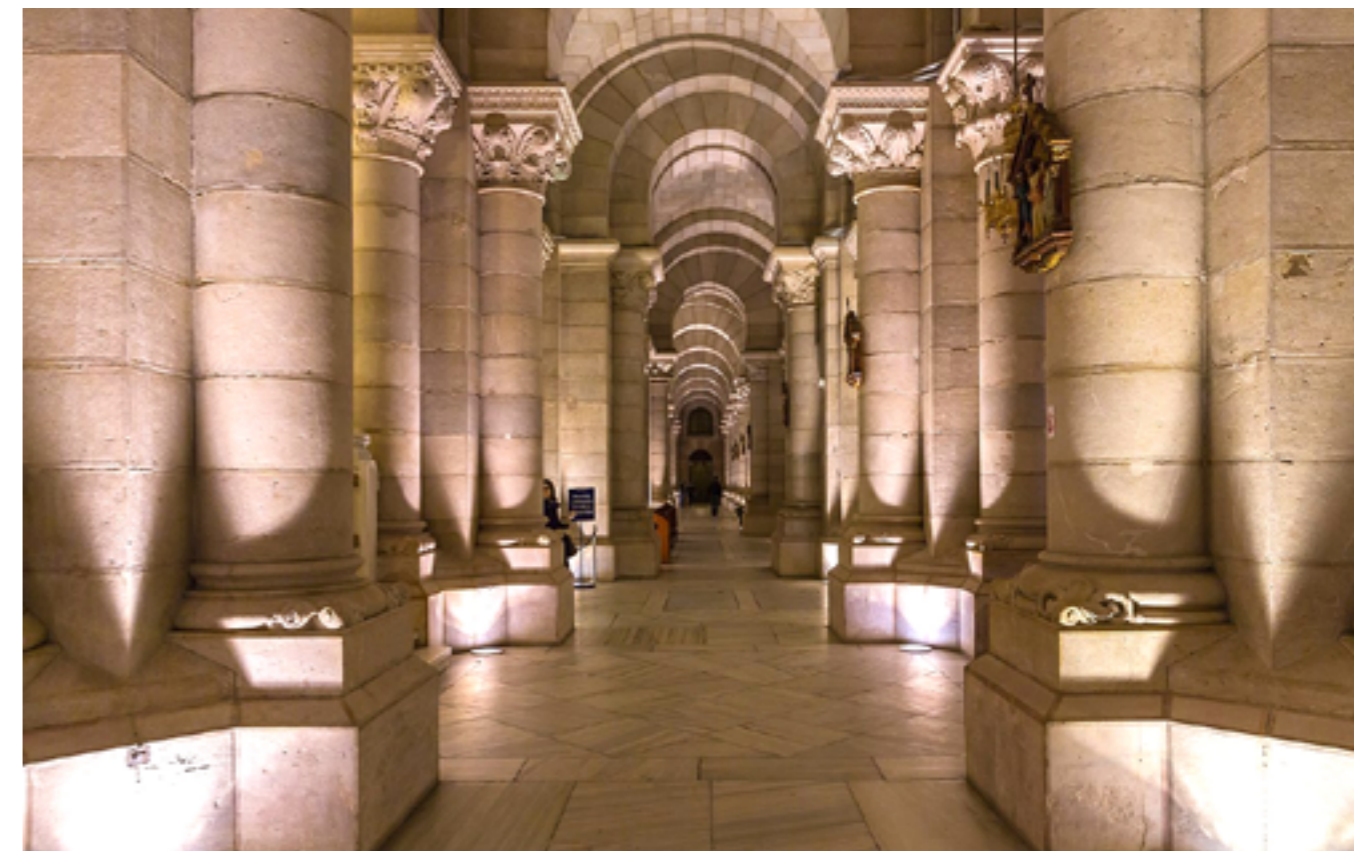
“El lugar de un muerto era con su familia. De esta manera, la muerte era un reflejo de la estructura religiosa y comunitaria.”

interrumpido con rosarios, abrazos y sollozos. Porque la función del velatorio era rezar y mostrar un escrupuloso respeto a la misteriosa

voluntad de Dios. El dolor se entregaba a Dios. Aunque también era normal que una sala de la casa estuviera habilitada para tertulia sosegada, café, galletas y emparedados. Estos detalles no se manejaban con desdén. Al contrario; era de mala nota no ofrecer a los invitados un convite en condiciones. Tampoco se consideraba correcto rebajar el luto fuera de lo establecido. El luto y el velatorio eran rituales que llevaba a cabo la familia y que la enmarcaban dentro de la sociedad. Porque la intimidad de la muerte no se vivía en soledad familiar; y porque el muerto seguía en su casa hasta el momento de la celebración de la misa y luego el sepelio. El lugar de un muerto era con su familia. De esta manera, la muerte era un reflejo de la estructura religiosa y comunitaria. Y, hablando de reflejos, muchas familias judías solían tapar los espejos de la casa.

Ahora solo llevan brazaletes negro los jugadores de fútbol, y el traje masculino de luto se confunde con la indumentaria de los matones de *Reservoir dogs* y *Pulp fiction*. E incluso nos hemos acostumbrado a homilias sin mención del purgatorio y el infierno, y a discursos de amigos y familiares al final de la misa. Sea como fuere, aún no ha cambiado aquello de que «viene la muerte, tan callando». ■

Cripta de la catedral de la Almudena. Diego Delso, Wikipedia





La llegada a casa de Gabriel, el octavo hijo de los Molas Barroso

36 días y una eternidad junto a Gabriel

En la lápida se puede leer su epitafio: “Gracias, Gabriel, por ser nuestro mayor regalo”. Gabriel Molas nació en mayo de 2021, en Pamplona, y vivió 36 días. Sus padres, Mercedes Barroso y Sergi Molas, celebran hoy la feliz paradoja de haber acompañado al pequeño, que nació con una cuenta atrás hacia el cielo. “Con Gabriel –asegura su madre–, Dios me ha regalado el mayor don, la mejor experiencia de mi vida”.

POR **GUILLERMO ALTARRIBA Y JOSEMA VISIERS**

Molas y Barroso viven en la capital navarra y tienen ocho hijos: Santiago, Elena, Daniel, Isabel, Ana, Carmen, Javier y Gabriel, “el grande”. “Ya me sentía mimado por Dios con los primeros siete, pero con Gabriel he notado especialmente que Él está muy empeñado en que vayamos al cielo”, confiesa su padre.

Barroso recuerda el momento en que supo que algo no iba según lo previsto. “En la ecografía de las veinte semanas, me di cuenta de que el ginecólogo estaba más rato de lo normal”, explica. El médico advirtió varios indicadores de un síndrome, y envió la prueba a Madrid para identificar cuál era. “Se me

heló el cuerpo, Sergi se la pegó con el coche; estábamos como atontados”, rememora. La cuenta atrás fue como un viacrucis; once días en los que fueron aceptando que su hijo estaba enfermo. “Habíamos visto todos los testimonios en internet sobre estos temas, y nos decíamos: «Cuidar de Gabriel nos unirá aún más»”. Entonces llegó el mazazo.

Su madre guarda silencio, su padre retoma el relato: “Nos dijeron que no era compatible con la vida”. Molas explica cómo rezaban en aquel momento, pidiendo a Dios un milagro: “Cúrale, pero si lo mejor para Gabriel no es estar sano, que sea lo menos posible. Y si para ir al cielo tiene que ir al peor escenario posible, que queramos lo que Tú quieres, porque no nos sale”. También recuerda la promesa que le hizo a su hijo: “Gabriel, te vamos a querer todos los días de tu vida”.

Su mujer explica que cuando les dieron la noticia, pensó: “Dios me ha demostrado tantas veces que es un padre bueno... ¿Por qué no pruebo a darle las gracias por adelantado?”. “En aquel momento sentía que se me partía el alma, pero nos recogimos, yo dejé un charco de mocos y lágrimas, y pudimos -con la gracia de Dios- empezar a bendecirle y darle gracias”, explica Barroso. Con todo, matiza: “Entonces di las gracias un poco de mentirijilla, con la boca pequeña, pero a Dios le bastó; a partir de ahí nos cogió en brazos -a mí, a Gabriel, a Sergi, a mis hijos- y no ha dejado de hacer maravillas en nuestra vida”. Hoy, asegura, ha entendido que todo comenzó “con este acto de entrega y alabanza, de aceptación de su voluntad”, y dice con alegría que “ya hace tiempo que llegó el día en que le pude dar a Dios las gracias de verdad, con la boca grande”.

“Un regalo lo cuidas y lo agradeces”

Siguieron adelante con el embarazo. “En ningún momento nos planteamos... O sea, un hijo es un regalo, ¿no? Y los regalos los cuidas,

agradeces y compartes, pero no piensas «Ah, como este regalo no me va a durar setenta años, me lo cargo»”, ironiza Molas. Cuando llegó el momento del parto, en la Clínica Universidad de Navarra, cuentan que sintieron a los médicos y enfermeras como parte de su familia.

A pesar de las restricciones impuestas por el coronavirus, Molas pudo acceder al quirófano. Sonaba *Gabriel's Oboe*, y él sostenía con cuidado una jeringuilla con agua bendita. “Con ella pude bautizar a Gabriel, porque podía ser que solo viviera unos minutos; cuando se estabilizó, concluimos el rito con el capellán de la clínica, en la habitación, y aprovechamos para confirmarle”, cuenta.

“En ningún momento nos planteamos... O sea, un hijo es un regalo, ¿no? Y los regalos los cuidas, agradeces y compartes, pero no piensas «Ah, como este regalo no me va a durar setenta años, me lo cargo»”

Cuando llegaron a su casa desde la clínica, la calle era una fiesta. “Una tía de Gabriel había diseñado polos personalizados, todo estaba lleno de globos y flores... alguno preguntaba: «¿Qué está pasando? Este niño se va a morir en unos días ¡y aquí nunca ha habido una fiesta de cumpleaños así!»”, relatan con una sonrisa. “Creo que Gabriel se lo pasó bien los días que estuvo en casa, que se divirtió”, concluye Molas.

“Fueron días dulces”, añade ella, y asegura: “No cambio nada por la gracia tan grande de haber podido tener a Gabriel en mis brazos esos 36 días”. Fue un tiempo –recuerdan– en que el bebé iba de brazo en brazo, y se organizó un “tren” de comidas preparadas. “Sentíamos mucho el amor de Dios, a través de los amigos que venían aquí a acompañarnos y que rezaban por nosotros”, señalan.



“Sabíamos que Dios nos decía «No voy a cambiar mis planes, porque son los mejores, pero sé que esto os duele», y sabíamos que era Él quien más estaba sufriendo por Gabriel y por nosotros, más que nosotros mismos”, destaca Molas. En el amor de sus amigos, la comunión de los santos, vieron la forma en la que el Señor los acompañaba día a día. “Lo decimos en el Padrenuestro, «Danos hoy nuestro pan de cada día», ¿verdad? No decimos «Danos hoy nuestro pan del mes, y ya si eso lo congeló», bromea.

“No cambio nada por la gracia tan grande de haber podido tener a Gabriel en mis brazos esos 36 días

La paciencia de María y el dilema de Soul

Gabriel sufría apneas periódicas que le hacían perder el conocimiento, cada vez más frecuentes. “No sabíamos si era cuestión de minutos, horas o días; en cada apnea pedíamos a Dios y a la Virgen con todas nuestras fuerzas que no fuera la última”, dice Barroso. “Suelo decir -añade su marido- que se quedó más tiempo para poder anotar todo lo que hacía falta, para pedirselo a Dios desde el cielo”.

El chico se fue el 9 de junio, a las seis de la mañana. “Fue una apnea espectacular -recuerda Barroso-; yo me puse de rodillas y, por primera y única vez, le pedí a la Virgen que lo viniera a buscar”. Sigue: “Nunca pensé que pediría algo así, pero me gusta pensar que ella tuvo la deferencia de esperar a que yo estuviese lista para venirlo a recoger”. “Había como un duelo de madres, y fue entonces cuando la Virgen cogió a Gabriel en brazos y se fue al cielo”, explica su padre.

¿Cómo lo vivieron los siete hermanos de Gabriel? Barroso cuenta que les dieron la noticia preguntándoles “¿quién tiene mucha suerte? ¿Quién se va a ir al cielo?”, y exclamando: ¡Qué morro tiene Gabriel!”, y recuerda una conversación con su hijo Daniel: “Me decía «mamá, no pillo nada», y Dios me permitió que me llegara la luz de hacerle una comparación con la película *Soul*.”

Le pidió al chico que se imaginase el escenario del film de Pixar. Que imaginase a Jesús frente al alma de Gabriel, antes de encarnarse. Le describió cómo Cristo daba dos opciones al niño. “Escoge una: bajas a la Tierra, conoces el amor humano, la libertad y el chocolate, pero no hay garantía de que vuelvas... o vasy, en un momento, vuelves aquí, y regresas de modo triunfal, con toda tu gente, en un carro, y te hacemos una fiesta, ¡increíble!”. “Le dije a Daniel «¿Cuál elegirías?», y ahí lo entendió», dice Barroso.

Sus padres también recuerdan que, el día en que Gabriel falleció, los chicos se fueron despertando de uno en uno. “Su reacción fue la misma: primero sorpresa, luego pena, pero después preguntaban «¿Pero está en el cielo, no? ¿Por qué lloramos entonces?», y era como si nos dijeran «¡Plas! ¡Espabila, que esto va en serio!»”, explica Molas. Y añade: “El Espíritu Santo te hace ver a través de un niño que se trata de hacerte pequeño para ir al cielo”.

“Un tsunami espiritual”

“Gabriel me tiene malcriada, de tantos favores que me hace ahora que está en el cielo: es la

primera vez que un hijo malcria a su madre, ¡ya empieza a darme corte!”, bromea Barroso. Los dos celebran que Gabriel “no deja de hacerles mimos, de todo tipo y color”, y aseguran que es la manera que tiene el chico de transmitirles el amor de Dios. “Es como si me dijera «Mira, papá, mi jefe es Dios, y me ha encargado que os haga ver que os quiere mucho, y que está empeñado en que vengáis al cielo»”, celebra Molas.

La lista de favores de Gabriel incluye detalles nimios -como encontrar unas llaves- o regalos grandes, como conversiones del corazón, “que son su especialidad”, dice su madre. Barroso recuerda que, en un momento de su embarazo en que sintió que Dios le decía “pídemelo lo que quieras”, ella pidió “una gran conversión del corazón para todo aquel que rezara por Gabriel o nosotros”, y asegura que está siendo “un tsunami espiritual”.

¿Y el dolor? “Bueno, yo sigo *justica*; hace ya más de un año y medio que pasó, y aún lloro al menos una vez al día”, dice Barroso, pero agradece que, aunque el dolor sigue ahí, el sufrimiento no. “Dios me ha regalado paz y alegría, me ha dejado entender muchas cosas... Quiero creer que en esa aceptación de su voluntad, Él se ha derramado”, dice, y asegura sentir “un gozo que no había tenido en cuarenta años”.

“Dios me ha regalado paz y alegría, me ha dejado entender muchas cosas... Quiero creer que en esa aceptación de su voluntad, Él se ha derramado

Barroso recuerda unas palabras de santa Teresa de Lisieux: “Recoger un alfiler por amor puede salvar un alma”, y reflexiona que “con esta experiencia Gabriel ha salvado miles de millones de almas”. “Yo he entendido que, cuando sufro, puedo acompañar al Señor en la cruz, aliviarle un poco”, añade. “Es como si Dios nos dijera que el modo que tiene de demostrarnos que nos quiere es dándonos oportunidades de poder acompañarle en la cruz”, incide Molas.



El matrimonio insiste en que han comprendido que frente al dolor y la enfermedad hay dos caminos posibles: con uno mismo o con Dios. “Si la vivimos con Jesús, esa cruz redime; si la llevas por amor a Jesús, la cruz pesará lo que pese, pero la llevas de otra manera”, apunta Molas. “A Sergi y a mí -concluye Barroso-, Dios nos ha hecho el regalo de llevar Él nuestra cruz, y se ha quedado con nosotros: conocer a Gabriel, seguirlo teniendo para siempre con nosotros, vivir la conversión de nuestros corazones... Me parece lo más grande que hemos vivido. Y si esto no es de Dios, que alguien me lo diga.” ■

SI QUIERES CONOCER MÁS DEL TESTIMONIO PUEDES HACERLO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:





Javier
Díaz.
Josema
Visiers

Entre el puente y el río: “Soy un superviviente, sobreviví al suicidio de mi madre”

Javier Díaz Vega es esposo y padre de familia, licenciado en Psicología, docente y autor del libro *Entre el puente y el río*, es además superviviente del suicidio de su madre.

El suicidio es un tema de actualidad debido al aumento de casos ¿Qué está sucediendo?

Se han puesto en marcha iniciativas desde muchos estamentos, pero todavía no hay un plan de prevención nacional. Hay planes de prevención a nivel comunitario, a nivel regional, pero, digamos que todavía no está puesto el problema encima de la mesa.

¿Está politizado el suicidio?

Se menciona a veces, por desgracia, desde un punto de vista político. En cierta manera, y esto es una opinión personal, es a la vez positivo y negativo que no sea fácil politizar el problema, porque si se politiza, se vuelve un arma para dividir a la sociedad.

Por otro lado, el problema de que no se politice es que a nadie le interesa tenerlo presente en sus programas electorales y nadie hace suficiente mención a la necesidad de hacer planes efectivos acerca de la prevención del suicidio.

¿Por qué no se habla del suicidio? ¿Existe un efecto tabú o se hace realmente para evitar un efecto llamada?

A nivel mediático se ha decidido no hablar de esto por el temido efecto llamada. Es verdad que una noticia mal dada sobre el suicidio puede dar ideas o romantizar la situación, e incluso justificarlo. Muchos medios de comunicación no saben manejar este tipo de información, a pesar de existir guías que tratan, a la vez que informan de una problemática real, ofrecen también información sobre cómo prevenir o medios para pedir ayuda como el Teléfono de la Esperanza.

De esta forma pasamos del “efecto llamada” al “efecto Papageno”, que dice que aquellas noticias sobre conductas suicidas que siguen determinadas reglas tienen un efecto preventivo.

¿Y a nivel social?

Yo creo que el silencio, el tabú, tiene una función y mientras esa función no se desactive por otras vías, la gente va a seguir optando por no hablar del suicidio abiertamente. ¿Por qué? Porque mantenemos el silencio por prudencia, para no buscar culpables.

Los supervivientes no tenemos las respuestas del porqué una persona de nuestro entorno se suicidó. El silencio tiene una función de capa protectora en la cual sabemos que no nos vamos a culpabilizar. El silencio puede tener sentido. Y es importante no juzgar directamente a las personas que prefieren manejar la situación con cierta prudencia. Pero con el tiempo, aunque sea solo una sospecha de culpa, los supervivientes tienen que sanar la herida y hablar de ello. Hablar salva vidas, no solo en cuanto a la prevención, sino para evitar más sufrimiento.

Existe falta de concienciación sobre el suicidio, falta de normalización. Normalizar no significa darlo por bueno, significa poder hablar de un problema que existe, sin juzgar. Tú vas al dentista porque te duele una muela, vas al fisioterapeuta por una contractura, pero nadie menciona que va al psicólogo.

Muchas personas lo consideran un acto de cobardía...

Achacarlo a la cobardía es una falsedad, no existe el suicidio por cobardía. Una persona recurre al suicidio por un sufrimiento atroz que es capaz de ensombrecer y hasta anular buena parte de la voluntad y el discernimiento.

Otros romantizan el suicidio como un acto valiente. Esto ocurre, por desgracia, entre los adolescentes, cuando se suicida alguna persona

influyente en la sociedad e incluso se alaba que haya sido capaz de acabar con la propia vida.

“Muchos medios de comunicación no saben informar sobre el suicidio”

¿Cuándo apareció el suicidio en tu vida?

Aparece cuando yo era pequeño, aunque no me daba cuenta del problema. Mi madre tenía una depresión muy profunda y pasó por varios intentos de suicidio. Finalmente, en 2009 se suicidó. Yo tenía 22 años, estudiaba Psicología, seguramente porque tenía la esperanza de ser parte de su mejoría.

¿Qué te ayudó a superar una experiencia tan traumática?

De todas las cosas que he vivido en el duelo del suicidio, la más sanadora ha sido la conciencia de que sigo siendo hijo. Haber podido hablar de ello y ver una conciencia sobre el tema en entornos familiares, sociales, entre amigos, en diversos medios de comunicación. Ahora, después de dos años de la publicación de mi libro, me he dado cuenta de que quizá ese es el regalo de hijo que tenía que hacerle a mi madre, a la que debo la vida y también a la que debo en gran parte la fe que me ha ayudado a poder vivir todo esto.

Hablas de la fe ¿Cuál es la postura de la Iglesia respecto al suicidio?

La comprensión sobre el fenómeno del suicidio ha cambiado en toda la cultura occidental. En ese sentido, la Iglesia, en su búsqueda de la Verdad, ha incorporado los conocimientos de las ciencias humanas. La Iglesia no ha dejado de considerar el suicidio como un pecado. El pecado siempre es una triple herida: contra Dios, contra uno mismo y contra el prójimo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* declara que los trastornos mentales pueden reducir la carga de la responsabilidad de la persona y que

la Iglesia pone en manos de Dios el alma de las personas que han cometido suicidio, porque su misericordia está por encima de todo.

Estamos en manos de Dios y solo Él puede saber cuál es el grado de voluntad, de libertad, cuáles son los condicionantes que pueden haber anulado o empujado a una persona al suicidio.

En mi libro hablo de cómo el santo cura de Ars sanó el alma de una viuda cuyo marido se había suicidado diciéndole: “entre el puente y el río está la misericordia de Dios” por eso mi libro lleva ese título, porque tengo la certeza de que la misericordia de Dios está por encima de todo.

¿Culpaste a Dios del suicidio de tu madre?

Ante cualquier sufrimiento humano quienes tienen Fe, o la conservan lo suficiente para tener ese reproche o la abandonan. Los que la mantenemos buscamos entender ese sufrimiento, esa cruz que Dios nos otorga.

En ese sentido, claro que hubo la pregunta de ¿por qué Señor permites esto? ¿por qué permites que vivamos este sufrimiento? Creo que esto lo abracé más pronto por el simple hecho de que Dios había permitido la cruz de su Hijo. Ahí es cuando surge otra pregunta: ¿Cómo abrazar con sentido esa cruz?

Siempre he intentado mostrar con la realidad que me ha tocado vivir que la cruz, cuando uno la abraza, pesa menos que cuando la arrastra. Cuando arrastras el sufrimiento, cuando estás entre la negación, la rabia y la resignación, arrastras la vida. Cuando una la abraza, aunque no comprenda, busca un sentido al sufrimiento. Poco a poco, al conocerse mi historia y sobre todo con la publicación de mi libro, el Señor me ha dejado ver el fruto y el sentido de mi sufrimiento: mucha gente a través de mi testimonio está comprendiendo el problema del suicidio, sobre todo las personas que han vivido el suicidio de cerca y han encontrado palabras de comprensión y han sanado sus heridas. Participar de eso es participar de la redención de Cristo, lo dice la Biblia: “sus cicatrices nos curaron”.

“ Dos años después de la publicación de mi libro, me he dado cuenta de que quizá ese es el regalo de hijo que tenía que hacerle a mi madre

¿Qué te lleva a escribir tu libro?

Todo surgió por una entrevista en la que hablé de cómo Dios me ayudó a vivir el suicidio de mi madre. A raíz de ello, la editora de un amigo me dijo que había que hablar de este problema. No fue una iniciativa propia, no me lo hubiera planteado, pero cuando me lo dijo, o por inconsciencia o por una moción de Dios, empecé. Empecé por mi propia historia, desde una mirada puramente humana, y luego desde la Fe. Gran parte del libro fue escrito durante la pandemia. Mientras lo iba escribiendo tenía un efecto terapéutico, me emocionaba mucho escribiendo a solas en mi cuarto o en la capilla delante del Señor, me emocionaba no por el dolor, porque la herida estaba curada, sino por la gratitud y la conmoción de poder volver a recordar, sabiendo que Dios estaba detrás de lo que me esperaba en ese momento cuando yo publicara el libro. Lo que ha sucedido es un torrente de gracia porque mucha gente tocada por esa herida, ha podido encontrar ayuda.

Has pasados por dos cánceres, el suicidio de tu madre... ¿te consideras una persona con mala suerte?

Mala suerte no, tampoco me gusta que nadie me considere una víctima. Ahora, por desgracia, es una tentación recrearse en el sufrimiento. No somos solo lo malo que nos pasa, a mí me han pasado cosas muy buenas, he vivido auténticos milagros. No me considero una persona con mala suerte. Considero que Dios está haciendo un camino conmigo y me va llevando y yo, más o menos, lo voy siguiendo.

Hablas de milagros ¿Qué milagros?

El milagro de poder estar aquí y contar todas estas cosas, contar que muchísimas personas han rezado por mí, el milagro de que se hayan acercado a la Iglesia a pedirle a Dios que cuide de mí, incluso personas que estaban alejadas de la Iglesia. En eso ya veo un milagro. No sé si hay una intervención concreta de un santo en particular. En los entresijos del cielo ya me enteraré de quién ha intercedido, seguro que la Virgen María, san José y otros tantos.

La sociedad, a la vez que promulga leyes como la eutanasia, combate el suicidio

Cuando hemos perdido la mirada al valor de la vida es muy difícil explicar por qué es valiosa una vida humana que crece en el vientre de su madre, por qué es valiosa una vida que está en sus últimos momentos, por qué es valiosa una vida que se ha planteado infligirse un daño mortal. Se entremezclan no solo esa falta de valores, sino también una falta de virtudes que ayuden a vivir los valores. No hay valores, hay banderas que dividen a la sociedad.

Es muy difícil concienciar a la sociedad sobre el suicidio cuando tenemos leyes de eutanasia. A nivel social la prevención del suicidio no ha terminado de fructificar en unas demandas concretas y en cambio ya tenemos acceso al denominado derecho a una muerte digna. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:



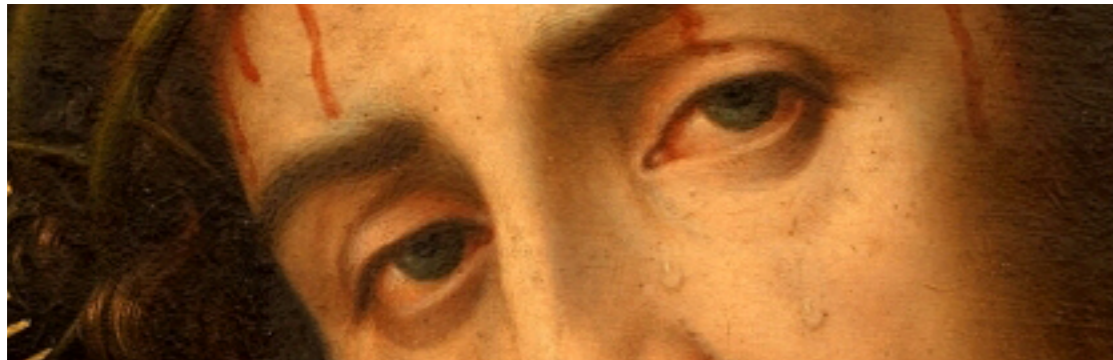
El suicidio no es culpa de nadie, pero es responsabilidad de todos

Miguel Guerrero Díaz, psicólogo Clínico especialista en conducta suicida, comparte una serie de conductas verbales y no verbales que pueden hacernos pensar que nuestro ser querido está en riesgo de suicidio:

1. Expresiones relacionadas con la vida y el futuro que denoten insatisfacción, infelicidad, sufrimiento o desesperanza (ej: “quiero terminar con todo”).
2. Expresiones sobre uno mismo que denoten culpabilidad, vergüenza, frustración, indefensión o inutilidad (ej: “soy una carga para todo el mundo”).
3. Expresiones relacionadas con la muerte o el suicidio como solución (“quiero descansar” “no deseo seguir viviendo”).
4. A veces no se expresa directamente estos pensamientos y sentimientos, pero la persona se comporta de forma diferente y realiza acciones como:
 - a. Dejar de relacionarse con los demás.
 - b. Cambios bruscos de humor (irritabilidad, ira, tristeza, apatía)
 - c. Dificultades para hacer actividades, dejar de cuidarse, no dormir o iniciar consumo de drogas o medicación.
 - d. Conductas temerarias que hacen asumir riesgos innecesarios.
 - e. Regalar posesiones, objetos sentimentales, mascotas o despedirse de amigos.
 - f. Inicio de autolesiones
 - g. Redacción de testamento, cierre repentino de redes sociales o gestiones que indiquen “cerrar asuntos personales”.

TE INVITAMOS A LEER EL TEXTO COMPLETO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:





Detalle de *Ecce Homo*, de Juan de Juanes. Hacia 1570. Museo Nacional del Prado

Alguien nos mira

POR **ESPERANZA RUIZ**

Contaba la hermana Joana, de las Hijas del Amor Misericordioso, una anécdota con una gran carga de profundidad y con varias enseñanzas. Ellas llaman a estos eventos «Diosidencias», porque para la Providencia no hay casualidades. Contaba –decía yo– que una de las religiosas de su congregación tenía que someterse a una endoscopia para la que se requería sedación. Se produjo un malentendido en la comunicación con el hospital y le aseguraron, por dos veces, que no hacía falta que guardase ayuno antes de la prueba. Una vez en consulta, la enfermera que la atendió se llevó las manos a la cabeza al descubrir que la monjita había ingerido alimentos. No tenía más remedio que anular el examen diagnóstico. Cuando la paciente comprendió que el riesgo estaba en la anestesia preguntó si era posible que le realizaran la prueba sin ella, a las bravas. El médico le explicó que antiguamente

se llevaban a cabo sin sedar al paciente, pero que se trataba de un procedimiento desagradable y muy doloroso. La hermana determinó al instante que ofrecería ese sufrimiento por las almas. Y así se hizo. Cuando todo terminó, el doctor pidió a la religiosa que le explicase en qué consistía aquel ofrecimiento y de qué manera podía ayudar a las almas el hecho de que ella hubiese padecido voluntariamente. Se mostró muy impresionado, no solo por el coraje de la elección que acababa de presenciar, sino por descubrir la «utilidad» del sufrimiento ofrecido. Alguien nos mira cuando vivimos como verdaderos cristianos. Y puede cambiar su vida por ello.

Estos días en que escribo, el mundo mira a Siria y a Turquía. La imagen de un padre tomando la mano de su hija adolescente sepultada bajo los escombros tras un terremoto ha sobrecogido a muchos.

La destrucción y el caos absoluto, la muerte y el abismo, servían de escenario a un acto que encerraba a la vez el más profundo dolor y el más sublime amor. Del mismo terrible suceso nos llegó la noticia de una mujer que dio a luz minutos después del seísmo y que falleció. El bebé pudo ser salvado. El más profundo dolor y el más sublime amor. Alguien nos miraba y nos preguntaba dónde estaba nuestro Dios. Nosotros volvíamos los ojos a la devastación y lo encontrábamos sosteniendo a los que sufrían. Respondíamos si no veían que ahí, en esas manos cubiertas de polvo y heridas, pero firmemente unidas, estaban el padre, la joven y el Padre. Si no lo escuchaban en el llanto de vida de una criatura que aún conservaba la sangre en el cordón umbilical de su madre fallecida.

“ Alguien nos miraba y nos preguntaba dónde estaba nuestro Dios. Nosotros volvíamos los ojos a la devastación y lo encontrábamos sosteniendo a los que sufrían..”

Confieso que yo también he mirado. Mi retina guarda la imagen de un hombre vencido, derribado –mas no destruido– por el peso de la edad y el deterioro de la enfermedad. Un hombre que se marchitaba y cuya misión se le escapaba entre dedos que temblaban y una lengua que titubeaba. Un hombre vestido de blanco que habitaba un cuerpo menguante y encorvado. La pérdida de facultades físicas y mentales que no puede menos que instaurar gran dolor espiritual permitió a Juan Pablo II enviar el mensaje más poderoso de su pontificado. El hombre que esquiaba, hacía teatro, que recorrió los cinco continentes y se recuperó de un grave atentado, se mostraba al mundo sin ocultar los signos de decadencia que molestan a la sociedad secularizada. Su agonía lenta, digna y fructífera, encarnó las palabras de san Pablo a los Corintios: «Mi

fuerza se muestra perfecta en la flaqueza» (2 Cor 12,9). La vejez fue, para muchos, resignificada con el testimonio ofrecido al límite de las fuerzas del santo padre. Su Gólgota enseñó a los que mirábamos, el valor intrínseco de la vida en todas sus etapas, en todos sus estados, en cualquiera de sus circunstancias.

Alguien nos mira cada vez que encontramos consuelo en la fe, fe en la adversidad, perdón por nuestras afrentas, dignidad en la enfermedad, poder en el sufrimiento y belleza en la desolación.

Pero, sobre todo, Alguien nos mira desde una cruz. Clavado en ella, con las costillas laceradas, el rostro ensangrentado y habiendo expiado con su pasión y muerte los pecados del mundo.

Nos mira en cada caída, en cada humillación y en cada pérdida. Nos mira en las lágrimas, en la incomprensión, en el derribo de nuestros cimientos y en la injusticia. En nuestro tránsito por la vía dolorosa, en el empobrecimiento y en la soledad. Y Él, desde la cruz, con las manos clavadas, las costillas laceradas y el rostro ensangrentado sabe de caídas, de humillación, de pérdidas, de incomprensión y de injusticia.

“ Alguien nos mira desde una cruz. Clavado en ella, con las costillas laceradas, el rostro ensangrentado y habiendo expiado con su pasión y muerte los pecados del mundo.”

Nos mira, también y con infinito amor, cuando somos nosotros los que infligimos penas, cuando traicionamos por unas monedas o cuando nos lavamos las manos. No agota su piedad, no deja de sostenernos en la tragedia ni en nuestra desesperación.

Y es por ello, por ese crucificado que nos mira y que resucitó, que todo nuestro sufrimiento ha sido dotado de esperanza. ■



Igualdad hombre-animal: 10 claves para entender por qué el animalismo es un problema

Miguel Ángel
Quintana Paz.
Josema Visiers

¿Matar a un animal es siempre un crimen? ¿Los seres humanos tenemos el mismo valor que los animales? Para responder a estas y otras preguntas, hemos invitado al filósofo Miguel Ángel Quintana Paz, director académico del Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP) en Madrid. Nos sentamos con él en una carnicería para profundizar en las tesis animalistas y los presupuestos que hay detrás de ellas.

1. ¿En qué consiste exactamente respetar a los animales?

A menudo se piensa que si no eres animalista es porque desprecias a los animales. Se plantea una dicotomía: o piensas que son iguales a los humanos o los animales no te importan, son un objeto. Esto manipula mucho la visión de los animales durante toda nuestra historia: en general, siempre hemos considerado que son algo valioso, que merecen un respeto, un cuidado...

2. Eso no siempre se ha cumplido.

Por supuesto, pero la norma como tal sí ha existido. Y también hemos entendido siempre que los seres humanos somos justamente los encargados de este cuidado. Es una visión que incluye una obligación para nosotros, pero esta nos eleva. Si somos los responsables de los animales es porque tenemos una responsabilidad que ellos no tienen: ellos no se la adjudican entre sí ni hacia nosotros. Esta elevación nos hace superiores, pero como cuidadores. Como aquellos que deben prestar atención al animal.

3. Algunas posturas no toleran el consumo de productos de origen animal: ¿se pueden respetar sus derechos sin ser veganos?

Si pensamos –con los animalistas– que animales y seres humanos tenemos exactamente el mismo valor, y que eso fundamenta toda nuestra ética al respecto, es normal concluir que no debemos matar ningún animal. Y que cualquier consumo de productos animales –o que proceda de ellos, como es el caso del veganismo– es una opresión injustificable a un semejante, igual que no toleraríamos hacer eso con un ser humano. Pero esta no es la única manera de pensar acerca del valor que tienen los animales. Podemos considerar que tienen un valor inferior a nosotros, pero no un valor nulo.

4. Algunos organismos internacionales pretenden modificar los hábitos alimenticios de la sociedad, reduciendo el consumo de carne para cuidar el medioambiente. ¿Está justificada esta postura?

Bueno, para sustituir la ingesta de proteínas y de otros alimentos nos sugieren a menudo insectos, que también estarían dentro del mundo animal, con lo cual, en última instancia, tampoco sería una buena idea... Yo creo que todo este embrollo surge de haber olvidado el axioma clave: que el ser humano y los animales no son lo mismo, lo contrario a lo que defiende el animalismo. Como decía antes, los seres humanos tenemos la responsabilidad de no maltratar a los animales, de no hacerlos sufrir innecesariamente... Pero ¡ojo! Esto no significa, como a menudo ocurre en nuestra sociedad, que todo sufrimiento o que cualquier muerte sea algo carente de sentido.

5. ¿Hay muertes de animales que sí tienen sentido?

La ganadería, por ejemplo: no solo tiene sentido alimentarnos de estos animales

–y por tanto, sí, previamente matarlos–, sino que es precisamente lo que da cumplimiento a su función. Roger Scruton, en su texto *Eating our friends*, defiende que en la relación con un animal, ponerlo en su lugar es precisamente demostrarle el mayor respeto. Golpear a una gallina contra una pared no es respetar lo que es una gallina; alimentarnos de sus huevos –o incluso de la propia ave–, sí. Este vínculo en el que la gallina tiene que ser gallina, no obstante, a menudo se olvida en nuestra sociedad industrializada; olvidamos incluso de dónde proceden nuestros alimentos.

“ Los seres humanos tenemos la responsabilidad de no maltratar a los animales, de no hacerlos sufrir innecesariamente... Pero esto no significa que todo sufrimiento o cualquier muerte sea algo carente de sentido.

6. Filosóficamente, ¿el animalismo tiene una base racional?

¿Cuál es el fundamento de equiparar al ser humano con los animales, cuando cualquiera puede constatar que somos muy distintos? Es un fundamento emotivista, sensible, incluso sensiblero. Cuando vemos a un animal, sentimos unos sentimientos cálidos, que nos impulsan a querer tratarlo bien... y hasta ahí es un sentimiento bienhadado. El problema es extrapolarlo y deducir de manera errónea que eso significa que debemos tratar al animal igual que al hombre.

7. Aunque no todos los animales nos parecen preocupar igual...

Claro, la falla de esta extrapolación de los sentimientos es que nunca se produce sobre las ratas callejeras o las moscas, animales que –también por motivos

meramente sensibles- nos resultan repugnantes. siempre se produce con animales que se parecen a los peluches que teníamos de pequeños, o a las películas de Walt Disney. Perritos, gatitos o incluso versiones peluchizadas y almibaradas de, por ejemplo, las vacas o los toros.

8. ¿Este emotivismo se da solo en el animalismo o es un problema mayor?

Por desgracia, prácticamente toda la ética en nuestra sociedad se fundamenta en cómo me hace sentir algo. Es uno de los retos más potentes de nuestro tiempo: volver a comprender -como sabían los clásicos, Platón, Aristóteles- que el sentimiento es una ayuda, y una ética sin sentimiento sería terrible, pero no puede protagonizar nunca nuestras ideas sobre el bien y el mal.

“ El riesgo es que la equiparación de seres humanos y animales no sea hacia arriba, que degrade al hombre.

9. ¿Dar una dignidad excesiva a los animales puede ser una estrategia para rebajar la dignidad humana, a largo plazo?

El riesgo es que la equiparación entre seres humanos y animales no sea hacia arriba, sino que degrade al hombre. Por desgracia, esto también es constatable en muchos del movimiento animalista: no es extraño que estén coaligados con movimientos antinatalistas o ecologistas que abogan por reducir población. Es lógico que ocurra cuando equiparamos cuidador y cuidado, lo alto y lo bajo. Por otra parte, no es verdad eso que se dice de que la dignidad de un pueblo se ve en cómo trata a los animales: las primeras leyes de cariz animalista las promovió el régimen nazi, y eso no reflejaba en modo alguno cómo pretendía tratar a los seres humanos.

10. ¿El animalismo puede ser la base de una civilización mejor que la cultura judeocristiana?

El movimiento animalista tiene una idea sobre cómo debe ser nuestra civilización que engarza muy bien con otras ideas que se están promocionando últimamente, y apuesta por un proyecto que sea más compasivo, tolerante, donde nadie hará daño a nadie y todos seremos respetados. Es un proyecto atractivo, pero -por desgracia- podemos constatar que no vivimos en un mundo cada vez más tolerante, sino que se nos ponen cada vez más trabas. Es una civilización que se presenta con una cara falaz, y es mucho más recomendable restituir aquellos principios que sí abogaban por un cuidado de los animales, pero sin olvidar que los cuidamos los seres humanos.

Y estamos, precisamente, en una carnicería.

Venir a lugares como este que nos acoge, la carnicería Jofeli en la calle de la Reina Victoria, en Madrid, es una experiencia mucho más sensata, mucho más conectada con lo que ha sido nuestra civilización y lo que realmente son los seres humanos, que cualquiera de los desvaríos animalistas que dicen que en realidad somos iguales a los animales. Si somos capaces de entender eso, creo que además disfrutaremos muy bien de manjares como estos que nos acompañan aquí. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:



¿TE ESTÁ GUSTANDO LA ANTORCHA?

Ayúdanos a poder encender *La Antorcha* en más hogares

Cada **cuatro meses te enviaremos**
La Antorcha a casa



¡GRATIS!

Queremos ofrecer una mirada cristiana para iluminar distintas realidades que nos interesan: trataremos multitud de temas de actualidad (o no) que nos ayudarán a comprender mejor el mundo

Invita a tu familia y amigos a suscribirse para que puedan disfrutar en sus casas y en papel del siguiente número



www.acdp.es/la-antorcha/

Comparte este QR o envía este link para encender La Antorcha



Chapu Apaolaza
y Jorge Soley
en la Plaza de
Toros de Las
Ventas durante
la entrevista.
Josema Visiers

La muerte en el ruedo: “Tener compasión de un toro es insultarlo”

Columnista y escritor, Chapu Apaolaza nació en San Sebastián con el chupinazo de los sanfermines de 1977. Portavoz de la Fundación del Toro de Lidia hasta el año pasado, lo dejó para emprender nuevos retos profesionales. Nos recibe en Las Ventas para hablar de tauromaquia, rito, sacrificio y belleza.

POR **JORGE SOLEY CLIMENT**

Chapu, estamos en Las Ventas. Para algunos es como el Coliseo romano, una especie de factoría de muerte. Cuando entras a una plaza de toros, sabes con seguridad que la muerte se hará presente. ¿Por qué incomoda a tanta gente esa presencia tan central e ineludible de la muerte?

A la gente no le preocupa el hecho de la muerte, sino su puesta en escena. No mueren

más animales porque haya una corrida de toros de los que mueren habitualmente. Si no hubiera corridas de toros en San Isidro y no murieran seis toros cada tarde durante un mes, morirían los mismos 700 millones de animales que mueren en España para nuestro consumo humano. La muerte y su manto seguirían cubriéndonos de la misma manera. Lo que pasa es que aquí lo que hacemos es ponerla en escena; es mostrar y ver la muerte.

Que es justo lo que nuestra sociedad evita. Hemos ido escondiendo la muerte. Mira lo que ocurrió con la pandemia: los abuelos se iban y ya no volvían... y te daban una urna con cenizas. Parece que el único lugar donde se sigue mostrando abiertamente la muerte es en los toros.

Efectivamente, y eso lo hace más radical y es el mayor insulto para muchas personas: el poner sobre la escena la muerte segura o prácticamente segura de un animal –el sacrificio de un animal– y la muerte posible del hombre. La escenificación de que somos seres mortales es la mayor ofensa que hace la fiesta de los toros a la sociedad y en realidad lo que la hace más interesante, por otra parte. Es el tabú de la visión de la muerte, que enlaza con otras censuras sobre qué cosas podemos ver. Ésa es la cuestión.

Algunos valoran la estética de los toros pero no que se mate al toro (algo que por otra parte es falso, porque después al toro también lo matamos). ¿Por qué el toro tiene que morir aquí en la plaza?

Es la base del rito. Esto es un rito sacrificial. Claro que el toro puede morir en la oscuridad del chiquero, pero le restaríamos el honor de expresarse, el honor de defenderse, que creemos importante. Y por otra parte, el aficionado no acude a una plaza a ver muerte; está asistiendo a una manera de estar en el mundo. No va a ver morir al animal, va a ver cómo el animal se comporta ante el momento final y ante la adversidad, ante el dolor y ante las circunstancias de la lidia. Si los aficionados fuéramos a ver morir animales en serie, pondríamos gradas en los mataderos. Lo que sucede es que asistimos a la corrida porque nos queremos ver reflejados y queremos sentir que se puede tener una posición digna ante la muerte.

“ Si los aficionados a los toros fuéramos a ver morir animales en serie, pondríamos gradas en los mataderos.

Estás utilizando un léxico que nos lleva al mundo de la ética, de cómo comportarse correctamente. ¿Estaríamos hablando de una fiesta, en este sentido, moral?

Es que yo creo que es profundamente moral. El sustrato es ético, es un tío que está delante de la muerte y la asume y persigue esa muerte y se acerca a ella y hace el viaje a esa muerte. Y un animal que debería escapar, como todos los animales, en realidad acude a la muerte.

Un torero decía que torear es flirtear con la esencia de la condición humana, que es la mortalidad.

Esto en realidad es una puerta entre dos mundos. Yo creo que el hombre adquiere su condición humana cuando adquiere la conciencia de que hay un momento en el que va a desaparecer. Eso es el ser humano, y a partir de ahí se convierte y se eleva y se proyecta en dimensiones absolutamente desconocidas para el resto de los animales. Es una paradoja. ¿Somos seres que necesitamos, para vivir, acercarnos a la muerte? Pues sí, naturalmente, porque si no, no somos capaces de dotar a nuestra existencia terrena de una dimensión total. Mi perro es capaz de jugarse la vida para salvarme a mí, porque lo adoro y él me adora a mí de una manera no sé si sobrehumana, pero sí sobreperruna; pero no es humano, porque mi perro no sabe lo que es la muerte. No se despierta a las cuatro de la mañana pensando en cómo será su final.

Fabrice Hadjadj dice que nuestro mundo te educa ocultándote la muerte y el día que te enfrentas a ella te pilla por sorpresa, porque no te habían dicho que ibas a morir. ¿Son los toros una educación que te recuerda que la muerte está siempre a la vuelta de la esquina?

Es una educación no solo de que la muerte existe, sino en la muerte. ¡Cuánta gente se ha comportado como los toreros que han salido a este ruedo y ha tenido en ellos una imagen para enfrentar lo que les ha sucedido! ¿Cuánta gente ha entrado en un quirófano en torero? Porque ha dicho: yo voy a hacer el paseíllo por el pasillo de este hospital. ¿Cuánta gente ha ido a un tratamiento oncológico como va un toro al caballo en el ruedo? Y no al primero, sino al segundo puyazo, cuando el toro ya sabe lo que duele. Ahí es donde se demuestra la bravura. Eso nos enseña a vivir y nos enseña a morir también.

“ Los toros son una educación en la muerte: ¿cuánta gente ha entrado a un quirófano en torero? ”

Un amigo aficionado a los toros me decía: siempre, cuando compras una entrada para los toros, te aseguras de que vas a vivir algo que es verdad.

Es el hecho de que haya un tipo que puede morir. Si eliminamos la posibilidad de la muerte ponemos un velo que hace imposible esa revelación. Estamos ante el río. Ahí está Caronte. Aquí hay que bajar con las monedas de oro, o vestido de oro, como un torero. También hay miedo, que va asociado a la muerte. Esta es una de las mayores lecciones: cómo comportarte ante el miedo. Fuera de esta plaza todos los mensajes que recibimos desde que somos pequeños son erróneos. Te dicen: “No tengas miedo”. ¿Cómo no vas a tener miedo? Si tienes un montón de cosas que perder. Yo tengo tres hijos, ¿cómo no voy a tener miedo? O aquello de “lucha contra el miedo”. Pero contra el miedo no puedes luchar porque es más fuerte que tú, porque está hecho de las piezas de tu fondo más oscuro. No, al miedo hay que sentarlo al lado y vivir con él.

Ahora a los animales los matan suavemente, medio dormidos, para que no sufran. ¿Por qué no eliminar el sufrimiento en la plaza?

No podemos conocer al toro si no lo hemos conocido en la adversidad. Igual ocurre con un torero: si no se arriesgara y no sufriera no podría ser quien es. Los toros no tendrían sentido si no dolieran, igual que tantas otras cosas, igual que la vida. Pero has introducido algo que es muy interesante, el tema de lo necesario. Hay mucha gente que piensa que inferimos sobre el toro un sufrimiento innecesario, con lo cual ellos creen que el sufrimiento que causan a los animales sí es necesario.

Es que si fueran consecuentes, los antitaurinos deberían estar en contra de la muerte de cualquier animal ¿Por qué unos sí y otros no? ¿Por qué el toro sí pero no el conejo o el mosquito? ¿Y la garrapata?

Cuando yo me como un plato de buey estoy generando una muerte, pues el buey da cuatrocientos kilos de carne. Si yo me como un pollo, que produce un kilo de carne, estoy generando cuatrocientas muertes extras. ¿Eres entonces un asesino en masa? ¿Por qué tengo que generar más muertes de pollos por tan poca carne? Y ya no te digo si vamos al boquerón, aunque a esta gente los peces les dan igual.

Hasta que llegue la generación que vio Buscando a Nemo. Zabala de la Serna habla de “mascotización”, de que trasladamos la relación que tenemos con la mascota a todo el reino animal.

Y proyectamos sobre ellos los sentimientos que deberíamos proyectar sobre un perro. Pero esto no tiene sentido. Dejamos de tratar a los animales según su naturaleza. Tener misericordia o compasión de un toro es insultarlo, porque su dignidad es otra, su naturaleza es una naturaleza de combate, distinta a la del perro. El efecto Disney es terrible por una razón: a mí no me parecería mal que cada uno tuviera la visión que quisiera de los animales... si no alterara de una manera terrible su visión sobre el ser humano.

Ya somos incapaces de responder a la pregunta de qué es una mujer. ¿Ocurre lo mismo con la pregunta de qué es un animal o de qué es un ser humano?

Claro, es que yo creo que el animalismo no es una prolongación del humanismo, no es un humanismo sublimado, sino algo contrario al humanismo. Yo soy un orgulloso especista y el antiespecismo creo que va absolutamente en contra de los principios del humanismo. Yo no puedo convertir a mi perro en mi hija. Lo de los “perrijos” es tratar mal al perro y luego, por comparación, si tienes un hijo, es tratar mal al hijo. Eso que se dijo en el Parlamento de que si atropellan a mi perro es igual que si atropellan a mi hija... Yo me espanté porque a mí me parece una barbaridad absoluta. ¿Cómo va a ser lo mismo? Yo no estoy igualando a mi perro con mi hija, sino que lo que estoy haciendo es igualar a mi hija con mi perro, porque mi perro nunca va a poder ser mi hija.

“ Tener compasión de un toro es insultarlo, porque su dignidad es otra. ”

Antiguamente la crítica a los toros iba por el camino de por qué tiene que jugarse la vida el torero de manera temeraria.

Es que estarían encantados si hubiera corridas de toreros, si los toros sacrificaran a seis toreros. Puede parecer una caricatura, pero en realidad esconde algo atroz: detrás del odio al torero, en realidad lo que se esconde es un odio brutal al ser humano. Pues claro que el hombre caza, y claro que el hombre se come al cerdo, y no al revés. ¿Por qué? Porque somos el *homo sapiens*. Nos dicen: tenéis que dejar de cazar porque ya no tenéis garras ni colmillos para agarrar a la presa por los cuartos traseros. No tenemos colmillos porque somos el *fuckin' homo sapiens*. Hemos inventado un rifle con el que le pegas a una lata de Coca Cola a dos kilómetros y eso es parte de nuestra naturaleza. ¿Recuerdas en la pandemia

Diestro durante su faena en la corrida. Fernandocortesde - Freepik.com

cuando se decía que la vida se abre paso cuando entraban los corzos en las gasolineras? ¿No estaban diciendo que cuando yo aparcaba con mis tres hijos, con mi furgoneta diesel, yo no era vida, y que eso era la vida legítima que tenía que ocupar el espacio?

Como si la vida legítima fuera la vida salvaje y nosotros un parásito que debe desaparecer del planeta

Pero la tauromaquia pone en escena la grandeza del ser humano. Y eso ofende, ofende mucho. ¿Por qué? Porque estamos poniendo a un tipo que pesa sesenta y cinco kilos frente a un toro que pesa quinientos, con solo un trapillo y una espada. Y a través de su inteligencia, de su arrojo y de su decisión y del conocimiento de los terrenos y de una técnica depurada, es capaz de reducir al toro y darle muerte... y encima ser un tío guapo y sonreír y salir airoso, y que la gente lo aclame como al gran héroe. Eso es lo que representa el ser humano. Eso es lo que representa el ser humano. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:





“Las noches de invierno muchas veces he visto los ojos de los lobos; se te hiela la sangre”

Telmo Aldaz
de la Quadra-
Salcedo.
Josema Visiers

“Navarro, marino, antiguo y cazador”: así se define Telmo Aldaz de la Quadra-Salcedo, que reflexiona en esta entrevista sobre las virtudes de la caza, el amor a la naturaleza y por qué el rifle no es un instrumento deportivo.

POR **JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ GALERA**

Los chicos del *Club de los Poetas Muertos*, al comenzar sus reuniones nocturnas en una gruta, recitaban: «Fui a los bosques, porque quería vivir a conciencia; quería vivir a fondo y extraer todo el meollo a la vida». Al final de la película, el exaltado Neil —quizá más repleto de hormonas que Knox, el enamorado— se suicida con el revólver de su padre. ¿Qué tiene el bosque, el monte, el campo, para que sea un lugar donde se toma la vida —y la muerte— tan en serio?

Las latas oxidadas que yacen bajo un matorral, las bolsas de basura y las bolas de papel de aluminio arrugado recuerdan que por ahí ha pasado el ser humano. Pero quizá el bosque no ha pasado por dentro de esa persona. ¿Son los cazadores quienes dejan latas tiradas, quienes se acercan por un bosque solo para tomar el sol y echar el rato? ¿O quieren vivir a conciencia, aunque eso suponga pegar tiros? De algo de esto habla Telmo Aldaz de la Quadra-

Salcedo, que se define a sí mismo como «navarro, marino, antiguo y cazador». ¿Y qué significa ser cazador? El cazador, según Telmo, es «una persona que ama el campo, que ama la naturaleza, que ama ese regalo fantástico que es el mundo y que vive de una manera muy cercana a este regalo, a este don que es la vida».

El bosque y el campo como lugares de vida. Pero, en ese caso, ¿por qué el cazador mata a un animal, un animal que vive tranquilo, silvestre y feliz? Telmo —un rubiales de melena y barba, con aspecto de conquistador español que se ha quitado el morrión, o el capacete, y que mira con ojos claros de lechuza como la diosa Atenea— opta por una respuesta indirecta. Habla del misterio que uno aprende de pequeño en el Catecismo: el pecado original. El cazador, con su sombra de muerte, es una huella de la expulsión del paraíso. Es un recuerdo de que Dios tenía un plan que un día se hará realidad. Mientras, al cazador no le queda otra que comer carne, puesto que el árbol de la vida ya no está a su alcance; «necesitamos cazar para comer, estamos dentro de la cadena trófica».

“Necesitamos cazar para comer.”

Una institución atávica

«La caza, como todos los oficios, como todas las tradiciones, primero la tienes que haber vivido de alguien que la entiende, la sabe transmitir y la respeta», afirma Telmo. En su opinión, «la caza es una institución atávica, desde el principio de los tiempos». Una idea en la que este sobrino del aventurero Miguel de la Quadra-Salcedo insiste: lo antiguo. La caza como vínculo con todas las generaciones: un recordatorio de que no queremos ser transhumanos. Telmo lo explica: «la caza no solo te enlaza con aquel hombre primitivo,

sino con ese hombre que era tu padre, que te enseña lo que le enseñaron sus padres, sus abuelos, que te conecta con tu historia». La caza como transmisión de un sentido de pertenencia, y de lo que está bien y lo que está mal. Cuando uno sale a cazar con su padre, su tío, su abuelo, «aprendes no solo a cazar, sino parte de lo que eres».

“Cazar es amar la naturaleza, es respetar y conservar lo que tienes.”

En todo caso, la caza está muy reglamentada. La espontaneidad arcaica se ha trocado por dos grandes tipos de permiso de armas (D y E) que suman en España 743 600 licencias de caza (datos de 2019), uno de los censos más altos de Europa. Menos de la mitad de estas licencias son las que se conocen como federadas, que en 2020 —año en que las licencias descendieron casi un 3%— representaban a 334 635 personas. En 2015, había 825 373 licencias en total, y en 2005 se contabilizaban 1 069 800. En paralelo, el cazador también ha envejecido. En 2004 la edad media del cazador era de 42 años, y en la actualidad alcanza los 52. En este contexto, sin embargo, la caza experimenta un crecimiento en el número de presas; en 2005 los cazadores abatieron a unos 16,8 millones de animales, y entre 2015 y 2020 la cifra se ha estabilizado entre 20 y 21 millones. Dos tercios de la caza son aves. Parece que el propio cazador está cambiando. ¿Es más urbanita? Telmo admite: «Todos ahora nos hemos convertido en urbanos, todos hemos cambiado».

«A lo largo de los siglos, de los milenios, se ha ido perfeccionando la técnica», pero quizá «se ha perdido esa humanidad, porque cazar es amar la naturaleza, es respetar y conservar lo que tienes». Por eso, Telmo prefiere definir la caza no como «deporte», sino como una actividad que recuerda «la esencia de lo que somos».

La vida puede llegar a ser cruel

El olor a trementina y un sol rebosante de esplendor, el verdor de la hierba, las jaras que se alzan de entre la tierra, y algún animal que a veces se cruza en el camino del hombre. No ya un topillo, ni una liebre que se escabulle rauda, ni el águila que planea muy alto, rozando las nubes. Ni las sierpes y lagartos que duermen el invierno. Gamos, ciervos, jabalís. Mueren de un disparo, o agonizan cuando los abate el cazador. ¿Hay crueldad? Telmo responde de modo negativo: el cazador «intenta hacer el menor daño posible, evita el sufrimiento del animal, porque no se caza para que el animal sufra». Aunque añade: «la vida y la muerte pueden llegar a ser crueles, es el gran misterio». Asimismo, habla —con un vozarrón contundente, casi rocoso— de que «los buenos cazadores admiran las cualidades de todos los animales de caza».

“ El cazador intenta hacer el menor daño posible, evita el sufrimiento del animal.

Algunos cazadores —y gente de campo— aseguran que, cuando uno se cruza con un jabalí, el animal puede atacar y ser terrible. Ya no es caza; se trata de defenderse en el medio hostil e implacable que es la naturaleza silvestre. Pero Telmo lo ve de otra manera: «El jabalí es un animal salvaje que mira por sus crías, que intenta sobrevivir, no es un animal que te ataque porque sí; atacan porque se sienten amenazados». Juan, otro cazador, replica mostrando la foto de un jabalí al que ha derribado hace unos días desde «doscientos metros y en todo el corazón» usando un arma de origen militar, un «fusil Mosin-Nagant ruso de la II Guerra Mundial».

Telmo repite: «No se mata por deporte». Ambos coinciden en que hay que comerse al animal. Poreso, el cazador tiene que ser un experto en aprovechar las distintas partes de la pieza, debe saber cómo desollarla. En consecuencia, la caza se parece mucho a la matanza del cerdo. La sangre y la vida del animal se vierten, con

dolor incluso, para alimentar al hombre. Es una lección moral, es la constatación de que la ley mosaica del «no matarás» significa que la vida de un humano es realmente sagrada. «No matarás» significa «no matarás a un humano». Aldaz, este rubio navarro con aire de capitán de los tercios, asegura: «lo primero que notas, cuando comes carne de caza, es que estás aprovechando algo que verdaderamente ha servido de algo, que no es una mera diversión». Y, por supuesto, el sabor y la textura resultan muy distintos de los del pollo criado en una granja industrial. Son dos tipos de carne tan opuestos como la noche y el día.

El buen cazador está acostumbrado a este tipo de carne, menos agradable, menos fácil que la del mercado. Porque el buen cazador es un hombre paciente —y humilde, apostilla Telmo—, un hombre que, como Dersu Uzala, sabe leer el lenguaje del campo, observa las estrellas con la misma naturalidad con que nosotros buscamos en Google, y encuentra mejores respuestas. Precisamente la versión cinematográfica de la vida de Dersu Uzala (Akira Kurosawa, 1975), maravilla a Telmo, que la vio al menos una docena de veces en su adolescencia, pero aún más cercana le resulta la película *Tasio* (Montxo Armendáriz, 1984), «el Dersu Uzala español».

Los ojos de los lobos en la noche

¿Y el lobo? En muchas provincias de España hay quienes exhiben en su casa de pueblo la piel de un lobo. Un lobo que cazaron, una piel que calienta como el mejor de los abrigos. «No, no, no», responde Telmo. «No he cazado ningún lobo, porque yo soy de la época en que estaba totalmente prohibido». Comenta que hacía falta proteger al lobo, porque se hallaba en situación de peligro, casi de extinción.

Como señala una investigación del CSIC, durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, el lobo ocupó bastantes zonas del país, si bien su presencia nunca alcanzó siquiera la mitad del territorio peninsular español. Desde la década de 1970 se decidió limitar la caza del lobo, y

desde 2021 se ha prohibido. Los efectos de esta política de sobreprotección los pagan muchos ganaderos. Como los de la sierra madrileña, quienes, tras un tercio largo de siglo libres de esta alimaña, llevan veinte años viéndose impotentes ante los estragos que causa entre sus ovejas. En este sentido, Telmo cree que «cuando el hombre, tanto por exceso como por defecto, interviene demasiado en la naturaleza, al final no lo acaba haciendo bien».

«Mi padre tuvo tres lobeznos que luego utilizó Félix Rodríguez de la Fuente para rodar la famosa serie *El hombre y la tierra*», recuerda Telmo. «Yo la veía cuando éramos pequeños, y el capítulo del lobo nos da un miedo terrible», prosigue. Y agrega: «nosotros vivíamos en un pueblo en el monte y, por las noches de invierno, muchas veces hemos visto los ojos de los lobos; se te hiela la sangre».

“ Mi padre tuvo tres lobeznos que luego utilizó Félix Rodríguez de la Fuente para rodar la famosa serie *El hombre y la tierra*.

Su infancia transcurrió así: en el campo, en el monte, temiendo al lobo, aprendiendo del padre, y asumiendo con naturalidad que la muerte es parte de la vida. Y cumpliendo con una especie de ritual iniciático, para abandonar la niñez y entrar en la vida adulta. Su padre les daba un cuchillo y les decía: «Vete al monte, permanece allí solo esta noche». Telmo cita a Dante: «*Nel mezzo del cammin di nostra vita mi ritrovai per una selva oscura*». Para vencer el pavor que aquello suponía, en casa les aconsejaban: «Tú, cuando tengas miedo, reza: 'Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío'».

¿Se imagina Telmo un mundo en el que nadie haga fuego, nadie cace, nadie coma carne? Telmo responde primero con un chiste de su hermano: «si una chica dice que su novio no sabe cazar ni pescar, entonces no tiene novio, lo que tiene es una amiga». Más en serio, Aldaz cree que el fin de la caza será el inicio de la esclavitud. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA
A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:



El cordero de Pascua



Agnus Dei, de Francisco de Zurbarán. 1635 - 1640. Museo Nacional del Prado

POR **JOANA VIVES BRESCÓ Y EULÀLIA VIVES VIVES**

En el año 325 el Concilio de Nicea estableció que la Pascua se celebrara el primer domingo tras la luna llena del equinoccio primaveral, razón por la que no tiene fecha fija y cada año puede caer entre el 22 de marzo y el 25 de abril. Estos saltos en el calendario pueden parecer un tanto arbitrarios, pero en realidad, coinciden siempre con un calendario lunar al que la naturaleza es fiel.

La Pascua fue la primera fiesta cristiana que se celebró anualmente. No se sabe a ciencia cierta cuándo empezó esta costumbre, pero la primera evidencia se remonta al siglo II.

La víspera de la Pasión, Jesucristo y sus discípulos se reunieron en Jerusalén para celebrar la Pascua (Lc 22, 7-23), fiesta

en la que eran indispensables las hierbas amargas, el pan ácimo, el vino y el cordero.

Las **hierbas** recordaban al pueblo hebreo la amargura vivida durante su esclavitud en Egipto. Allí murió José, que fue el primero en llegar, siguiéndole después las otras tribus. Una vez muerto José y sus hermanos, empezó a cambiar la suerte

de los hebreos, que se convirtieron en un pueblo oprimido, segregado y esclavizado, siéndole encomendados los trabajos más duros, incluso fue sometido al control de la natalidad, pues era muy fecundo y numeroso. Es por ello, que el Faraón ordenó la muerte de todos los niños varones.

El segundo elemento indispensable es el **pan ácimo**, que remite a la precipitación con la que se preparó la última comida, antes de que Yahvé sacara a los israelitas de Egipto. En el Éxodo queda recogido el mensaje que Yahvé dio a Moisés para librar al pueblo judío de la décima y última plaga: la muerte de los primogénitos, siendo muy concreto al dar las instrucciones acerca de cómo debía ser la cena antes de su huida (Ex 12, 3-11). No hubo tiempo ni tan solo de fermentar el pan: “Acordaos de este día en que salisteis de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Yahvé os ha sacado de aquí con mano fuerte; y no comáis pan fermentado” (Ex 13, 1-3). Así pues, los israelitas se alimentaron de pan ácimo durante su travesía por el desierto. Este alimento también simboliza la humildad.

El tercer elemento es el **vino**, que debía ser tinto y estar mezclado con agua. Tal y como recoge Scott Hahn en su obra *La cuarta copa: desvelando el misterio de la Última Cena y de la Cruz*, la cena Pascual se dividía en cuatro pasos, cada uno de los cuales iba acompañado de una copa de vino tinto mezclado con agua.

En el primer paso, se realizaba una bendición especial sobre la primera copa de vino y a continuación, se comía un plato de hierbas.

En el segundo, se recitaba el relato de la Pascua y el “pequeño *Hallel*” (Sal 113), un salmo de acción de gracias o alabanza, al que seguía la segunda copa de vino.

En el tercero, se comía el plato principal: el cordero y el pan ácimo, tras el cual se bebía la tercera copa de vino, conocida como “copa de la bendición”.

En el cuarto, se cantaba el “gran *Hallel*” (Sal 114-118) y se bebía la cuarta copa de vino, a menudo, denominada “copa de la consumación”.

Gracias a las Sagradas Escrituras, sabemos que el Señor no consumió la última copa de vino durante la Última Cena, sino que lo hizo en el calvario: “Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre” (Mt 26, 29). Juan, el único narrador que fue testigo ocular de la pasión de Cristo, asegura que bebió vino o vinagre en la cruz (Jn 19, 29-30). De este modo, Cristo nos revela que el reino no es lo que muchos imaginaban. Se trata del reino del amor divino que se entrega libre y plenamente y se manifiesta en la cruz (Jn 12, 31-33). Según Scott Hahn, en la Pascua de Jesús no faltó nada: quedó todo consumado, completado y concluido con el vino que bebió el Señor con su último aliento de vida.

Y, por último, el **cordero**. Para librar al pueblo judío de la décima y última plaga, Yahvé ordenó a Moisés que cada familia rociara ambas jambas y el dintel de las puertas de las casas con la sangre de un cordero sacrificado. Para ello, debían escoger una res de ganado menor el día 10 de ese mes y guardarlo hasta el 14, día en que sería sacrificado. La res de ganado menor debía ser un cordero o cabrito sin defecto, macho y de un año y sería sacrificado al atardecer. En la Última Cena el cordero es el mismo Jesús, como perfecto cumplimiento de la Pascua; es el Sumo Sacerdote y es el cordero inmolado. Isaías profetizó y anunció la pasión y muerte del Mesías, comparándolo a un cordero (Is 53,7). San Juan Bautista viendo venir a Jesús también profetizó su sacrificio: “He ahí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Y es que, muriendo en la cruz, Cristo redimió los pecados de la humanidad.

Cordero asado

Ingredientes:

- 1,5 kg. cordero lechal
- 1 kg. patatas
- 2 cucharadas soperas de manteca de cerdo
- 2 vasitos de vino blanco
- 2 ramitas de romero
- 3 dientes de ajo
- Perejil
- Aceite de oliva virgen extra
- Sal



Preparación:

1. Limpiar y cortar las patatas a rodajas gruesas.
2. Después, cubrir el fondo de una bandeja de horno con las patatas ligeramente humedecidas con agua.
3. Frotar el cordero enérgicamente con un diente de ajo, sazonarlo y colocarlo entero o a trozos regulares encima de las patatas.
4. En una sartén aparte, fundir la manteca de cerdo aderezada con el romero bien molido y mezclar.
5. Verter la mezcla sobre el cordero y, después, introducir la bandeja en el horno.

(Opciones de horneado)

- 45 min. a 160°C bóveda y solera. 70% humedad.
 - 30 min. a 160°C bóveda y solera. 65% humedad.
 - 10 min. grill grande. 60% humedad.
- *En caso de que el horno no cuente con la opción de humedad, introducir una bandeja o recipiente con agua en el horno para que la carne quede jugosa.



6. Majar dos dientes de ajo, unas hojas de perejil y aceite de oliva virgen extra. Después, añadir el vino blanco. Reservar.
7. Tras una hora y cuarto de cocción, rociar el cordero con el majado y gratinar diez minutos para dorarlo y que los jugos impregnen la carne. ■



¿Qué nos dice la ciencia sobre la muerte de Cristo en Jerusalén?

La arqueología y la historia, como la fe y la tradición, también nos hablan de la muerte y resurrección de Jesús. Especialmente en Tierra Santa.

POR P. J. ARMENGOU

Jesús de Nazaret ha cambiado la vida de miles de personas a lo largo de los siglos y ha marcado la historia de la humanidad para siempre. Pero Cristo no dejó escritos propios y apenas hay rastros físicos de su paso por la tierra. Sin embargo, la arqueología y la historia –especialmente en Tierra Santa– nos hablan continuamente de Él. Aunque la fe y la tradición son claves para entender su figura, la ciencia también da testimonio de su vida y de su muerte. “Siempre hay quien va a la contra, pero negar la existencia histórica de Cristo es hoy extremadamente difícil. Para hacerlo habría que invalidar todas las fuentes documentales, literarias y arqueológicas que existen. Y son pruebas tan fuertes que dudo mucho que alguien pueda rebatirlas”, opina Armand Puig, rector del Ateneu Universitari Sant Pacià de Barcelona y experto en el Jesús histórico, los Evangelios Sinópticos y diversos textos apócrifos.

Y si hay un lugar en la tierra que testifica la realidad histórica de Jesús y que nos habla de su muerte y resurrección, ese es Jerusalén. Y, más concretamente, la Basílica del Santo Sepulcro, donde desde hace siglos se custodian el monte del Calvario y la tumba vacía de Jesucristo. “Son dos piezas que no tienen ningún interés aparente, un simple montículo y una tumba de piedra, pero son el lugar exacto de la crucifixión y muerte, y de la resurrección de Jesús”, dice Puig. ¿Pero qué nos dice exactamente la arqueología sobre este espacio? ¿Puede la ciencia darnos una respuesta inequívoca sobre las circunstancias de la muerte de Jesús? El Santo Sepulcro ¿es realmente el lugar donde se colocó su cuerpo, tras ser crucificado? ¿Qué nos cuentan la basílica y sus riquezas milenarias sobre la muerte y resurrección de Cristo? ¿Coincide con los textos evangélicos?

“No tenemos pruebas matemáticas o arqueológicas definitivas sobre el Santo Sepulcro, pero hay muchos elementos compatibles con la tradición.”

El padre Eugenio Alliata, profesor de arqueología cristiana del Studium Biblicum Franciscanum de Jerusalén, reconoce que no es posible tener una certeza absoluta sobre el lugar donde murió y fue enterrado Cristo, aunque la ciencia ha descubierto múltiples elementos que indican que la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén sería el lugar de la pasión. “Desde el punto de vista exclusivamente científico, es difícil de demostrar. Sin embargo, se puede llegar a una probabilidad, e incluso a una certeza moral, no física. En el caso del Santo Sepulcro, no tenemos pruebas ‘matemáticas’ o arqueológicas definitivas, pero hay muchos elementos que son compatibles con la tradición”, explica Alliata, uno de los arqueólogos más reputados y experimentados de Tierra Santa.

Un montículo y una tumba nueva

Los cuatro Evangelios describen el lugar donde Cristo fue crucificado como un pequeño monte llamado Calvario o Gólgota, situado a las afueras de Jerusalén, donde se ejecutaba a los condenados a muerte. También coinciden en señalar que el lugar de la sepultura era una tumba cercana y nueva, excavada en la roca, y que pertenecía a José de Arimatea. Sin embargo, cuando el visitante llega hoy a la Basílica del Santo Sepulcro no ve ninguno de estos elementos. Lo que se encuentra es una gran iglesia, algo ecléctica, oscura y caótica. Al entrar, a la derecha, una capilla elevada da acceso a la cumbre del Gólgota, apenas unos metros por encima del nivel del suelo. Y, a pocos pasos, está el Edículo, situado en medio de una rotonda. Dentro de este templo se encuentra, cubierto por una losa de mármol, el banco de piedra donde se colocó el cuerpo de Cristo, según la tradición. Sin duda, imaginarse el Calvario y la cueva del sepulcro no es hoy tarea fácil.

“Es importante entender que este lugar ha sido modificado muchas veces, por lo que no lo vemos exactamente como era”, dice Alliata, que recuerda que el templo fue destruido varias veces en incendios, terremotos e invasiones. También es consecuencia de las modificaciones que miles de hombres y mujeres han hecho del lugar según sus tradiciones particulares: “Lo que vemos hoy es fruto de una devoción milenaria”, afirma el franciscano. Con todo, añade Alliata, las descripciones evangélicas son compatibles con los restos arqueológicos encontrados en el subsuelo, en la misma basílica y en los alrededores de la iglesia. Por ejemplo, aunque el Santo Sepulcro está hoy ubicado dentro de las murallas de la ciudad antigua, se han encontrado restos de las murallas romanas a escasos doscientos metros de la iglesia, por lo que el lugar quedaba fuera de la ciudad, tal como recoge la Biblia.

También se ha descubierto que la zona era una cantera. Esto, explica Armand Puig, convertiría al Gólgota en una “espina dorsal de piedra para indicar cuánto se ha bajado en la excavación en la roca”, y también facilitaría que en las proximidades hubiera “agujeros” donde poner tumbas talladas en la roca. De hecho, hay dos tumbas del siglo I a pocos metros del Edículo, que la tradición atribuye a José de Arimatea y a Nicodemo. Al mismo tiempo, la localización del Calvario (cercana a las puertas de Jerusalén y en una zona de caminos), así como el hecho de que tuviera un solo acceso (tras las cruces, empezaría el acantilado de la cantera), lo convertiría en un lugar elevado y concurrido, perfecto para ajusticiar a un reo, opina Puig. “Para hacer una ejecución pública necesitas un lugar donde quepa mucha gente, pero por motivos de seguridad no puede estar cerca”, dice el sacerdote, y añade: “El Evangelio indica, por ejemplo, que María estaba junto a la cruz. No debajo”.

Pero el mayor hallazgo arqueológico respecto a la pasión es la propia tumba. Hasta la restauración del Edículo en el año 2016, la

creencia de que bajo la lápida de mármol del templete estaba el banco de piedra donde reposó el cuerpo de Jesús era pura tradición. Sin embargo, durante los trabajos para preservar la estructura, fue necesario abrir la tapa del sepulcro por primera vez en muchos siglos. Y se encontró todo tal como indica la historia y narran los Evangelios: un banco excavado en la roca, unido a la misma pared de la cueva. “Se han encontrado trozos de roca, aunque en mal estado, que se han conservado y salvado después de muchas destrucciones, y que no se tiraron porque eran una reliquia. El hecho de que la roca esté muy destruida, sin embargo, no invalida nada. Aunque no nos permite reconstruir con seguridad la forma del sepulcro”, explica Alliata.

“Que la zona del Calvario fuese una cantera facilitaría que en las proximidades hubiera “agujeros” donde poner tumbas talladas en la roca.

El valor de la basílica

Pese a estas coincidencias, ni el Calvario ni la tumba contienen inscripciones o señales del tiempo de Jesús que indiquen que ese era el lugar verdadero de la muerte y resurrección de Cristo. Entre el siglo I y el siglo IV, toda evidencia sobre la ubicación del sitio recae en la tradición oral de los primeros cristianos. La misma iglesia, erguida en el siglo IV por orden de Constantino el Grande, primer emperador cristiano de Roma, se alzó en ese lugar confiando en el testimonio de los fieles locales. La historia cuenta que, tras la destrucción de Jerusalén durante la gran revuelta judía contra Roma (70 d. C.), el emperador Adriano mandó construir, en el año 135, un templo dedicado a Júpiter o Venus en el lugar donde estaban el Sepulcro y el Calvario. Probablemente para reemplazar el culto cristiano. “Los romanos, en tiempos de la reconstrucción de Jerusalén como ciudad romana (Aelia Capitolina), escogieron este lugar para hacer el centro de



Este pequeño templete protege los restos de la cueva donde fue enterrado Jesús y la repisa donde colocaron su cuerpo tras la crucifixión. Alejandro Ernesto

la ciudad, construyendo edificios públicos, un foro, el mercado y el templo de Adriano”, explica Alliata.

En el año 326, siendo el cristianismo religión oficial del imperio, santa Helena, madre de Constantino, llegó a Jerusalén con el objetivo de restaurar los lugares santos. Y los habitantes cristianos de la ciudad le indicaron dónde se encontraban el Gólgota y la tumba: bajo el templo de Adriano. Y, según la historia, así fue: una vez derribado el templo y retiradas sus ruinas, se encontró bajo el edificio una tumba excavada en la roca y restos de un pequeño montículo. “El Gólgota estaba parcialmente descabezado, y del techo de la cueva del sepulcro no quedaba nada, pero sí las paredes y el banco”, explica Armand Puig. Constantino mandó proteger los restos de la cueva con un templete y construyó una gran basílica que englobara la tumba y el Calvario. Excavaciones recientes han descubierto elementos de la iglesia constantiniana, así como restos del templo de Adriano. “Se han encontrado algunos elementos, ya sea en la zona del Calvario, detrás, o en algunos lugares del subsuelo, que son muros grandes y bellos, del tipo de los muros romanos”, explica Alliata.

También han descubierto, cerca del Calvario, pruebas de un culto romano previo a la construcción de la basílica. “En una gruta cerca del Calvario se han encontrado trazas de

un altar pagano, de una estatua pagana... Y la tradición decía que los paganos habían tomado el lugar para instituir un culto a una divinidad”, dice Alliata. Además, en una capilla de la iglesia que está en manos de la comunidad armenia, se encontró el dibujo de un barco romano y una fascinante inscripción: *Domine ivimus*. Es decir, “Señor, hemos venido”. El mensaje, que podría ser de un peregrino, dataría de antes de la construcción de la basílica, y sería posterior a la construcción del templo de Adriano. Esto probaría que los cristianos de la época ya creían que el Calvario y la tumba se encontraban bajo el edificio. “Sin duda es singular que exista esta inscripción latina en un lugar como este, con un significado que parece ser religioso”, opina Alliata.

Pero, de nuevo, el principal hallazgo se encontró dentro del sepulcro, en el año 2016. Entre los muros del actual templete (construido y reconstruido varias veces), y también bajo la lápida del sepulcro, se encontró mortero de época romana. Alliata explica que “se han hecho análisis de diversos morteros en la zona del sepulcro que dan diversas fechas” y que estas, en general, “reflejan eso que se conocía por la tradición”. “Se han encontrado morteros del siglo XVI, de época medieval y del período romano”, dice el franciscano. También, bajo la lápida actual, se encontró una segunda lápida que no ha podido ser datada. Esta estaba unida a la roca original con mortero de la época de

Constantino y contaba con una cruz grabada que podría ser cruzada o bizantina. “La incisión no se puede datar con ningún método”, añade el padre Alliata, aunque prueba el culto del lugar en época medieval o anterior.

Historia, arqueología... y fe

Además de la Basílica del Santo Sepulcro, existen alrededor del mundo decenas de reliquias, restos arqueológicos, textos e informaciones que dan testimonio de los hechos y personajes que aparecen en la pasión. En Turín, Italia, se custodia la Sábana Santa, que para muchos es el sudario que cubrió el cuerpo de Jesús. En Roma, se conservan clavos y fragmentos de madera que podrían ser de la Vera Cruz. Y decenas de autores no cristianos hablan de Jesús, de su muerte, y de su resurrección. Armand Puig, autor del libro *Jesús. Un perfil biográfico*, explica que autores latinos como Tácito o Suetonio hablan de Cristo, y que Plinio el Joven, en una carta al emperador Trajano, explica que los cristianos creen que Jesús es Dios. También el historiador judío-romano Flavio Josefo, y textos rabínicos del Sanedrín, hablan de Jesús de Nazaret.

En Tierra Santa también se han encontrado múltiples elementos que hablan de la vida de Jesús. En los años noventa, se encontró un osario que podría

pertenecer al sumo sacerdote Caifás. En los sesenta, se descubrió en el yacimiento de Cesarea Marítima una piedra con el nombre de Poncio Pilato. Y en torno al año 2000, se empezaron a descubrir por toda Tierra Santa diversas sinagogas del siglo I, un edificio religioso que aparece en los Evangelios, pero del que no se tenían pruebas físicas del tiempo de Jesús. De hecho, se pensaba que las sinagogas no se habían empezado a construir hasta la destrucción del templo, en el año 70 después de Cristo. “Cualquier detalle encaja”, afirma Armand Puig.

“Decenas de autores no cristianos hablan de Jesús, de su muerte, y de su resurrección, como Tácito, Suetonio o Plinio el Joven.

Con todo, reiteran los expertos, la arqueología llega hasta donde puede, y solo viene a esclarecer o completar información. “La ciencia no tiene la tarea de hacer este tipo de demostraciones, sino de estudiar el contexto y la compatibilidad de las informaciones existentes”, asegura el padre Alliata. Aunque los descubrimientos de los últimos años y décadas nos acerquen más al Jesús histórico, y aunque la tradición cristiana se haya demostrado sabia y válida a ojos de la ciencia, creer en la resurrección de Cristo y en su mensaje, es harina de otro costal. Es cuestión de fe.

Un hombre reza sobre la llamada 'Piedra de la unción' donde, según la tradición, se preparó el cuerpo de Cristo para su entierro. Alejandro Ernesto



Así se celebra la Semana Santa en la tierra de Jesús

Santa Misa en el altar católico del Calvario, en la Basílica del Santo Sepulcro. Alejandro Ernesto



Jerusalén es el lugar donde Cristo murió y resucitó. Dentro de sus murallas fue juzgado y condenado. Por sus calles caminó, arrastrando la cruz, entre insultos y desprecios. Y, a tiro de piedra de sus puertas, fue crucificado y sepultado. Dos mil años después, el recuerdo de esos días sigue siendo especialmente intenso en la ciudad. Sus habitantes cristianos y miles de peregrinos de todo el mundo recuerdan con devoción, cada Semana Santa, esos mismos hechos.

Tras la Cuaresma, la primera celebración en la ciudad santa es el Domingo de Ramos. Para conmemorar la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, la Iglesia organiza una multitudinaria procesión desde Betfagé, donde Cristo subió al borrico, hasta la Puerta de los Leones, cercana a la que Jesús utilizó. Durante algo más de un kilómetro, los fieles cantan y portan palmas, acompañando al patriarca de Jerusalén, que en ocasiones hace el trayecto subido a un asno. La procesión termina en la Iglesia de Santa Ana, donde se hacen parlamentos y se reza.

El Jueves Santo, víspera de la muerte de Cristo, se celebra una misa matutina en el Santo Sepulcro, y se conmemora el lavatorio de los pies. Más tarde se visita el Cenáculo, donde tuvo lugar la Última Cena y se instituyó la Eucaristía. El estado de Israel, que controla la habitación, no acostumbra a permitir las misas en este lugar, que fue iglesia y mezquita, y hoy se encuentra sobre una sinagoga. Algunos

años, sin embargo, los franciscanos obtienen permiso. Por la noche, es tradición celebrar una hora santa en la Basílica de la Agonía, en el huerto de Getsemaní. Luego se camina en procesión, portando antorchas, hasta San Pedro en Gallicantu. La iglesia, bautizada en memoria de las negaciones de Simón Pedro, se alza sobre el lugar donde se cree que estaba la casa de Caifás, y donde Jesús pasó la noche encarcelado.

El Viernes Santo, como cada viernes del año, pero este día de manera especial, los franciscanos celebran el viacrucis dentro de la ciudad antigua. El trayecto transcurre por la Vía Dolorosa, desde la Iglesia de la Flagelación hasta la Basílica del Santo Sepulcro. Es decir, desde el lugar donde se cree que estaba el Pretorio, hasta el Calvario y la tumba. Peregrinos y locales recuerdan, estación a estación, el camino de Jesús hasta la cruz. Por la tarde se celebra una “procesión funeral” con una imagen de Cristo dentro de la Basílica del Santo Sepulcro.

“El Viernes Santo, como cada viernes del año, pero este día de manera especial, los franciscanos celebran el viacrucis dentro de la Ciudad Antigua.

El Sábado Santo, la comunidad católica celebra la Vigilia Pascual en el Santo Sepulcro, a primera hora de la mañana. En otras partes del mundo, la liturgia se celebra la madrugada del sábado al domingo; pero en Jerusalén, a causa del repartimiento de tiempos y espacios entre las confesiones cristianas dentro de la basílica, la misa debe celebrarse por la mañana. La misa es en latín, con fragmentos en árabe, italiano e inglés, principalmente.

En el Domingo de Pascua, día culmen de la Semana Santa, también se celebra una misa especial en el Santo Sepulcro, seguida de una procesión solemne. Y el Lunes de Resurrección, las celebraciones se trasladan al pueblecito palestino de Qubeibeh, una de las posibles ubicaciones de Emaús, en recuerdo al encuentro de Cristo con los dos discípulos. ■

Dime cómo entierras y te diré quién eres

¿Inhumación? ¿Incineración? ¿Compostaje? La forma en la que una sociedad entierra desvela qué cree sobre lo que ocurre tras la muerte.

POR **JORGE SOLEY CLIMENT**

Desde siempre, el modo de enterrar a nuestros seres queridos ha estado profundamente condicionado por lo que creemos que ocurre cuando el alma se separa del cuerpo. Todas las culturas, desde la Antigüedad hasta nuestros días, han practicado algún tipo de enterramiento o rito funerario.

Algunos, como la Tumba de Qafzeh en Israel, se remontan a cien mil años atrás. En Europa la tumba más antigua descubierta hasta ahora es la “Dama roja de Paviland”, en Gales, de hace 29 000 años. Estas prácticas demuestran la creencia común a toda la humanidad durante milenios: que la muerte no es el final, que hay una vida ulterior. El hombre es el único ser que entierra a sus congéneres y los deposita en lugares o edificios reservados para este fin.

Los entierros en la Antigüedad

Ya en el 5.000 a. C. se tiene constancia de enterramientos en la antigua Sumeria en los que, junto al cadáver, se depositaba comida y herramientas propias de la ocupación del difunto. Estos enterramientos se realizaban, excepto en el caso de reyes

y personajes poderosos, junto a la casa familiar o bajo la misma, para asegurar que iban a ser cuidados. Además, se excavaban directamente en el suelo pues se creía que el reino de los muertos existía bajo tierra y que así se ayudaba al difunto a alcanzarlo con más facilidad.

Pero quizá los enterramientos de la Antigüedad más célebres sean los de Egipto, donde se han encontrado sarcófagos de hace más de 4.500 años en los que reposaban cuerpos embalsamados que eran así preservados de la corrupción. Evidentemente no todo el mundo podía enterrarse en una pirámide, algo reservado a los faraones y sus familias, por lo que eran comunes las tumbas bajo tierra.

“Las prácticas funerarias demuestran la creencia común a toda la humanidad durante milenios: que la muerte no es el final”

Lo que sí hacían todos era hacerse acompañar en su travesía hacia el más allá por sus más preciadas posesiones, por muñecas que les servirían en la otra vida e incluso por mascotas (entre las que, además de los típicos perros, eran abundantes los



Una procesión fúnebre representada en el Libro de los Muertos (Extracto del Papiro de Ani, XIX Dinastía, c. 1250 a. C.).
Wikipedia

monos babuinos). Además, se realizaba un rito funerario en el que se recitaban encantamientos del *Libro de los muertos*, especialmente indicados para llevar al alma hasta el Salón de la Verdad, donde debía someterse al juicio de Osiris.

Otros que también se hacían acompañar de sus objetos favoritos y de esculturas de diversos personajes eran los chinos. La tumba del emperador Qin Shi Huangdi es el ejemplo más célebre: pensada para mantener su estatus en la otra vida, se hizo acompañar por el famoso ejército de ocho mil soldados de terracota.

En la antigua Grecia la obligación que hijos y hermanos tenían de dar sepultura a sus familiares era sagrada (¿recuerdan *Antígona*?). El cuerpo del difunto, limpio, perfumado y vendado con un sudario blanco con excepción de la cara, era colocado con una corona de flores en la cabeza y los pies mirando hacia la puerta de su casa para que amigos y familiares pudieran darle el último adiós. Sin olvidar la moneda bajo la lengua con la que el difunto debía pagar al barquero Caronte y el pastel para entretener al can Cerbero y así poder llegar al Hades.

Y si pasamos a la antigua Roma observamos que los ancestros muertos seguían jugando un rol importante en el día a día. Era común el enterramiento fuera de la urbe, pero también era frecuente incinerar el cuerpo del difunto pues se suponía que de este modo el alma conseguía llegar más rápido a su destino.

“La forma en que cada cultura concibe la vida después de la muerte se refleja en los distintos modos de tratar el cuerpo tras morir”

Aunque quizá el tipo de funeral de la Antigüedad que más ha cautivado nuestra imaginación haya sido el funeral vikingo, que se solía realizar en barcos funerarios (no exactamente un *drakkar*, sino barcos que en realidad eran tumbas con esa forma, en ocasiones hechos de piedra). Allí el difunto era depositado junto a diversas ofrendas, dependiendo de su posición social y oficio. Además, el ritual era clave para conservar su estatus en la otra vida y evitar ser condenado a vagar eternamente. Para asegurar este objetivo era frecuente que diversos esclavos del difunto fueran sacrificados para poder así seguir sirviéndole en la vida después de muerto.

Cuando todo estaba listo, muerto, ofrendas y esclavos eran pasto de las llamas, alcanzándose una temperatura de 1.400 grados, mucho más alta que la de los crematorios modernos. La pira se construía para que la columna de humo fuera lo más grande posible, pues de este modo se facilitaba que el difunto llegara al Valhalla. Finalmente, sobre las cenizas se levantaba un túmulo que solía marcarse con un abedul donde se grababa con runas el nombre de quien había sido enterrado allí.

Dime cómo entierras...

Como vemos en este somero repaso, si bien la práctica del ritual funerario es universal,

sus detalles concretos varían según la cultura, el lugar o la época. Pero a grandes rasgos se puede decir que, o bien se trata de prácticas destinadas a preservar al máximo el cadáver (embalsamamiento, momificación), o bien de prácticas destinadas a acelerar la desaparición del cadáver (incineración), o finalmente, de prácticas que dejan que el cadáver siga su proceso natural de descomposición (como la inhumación).

A estas alturas habrá quedado claro que, si bien toda cultura ha creído en algún tipo de vida después de la muerte, hay grandes diferencias sobre cómo conciben esa vida que se refleja en distintos modos de tratar el cuerpo tras la muerte. Allá donde se considera que el alma está atrapada en el cuerpo material y que la muerte supone una liberación para el alma, que por fin escapa de su prisión terrenal para acceder a una vida más elevada, meramente espiritual, se optará por la cremación del cuerpo, considerado como una cáscara vacía de la que conviene librarse.

Lo mismo sucede en aquellas culturas que creen en la reencarnación. El alma ha estado atada a ese cuerpo, ahora sin vida, y se ha purificado o no. En su próxima reencarnación el alma se alojará en otro cuerpo material, superior o inferior según el grado de purificación alcanzado, pero en cualquier caso el cuerpo que el alma ha abandonado ya no tiene ningún valor, es el vestigio de una etapa ya pasada sin conexión alguna para el alma que ya está reencarnándose en otro ser.

De entre estas culturas, la más conocida quizá sea la india, donde la cremación es práctica común. También es muy frecuente que las cenizas sean arrojadas al río Ganges, considerado la fuente de toda vida. Dependiendo del tipo de vida que haya llevado el difunto, el alma progresa o retrocede en su siguiente reencarnación hasta conseguir, al cabo de las vidas que fuera necesario, unirse a su yo primordial, su esencia, su atman, una creencia que los hindúes comparten con budistas y jainitas.

Catacumbas de
Domitila, Roma.
Wikipedia

Los entierros según la Biblia

Todo lo contrario que los pueblos semitas, que siempre han rechazado la cremación, considerada un ultraje o un castigo abominable. De hecho, hasta el día de hoy tanto el judaísmo como el Islam entierran a los muertos inhumándolos.

Y es que a pesar de la existencia de culturas donde es predominante la creencia en la reencarnación o de grupos influidos por el gnosticismo que desprecian lo material, la mayoría de pueblos a lo largo de la historia ha creído que el cuerpo tendrá algún tipo de papel en la vida después de la muerte. Estamos aquí ante la intuición, la creencia o el razonamiento, según el caso, de que el cuerpo sigue vinculado al alma incluso después de la muerte, cuando ambos se han separado, y es por tanto merecedor de un respetuoso cuidado.

La Biblia refleja en varios pasajes la importancia de enterrar a los muertos, que es además uno de los principales deberes de los vivos. Tobías es alabado por haber practicado a menudo, incluso poniendo en riesgo su propia vida, esta obra de misericordia hacia sus compatriotas en el exilio y el Génesis



nos instruye sobre las prácticas funerarias habituales en el pueblo de Israel: se cierran los ojos del difunto (Gen 46, 4), que es besado (Gen 50,1) y limpiado para luego ser transportado en un féretro (2 Sam 3, 31) y enterrado sin ataúd envuelto en un sudario.

“ La Biblia refleja en varios pasajes la importancia de enterrar a los muertos, que es además uno de los principales deberes de los vivos.

El pueblo de Israel tenía la preocupación, común a todos los pueblos de la Antigüedad, de honrar a los muertos y por ello tanto los ritos de enterramiento y duelo como la tumba que ubica el cuerpo del difunto eran tan importantes, contribuyendo a mantener el vínculo entre las generaciones y a integrar la muerte como una parte de la existencia.

A diferencia de tantas culturas antiguas, en la Biblia en ningún momento se habla de proporcionar al difunto los objetos necesarios para la vida en el más allá. Pero donde el Antiguo Testamento se muestra verdaderamente original es en su rechazo absoluto de toda mitología referida a la vida

más allá de la muerte. Nunca se describe el Seol, la morada de los muertos, pues nadie ha recibido una revelación al respecto. Tampoco se habla de pretender asegurar la felicidad del difunto en el más allá con la ayuda de fórmulas y objetos mágicos, como en el antiguo Egipto.

Este modo bíblico de tratar a los muertos va a extenderse por el mundo entero de la mano de la fe cristiana. Y con mayor énfasis si cabe, pues la encarnación del Hijo de Dios, que asume un cuerpo y un alma humanos, destruye de un plumazo las pretensiones de que la materia sea algo malo o irrelevante. Los cristianos ya no nos salvamos del cuerpo, como se cree en el dualismo gnóstico, sino en y con nuestro cuerpo, pues el cuerpo “es para el Señor, y el Señor para el cuerpo” (1 Co 6, 13). No solo eso, sino que el cuerpo se convierte en templo del Espíritu Santo. Por eso los cristianos no creemos solo en la salvación del alma, sino en la resurrección de la carne y en la “redención de nuestro cuerpo” (Rom 8, 23). Se entiende que los cristianos traten el cuerpo inanimado con especiales honores.

En efecto, salvo en casos excepcionales, los cristianos mantuvieron la práctica exclusiva de la inhumación durante casi diecinueve siglos, incluso en contextos en los que la cremación era la norma o en los que esta práctica exigía la ardua excavación de necrópolis subterráneas por falta de espacio, lo que demuestra la importancia que los cristianos concedían a esta costumbre.

De hecho la llegada del cristianismo dio lugar, en la Roma imperial, a las catacumbas, donde aprovechando antiguas galerías de canteras abandonadas los cristianos fueron enterrando a los mártires. Rápidamente se convirtieron en lugares de culto, visitados por multitud de fieles que celebraban misas junto a los restos de aquellos que habían dado su testimonio de Cristo hasta la muerte y que ahora eran modelo e intercesores en el cielo.

¿La Iglesia permite la incineración?

Así pues, allí donde arraiga la fe cristiana los muertos son enterrados, dado que dar sepultura al cuerpo es la forma más apropiada de expresar la fe y la esperanza en la resurrección corporal. ¿Existieron excepciones? Sí, la Iglesia siempre permitió la cremación cuando el bien común lo requería. Por ejemplo, durante las grandes epidemias la incineración de los cadáveres parecía a veces la única forma eficaz de contener el contagio. Pero se trataba, obviamente, de una excepción, bastante infrecuente, a la regla común de la inhumación, que la Iglesia siempre ha priorizado de manera inequívoca (y cuando decimos siempre, es siempre, también en la actualidad).

Ahora bien, desde el siglo XIX, a medida que las sociedades europeas se iban secularizando y el cristianismo se iba debilitando, la incineración fue ganando terreno. Lógico. Por motivos prácticos que una fe muy debilitada ya no es capaz de resistir y también, entre aquellos abiertamente contrarios a la fe, como un modo de rechazo a las creencias cristianas.

“A medida que las sociedades europeas se iban secularizando y el cristianismo se iba debilitando, la incineración fue ganando terreno.”

Por eso la instrucción *Piam et constantem* (5 de julio de 1963), cuando admite la incineración de los fieles, lo hace siempre que no esté motivada por oposición a la Iglesia y a sus dogmas. La instrucción aduce dos razones para este cambio: por una parte que las solicitudes de incineración ya no suelen estar motivadas por hostilidad hacia la Iglesia o como signo de negación de la doctrina cristiana, por otra parte, que la cremación no representa, en sí misma, una negación objetiva de los dogmas cristianos

referentes a la resurrección y la inmortalidad del alma, pues no afecta al alma y no impide la resurrección corporal.

Pero al mismo tiempo, la instrucción insta a los obispos a que velen para que los cristianos no practiquen la cremación salvo en casos de necesidad. Es la misma actitud que refleja el actual *Código de Derecho Canónico*: “La Iglesia aconseja vivamente que se conserve la piadosa costumbre de sepultar el cadáver de los difuntos; sin embargo, no prohíbe la cremación, a no ser que haya sido elegida por razones contrarias a la doctrina cristiana” (nº 1176, 3).

Eso sí, si los cristianos recurrimos a la incineración hay que hacerlo de un modo especial. Según la instrucción *Ad resurgendum cum Christo*, publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe el 15 de agosto de 2016, hay algunas sencillas condiciones para incinerar “en cristiano”:

- Salvo autorización excepcional, las cenizas no pueden conservarse en la vivienda doméstica, sino sólo en un lugar sagrado, normalmente el cementerio. Así que adiós a la urna con las cenizas del abuelo encima del televisor.
- Vete olvidando también de esparcir las cenizas en la montaña o playa preferida del difunto: “para evitar cualquier malentendido de tipo panteísta, naturalista o nihilista, no está permitida la dispersión de las cenizas en el aire, en la tierra, en el agua o de cualquier otra forma”.
- También está prohibida la conservación de las cenizas en recuerdos, joyas u otros objetos. La verdad, cualquier joyería te da mejores opciones.

En resumen, incinera pero luego da cristiana sepultura a las cenizas en un cementerio o lugar sagrado. De este modo, además, se nos ayuda a que nos acordemos del difunto y que recemos por él (algo que nunca está de más, a pesar de lo habitual en

tantos funerales actuales en los que se declara santo súbito al finado).

Una nueva religión panteísta

Pero si la introducción de la cremación en el ámbito de la cultura cristiana fue un síntoma significativo, la última moda, el transformar el cuerpo del difunto en compostaje, nos habla abiertamente de la aparición de una nueva religiosidad. Se trata de una religión panteísta, que adora a la Madre Tierra y considera a los seres humanos como emanaciones de Ella. Tras la muerte, creen los seguidores de esta cosmovisión, el alma regresa a su origen y se disuelve en el gran Espíritu de la Madre Tierra. El mismo camino debe seguir el cuerpo, de ahí que lo óptimo sea que se descomponga y sea usado para fertilizar a la diosa Gea.

Es lo que acaban de permitir en California, donde una ley propuesta por la diputada Cristina García y ratificada por el gobernador demócrata Gavin Newsom, permite ya convertir el cuerpo del finado en compostaje. Por supuesto el entierro tradicional es considerado poco ecológico, pero la incineración tampoco convence: demasiado gasto de energía y, además, ¿por qué desperdiciar el cadáver si se puede convertir en “compostaje humano”, abono para campos y jardines en beneficio del medio ambiente?

Este cóctel de ecologismo y utilitarismo borra cualquier signo que pueda recordar a los muertos, diluyendo el recuerdo de los ancestros y transmitiendo una visión de nuestro destino de la que desaparece la eternidad y la resurrección de la carne, y en la que el cuerpo queda degradado, reducido a una cáscara exterior que se desecha rápidamente y al menor costo posible.

“Este cóctel de ecologismo y utilitarismo borra cualquier signo que pueda recordar a los muertos y degrada el cuerpo a una cáscara”

La Iglesia ya lo veía venir cuando en *Ad resurgendum cum Christo* advertía de que “no puede permitir, por lo tanto, actitudes y rituales que impliquen conceptos erróneos de la muerte, considerada como anulación definitiva de la persona, o como momento de fusión con la Madre naturaleza o con el universo” (nº 3).

El hombre del siglo XXI está pues ante una doble alternativa en relación a lo que se hace con su cuerpo tras su muerte: o bien se le enterra con todos los honores, en un lugar sagrado, a la espera de la resurrección de la carne anunciada por Jesucristo, o bien se convierte en abono y se precipita así en la nada primigenia y el olvido. Usted elige. ■

Cementerio de Sant Feliu de Guíxols, España. Pixabay





Morir en la ciudad tres veces santa

La arqueología y la historia, como la fe y la tradición, también nos hablan de la muerte y resurrección de Jesús. Especialmente en Tierra Santa.

POR **P. J. ARMENGOU**

Vista de la ciudad Antigua de Jerusalén desde el cementerio judío, situado en la ladera del monte de los Olivos.
Alejandro Ernesto

En el metro cuadrado más caro de Jerusalén no vive ningún millonario ni se ha levantado la sede de ninguna gran institución. De hecho, allí no vive nadie: es un cementerio. A pocos pasos de la muralla este de la ciudad vieja, a lado y lado del valle del Cedrón, se extiende una imponente necrópolis en la que judíos, musulmanes y, en menor medida, también cristianos, entierran desde hace siglos a sus muertos. Los primeros esperan la venida del Mesías. Musulmanes y cristianos, su retorno. El islam también considera a Jesucristo como el Mesías del pueblo de Israel y uno de los mayores mensajeros de Dios, pero no cree que sea Hijo de Dios, ni Dios mismo.

Aunque con importantes diferencias entre ellas, las tradiciones de las tres religiones monoteístas dicen que, el día en que el ungido de Dios venga a la tierra, lo hará en este punto del planeta. Y todos quieren estar cerca cuando eso suceda. En un espacio de apenas un kilómetro cuadrado se encuentran el Monte del Templo, donde un día se alzó el Templo de Salomón y donde hoy se yergue la Cúpula de la Roca; la Puerta Dorada, por donde se cree que entrará el Mesías y por donde se dice que Jesús entró triunfal en Jerusalén; y también el huerto de Getsemaní y el monte desde donde Jesús ascendió a los cielos.

“Las tradiciones de las tres religiones monoteístas dicen que, el día en que el ungido de Dios venga a la Tierra, lo hará en este punto del planeta.”

Esta triple vinculación religiosa con los tres cementerios del Cedrón, lugar de muerte y resurrección, es solo un ejemplo de cómo Jerusalén conjuga tres maneras distintas de entender el final de la vida terrena y una posible vida futura. Para los lectores de esta revista, la tradición y fe cristianas quizá sean ya muy conocidas; así que, aunque se mencionarán en diversas ocasiones, nos centraremos en conocer cómo afrontan la muerte y la resurrección tanto judíos como musulmanes.

La vida eterna

Para comprender las prácticas funerarias y la concepción de la muerte de musulmanes y judíos, es importante saber primero qué piensan sobre la vida eterna. O si conciben siquiera esa posibilidad. La Biblia judía tiene pocas referencias a la vida después de la muerte y la Torá, la ley judía, no habla de ella. Sin embargo, hay otros fragmentos de sus textos sagrados que sí hablan directa o indirectamente del más allá. El mismo Jesús interpreta como una referencia a la vida eterna un fragmento del Éxodo en el que se habla de Dios como el “Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob”. “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos”, dice Jesús, tal como recogen los Evangelios de Marcos y de Mateo. Y el de Lucas añade: “Porque para Él todos viven”.

También hay referencias en los libros de los profetas Daniel y Job. El primero dice que llegará un día en el que “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán: unos para la vida eterna, otros para la vergüenza y la ignominia perpetua”. Y el segundo, en su tribulación, exclama: “Yo sé que mi Redentor vive, y al final se levantará sobre el polvo. Y después de deshecha mi piel, aún en mi carne veré a Dios; al cual yo mismo contemplaré, y a quien mis ojos verán y no los de otro”.

Según explica Joaquín Paniello, sacerdote y profesor de estudios comparados de religiones monoteístas en el Instituto Polis de Jerusalén, la Biblia judía considera que “los muertos mantienen una especie de existencia pero no les considera vivos que simplemente están descansando”. Con frecuencia, añade Paniello, en la literatura religiosa judía se encuentran expresiones como “se fue a descansar con sus padres” o similares. Por otro lado, el profesor indica que “el tema del castigo o la recompensa [en el más allá] queda en suspenso” en la Biblia judía, y que las menciones más claras de la vida eterna se manifiestan en libros hebreos que no se consideran parte del canon judío, pero sí del cristiano. Es el caso del Libro de la Sabiduría y el

Libro de los Macabeos. “En el Nuevo Testamento se da por sentada la vida después de la muerte, desde el principio”, añade el sacerdote.



Un judío ultraortodoxo reza ante la tumba de un ser querido. Alejandro Ernesto

Por su parte, los musulmanes tienen claro que la muerte supone la separación del cuerpo y del alma, y que esta vive eternamente, pero existen dos tradiciones sobre qué sucede exactamente cuando una persona muere. La primera dice que un ángel de la muerte (Malak al-Maut) se aparece a los moribundos para extraerles el alma: las almas de los pecadores son extraídas de la manera más dolorosa, mientras que los justos son tratados con delicadeza. La segunda dice que, después del entierro del fallecido, dos ángeles, Munkar y Nakir, interrogan a los muertos para probar su fe. Los “creyentes justos” responden correctamente a sus preguntas y viven en paz y comodidad en el paraíso, mientras que los pecadores e incrédulos fracasan y sufren castigos.

Paniello explica que el Corán tiene muchas descripciones del infierno relacionadas con el fuego, pero que la gran diferencia con la Biblia cristiana es el cielo. “En el Corán, más que el cielo, existe el paraíso. Porque la primera palabra se refiere más a un estado espiritual, ausente en el Corán. De hecho, las tres actividades previstas en el paraíso musulmán son materiales: comer y beber, estar cómodo y tener sexo”, explica Paniello. En este sentido, el libro sagrado de los musulmanes habla del paraíso como de un lugar donde “los justos estarán entre jardines y bienaventuranzas”. “El Señor les ha

ahorrado el sufrimiento del infierno: ‘Come y bebe felizmente, por lo que solías hacer. Relajado en muebles de lujo; y los emparejaremos con bellísimas esposas’, sigue el texto.

Prácticas funerarias

Algunas de las prácticas judías ante la muerte trasladan al lector cristiano a escenas del Antiguo Testamento y a los Evangelios. Otras recuerdan mucho a la tradición cristiana. Una costumbre todavía arraigada, por ejemplo, es rasgarse las vestiduras en señal de duelo. Otra es el recitado de la *viddui*, una oración que funciona como una suerte de confesión de los pecados para el moribundo. También es común velar el cuerpo del muerto, que debe tratarse con respeto. La práctica de preparar un cuerpo para su entierro se llama *tahara*, que significa purificación, y consiste en limpiar el cadáver con telas limpias, que se sumergen tres veces en agua tibia. Entre los judíos en la diáspora es común introducir un puñado de tierra de Israel en el ataúd, mientras que en Israel no se usa féretro y se sepulta al fallecido en contacto directo con la tierra. Los funerales se acostumbra a celebrar en casa, en la sinagoga o en el cementerio.

Tras la defunción de un judío, es común iniciar un proceso de luto de siete días llamado *shiva*, durante el cual los allegados y conocidos del fallecido visitan a la familia y participan en oraciones comunitarias. Tras el entierro, se abre un período de treinta días más de luto, llamado *sheloshim*, durante el cual los familiares van regresando poco a poco a la vida normal, pero se abstienen de actividades consideradas placenteras. Para aquellos que han perdido un padre, el duelo se extiende once meses, durante los cuales se recita diariamente el *Kadish*, un rezo dirigido a Dios en el que se le bendice y se le pide la venida del Mesías. Entre los judíos es también muy común visitar los cementerios y colocar guijarros sobre las tumbas. Esta práctica simboliza el deseo de preservar la memoria del difunto y de mostrar que la tumba es visitada: a

diferencia de las flores, las piedras no se pudren. Además, la palabra “guijarro”, *tz’ror* en hebreo, significa también “vínculo”, por lo que la piedra es un símbolo de que la memoria del difunto vive a través de los que lo recuerdan.



Los judíos tienen por costumbre colocar piedras sobre las sepulturas de sus allegados. Alejandro Ernesto

Los musulmanes también tienen normas estrictas para los funerales, recogidas en la sharía, la ley islámica. Una de ellas es intentar enterrar al fallecido tan pronto como sea posible. A poder ser, antes de veinticuatro horas. También es importante lavar el cuerpo tres veces: el primer baño se debe hacer con una mezcla de agua y hojas de cedro o loto, el segundo con agua alcanforada, y el último solo con agua. Después del ritual de purificación (*Al-Gusl al-Mayyet*) es necesario envolver el cuerpo en una sábana de lino o algodón, rezar una oración –*Salat al-Janazah*–, enterrar el cadáver en una tumba y posicionar al muerto



Funeral de un joven palestino en la ciudad cisjordana de Nablus. Alejandro Ernesto

con la cabeza en dirección a la Meca. Como los judíos, los musulmanes también prohíben la cremación de los cadáveres, y dan mucha importancia al período de luto. En el islam, los familiares deben observar tres días de luto, durante los cuales se reza, se reciben visitantes y condolencias, y se evita llevar ropa llamativa y joyas. Además, las viudas no pueden volver a casarse hasta pasados cuatro meses y diez días.

“Judíos, musulmanes y cristianos viven la muerte como un momento clave, en el cual el dolor y el amor a Dios y a los demás están muy presentes. Las prácticas de unos y otros están entrelazadas.

Judíos, musulmanes y cristianos viven la muerte como un momento clave, en el cual el dolor y el amor a Dios y a los demás están muy presentes. Es un momento muy humano, y al mismo tiempo trascendente. Las prácticas de unos y otros están entrelazadas. La escatología cristiana sobre la muerte y el más allá, bebe en cierta manera del judaísmo, la religión de Cristo y sus apóstoles. Y la islámica se basa en la tradición judeocristiana. Las tres religiones incorporan también múltiples costumbres culturales, pero mantienen muchos nexos en común: el dolor por la muerte de un ser querido es real y legítimo, el cuerpo merece respeto, y Dios (o Alá o Yavé) juzga a vivos y muertos. ■

Alejandro Rodríguez de la Peña: “Hemos convertido la compasión en un artículo de masas”

El medievalista reflexiona en sus últimos libros, *Compasión. Una historia* (CEU Ediciones) e *Imperios de crueldad* (Encuentro), sobre los orígenes de la ética que superó a la crueldad y lamenta la banalización del discurso de la víctima.

POR GUILLERMO ALTARRIBA



Antes de las enseñanzas de Confucio, Sócrates o Jesús de Nazaret, el mundo era distinto, más brutal y violento. Indiferente al dolor de los demás más allá de los círculos propios. Esta es la tesis que el catedrático de Historia Medieval Alejandro Rodríguez de la Peña (Madrid, 1972) defiende en *Compasión. Una historia*, una investigación publicada por CEU Ediciones que explora los orígenes –y retos futuros– de este comportamiento.

Ha escrito una “historia de la compasión”, lo que implica fijar un origen: ¿a la humanidad no nos sale de forma natural ser compasivos?

Aquí está el tema. Cuando uno ve los sentimientos humanos hacia los hijos, los amigos o los miembros de mi tribu –como la amistad, la fraternidad o la empatía–, puede dar por hecho que son propios del género humano, del hombre en estado de naturaleza. No obstante, si uno estudia la historia de las civilizaciones descubre que la actitud normal y casi unánime en culturas primitivas o civilizadas hacia quienes no forman parte del propio círculo es la depredación y la opresión, o –como mínimo– una indiferencia absoluta hacia su sufrimiento.

¿La compasión verdadera es con el extraño?

Claro. Desde un punto de vista de historia de la ética, no estamos ante un hecho biológico o una mera reacción empática, sino ante una ética en la cual se interioriza el sufrimiento del otro, del extraño. Interiorizar el dolor de quienes no forman parte de mi grupo como parte de mi vivencia es algo aprendido. Y yo en el libro defiende que es, sobre todo, fruto de una serie de doctrinas de origen religioso.

“Interiorizar el dolor de quienes no forman parte de mi grupo como parte de mi vivencia es algo aprendido. Y yo en el libro defiende que es, sobre todo, fruto de una serie de doctrinas de origen religioso.”

Habla Ud. de unos “padres fundadores” de la compasión, ¿quiénes son?

Son una serie de figuras que coinciden en el tiempo, en lo que el filósofo Karl Jaspers bautizó como “Era Axial”. Son personas como los profetas del antiguo Israel, Sócrates en Grecia, Buda y Mahavira en la India, Confucio y Mozi en China... y culmina de nuevo en Israel con Jesús de Nazaret. Sus enseñanzas religiosas provocaron una mutación en sociedades donde el culto a la divinidad se ordenaba –en muchas ocasiones– en base a sacrificios sangrientos de personas y animales.

¿Sin estos pensadores no se habría extendido la ética de la compasión?

Probablemente no, porque observamos que en las civilizaciones donde no surgieron estos individuos tampoco se desarrolla una ética compasiva. Hay sociedades muy avanzadas en las que no se llega a producir en ningún momento esta mutación. Ellos hicieron ver a sus coetáneos que un culto a la divinidad verdaderamente espiritual y pleno debe aunarse con un sentimiento de benevolencia o amor hacia el prójimo.

Amor hacia el prójimo... ¿y también hacia el enemigo?

Esta es la aportación original de Jesús de Nazaret, un máximo ético que ninguna religión o profeta ha afirmado nunca. El amor al enemigo es algo nuevo en la historia de la humanidad, porque la “regla de oro” –trata a los demás como quieras ser tratado– se había formulado antes, pero nunca había incluido al enemigo. Jesús es un *unicum*.



“Es necesaria una forma de vida religiosa para que la compasión llegue a la gente sencilla.”

¿Cómo pasamos de unos pocos filósofos y maestros espirituales a que toda una civilización adopte el ideal de la compasión?

Yo defiendo que es necesaria una forma de vida religiosa para que la compasión llegue a la gente sencilla. Encontramos ejemplos de contextos donde individuos aislados formulan éticas de compasión pero la sociedad sigue embrutecida: es el caso de las crucifixiones públicas o las ejecuciones en el circo romano, espectáculos atroces que la gente pagaba por ver. No obstante, casos como el budismo, con sus “peros”, o la civilización cristiana occidental sí alumbraron estructuras sociales cuyo discurso se articulaba en torno a una idea de compasión.

Saltemos al presente. Si la religión es, como defiende, la base de la compasión, ¿qué ocurre en una sociedad secular como la nuestra?

Lo que está ocurriendo es un abuso de la compasión, una banalización similar a aquella “banalización del mal” de la que habla Hannah Arendt. Frente a los excesos de crueldad que vivimos en el siglo XX –mostrados con todo su horror en el Holocausto nazi o los gulags

soviéticos–, Occidente atraviesa una reacción hipercompasiva, que tuvo frutos buenos como los movimientos por los derechos humanos y el fin de la discriminación racial.

¿Y de ahí llegamos al abuso?

De un principio genuinamente ético, llegamos -a partir de los años 60- a un discurso de la víctima, que pone al mismo nivel el sufrimiento extremo de víctimas indudables que sufren verdaderos abismos de crueldad o explotación con episodios absolutamente banales. Se ha convertido la compasión en un artículo de masas, y su abuso produce una reacción cada vez mayor de indiferencia. Es peligroso: veo que está surgiendo cierto extremismo anticompasivo como reacción a este abuso.

¿Ve esperanza en el futuro?

Se ha dicho que el siglo XXI será religioso o no será. La compasión secularizada tiene unos límites. Cae enseguida en la banalización porque pierde el referente básico, la visión del ser humano como criatura de Dios: esto es, irreplicable y dueño de una dignidad singular. Yo defiendo que si queremos un siglo XXI compasivo la única manera es recuperar su semilla, su fuente de energía, que es la espiritualidad. ■

SI QUIERES VER EL VÍDEO COMPLETO DE LA ENTREVISTA, SIGUE ESTE CÓDIGO QR:



Higinio Marín:
“Los muertos no consiguen protagonizar ni su propia muerte”

Higinio Marín.
Josema Visiers

El filósofo y profesor de la Universidad CEU Cardenal Herrera nos habla sobre la muerte y cómo la sociedad occidental ha cambiado su forma de ver a los muertos: “Lo único que sabemos hacer con el muerto es quitárnoslo de en medio cuanto antes”.

POR **ÁLVARO ESPINOSA Y JOSEMA VISIERS**

¿Por qué afirma que la muerte se ha vuelto ‘obscena’?

Basta para comprobar esto con ir a un tanatorio. Los tanatorios, en su inmensa mayoría, están diseñados de tal manera que es imposible ver al muerto. Para ver al muerto hay que irse a una esquina, a un ángulo perdido. Hay unas cortinas, un cristal... El muerto está confinado, encriptado, como si fuera un objeto que desprende emanaciones tóxicas con el que el tacto es una especie de impureza.

Están situados en unas ciudades en donde los muertos no comparecen nunca. El único ataúd que desfila por nuestras calles es el de las procesiones durante la Semana Santa.

Cuando yo era pequeño, por los pueblos y las ciudades de España, los

muertos eran llevados a hombros y la gente se detenía respetuosamente. Eso es imposible hoy, si viéramos semejante cosa en una ciudad saldríamos espantados. Porque a la muerte le ha sucedido la condición de lo obsceno.

¿La hemos convertido en un tabú innombrable?

Michel Foucault dijo en su día que la condición de lo obsceno, el carácter de tabú que a lo largo de la historia de las sociedades había recaído sobre la sexualidad, en nuestro tiempo se había transferido a la muerte.

La sexualidad era una cosa de la que no se podía hablar, que no se mostraba ni se veía, de la que todo el mundo susurraba con discreción. Somos la primera sociedad donde hablamos de sexo, lo practicamos y lo mostramos sin

ninguna restricción, sin ningún sentido de lo obscuro. Somos una sociedad donde se ha consumado una supresión del pudor. Pero todas esas restricciones han pasado a la muerte; de la muerte, del muerto no se habla. Al muerto no se le toca, no se le ve. Sobre la muerte se susurra y hay muy poco que decir.

Y eso define hasta el urbanismo. El muerto es periférico en la sala en la que tiene lugar el velatorio de su muerte. El tanatorio es periférico en la ciudad. Antes ocurría lo contrario, la gente moría en su casa, se la velaba, se le hacían unos ritos funerarios que eran cruciales para la cohesión social y tenían lugar en el centro de la ciudad. Ahora nos vamos a la periferia.

La arquitectura es el lenguaje con el que los seres humanos nos expresamos de la manera más exacta y más inconsciente. La disposición de esas salas no es más que la condición marginal que la muerte tiene en la autoconciencia humana contemporánea: los muertos no consiguen protagonizar ni su propia muerte, los ausentamos de su muerte, no sabemos qué hacer con el muerto. Y ese no saber qué hacer con el muerto es contemporáneo y correlativo con el declinar social de la religión.

“ El muerto se ha convertido en periférico en su propia muerte

Porque la religión, en su sentido antropológico más originario, es, precisamente, lo que consigue mantener unidos a los vivos con sus muertos. Nosotros eso lo tenemos olvidado, colapsado por una conciencia lúdica, competitiva y obesa. Obesa de satisfacciones, de estímulos y de placer... Entonces la muerte nos resulta inabordable, invisible, intocable, en definitiva tóxica, y el muerto también. Lo único que sabemos hacer con el muerto es quitárselo de en medio cuanto antes.

El muerto se convierte en periférico en su propia muerte, hay que ir al velatorio a consolar a los vivos. Este proceso es tan excepcional desde el punto de vista

de la historia de la cultura humana, que es un cambio antropológico de grandes dimensiones, impensable sin otra variable completamente excepcional: somos la primera sociedad que de manera masiva no practica ninguna religión.

“ ¿Sería deseable una vida sin final en este mundo?

Esto conforma un paisaje que entiende a la muerte como algo insignificante, no hay nada que aprender de ella respecto a la vida; irrelevante, no merece la pena prestarle atención; además de incidental, y, por tanto, programáticamente evitable.

La pregunta capital es si sería deseable una vida sin final en este mundo donde el mal no pudiera ser erradicado, donde las personas amadas y las cosas amables no estuvieran en el esplendor que esperamos que estén...

Pues es que sencillamente no lo sería. Esa vida sin final seguramente sería la justificación del suicidio, que el final de la vida estuviera en manos de cada uno.

¿Entonces vivimos como seres inmortales?

La sociedad concibe la muerte como un accidente. Por eso cuando alguien muere pensamos que hay un culpable, porque la muerte no es natural, tiene naturaleza accidental. Nos parece que cada muerte tiene una relación de causas evitables. Esa idea convierte a la muerte en accidental, y hace a la muerte irrelevante. Tan irrelevante que la expectativa de un crecimiento inimaginable de la tecnología nos hace suponer, como ya ocurrió en la Unión Soviética, la fecha del logro de la inmortalidad. Luego tuvieron que hacer un discreto silencio sobre el tema. Hoy estamos en la misma situación: nos deslumbra y nos guía una supuesta inmortalidad que la predicaban señores sesudos con bata blanca. En el fondo es revelador de la escasez con que la ciencia contemporánea piensa en la realidad del hombre.

No somos ni nuestra conciencia ni nuestro cuerpo, sino el principio constitutivo y unificador de ambos en una unidad viviente, ya lo decían los griegos. Eso no está al alcance del desarrollo científico-técnico. La posibilidad, a mi juicio, de la inmortalidad no es más que la aspiración comprensible del ser humano de quedar a salvo de la muerte en una vida sin final, pero arrogándose un poder y una capacidad que es inalcanzable.

“ La muerte se ha convertido en algo obscuro.

¿Supone una novedad en la historia nuestra forma de entender la muerte?

Claro que sí. Hay autores que lo han explicado brillante y extensamente. Si uno estudia historia de la cultura o antropología cultural, se encuentra con que la muerte era el núcleo que definía la vida. Los seres humanos se entendían a sí mismos como mortales, la mortalidad era la condición humana que la mostraba. Nosotros no tenemos esa concepción de la muerte.

Si salimos a la calle y pedimos una definición del ser humano, es difícil que alguien nos diga que somos mortales. Es muy difícil, hemos dejado de definirnos con respecto a los dioses. No son las diferencias con respecto a los dioses las que nos definen, sino más bien las diferencias respecto a los demás seres orgánicos del planeta. Consideramos que la muerte tiene un carácter accidental y no la vemos como algo natural.

Esto convierte a la muerte en una interrupción, en el *game over* de la vida. No, la muerte no es eso. Sócrates lleva razón al reivindicar que, aunque la muerte no sea el núcleo esencial de la vida, la muerte aporta una mirada imprescindible. No es suprimible, porque nos pone a los pies la realidad de nuestra existencia. Y la realidad de nuestra existencia es que se acaba. Podemos discutir sobre cómo, pero lo cierto es que prescindir de esa mirada

es una frivolidad. De hecho, la existencia que prescinde de esa mirada es una existencia en la que el sujeto se ha introducido en una especie de encapsulamiento lúdico. Si tú concibes la vida como episodios reiterativos de una pulsión lúdica, entonces la muerte es una interrupción.

¿A qué se debe esto?

Hemos descubierto una manera de hacer apetecibles actividades que no tienen sentido mediante su ludificación competitiva. Todo nuestro sistema social está organizado para introducirnos en episodios competitivos y lúdicos. Y eso hace que el único valor que sustituye al sentido, es el éxito. Así se conforman nuestras vidas profesionales, nuestra biografía y así se conforman incluso nuestras instituciones.

“ Una vida sin final sería la justificación del suicidio

La muerte es sencillamente un invitado inoportuno. Ese es el ideal explícito de nuestra cultura y de nuestra sociedad. Los autores de 1968 directa y explícitamente lo declaran y hay que decir que la Revolución de 1968 ha sido sumamente eficiente en lo que se proponía, que era la transformación de la cultura occidental desde sus fuentes. Y este me parece un episodio que lo revela, el lugar que la muerte tiene en nuestra sociedad. ■

PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:



Tragedia más tiempo



POR **ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ**

Si te educan en la idea de que el sufrimiento es malo y, además, inútil y, encima, injusto, te dejan inerte, incapacitado para una vida madura. Los días de Semana Santa pueden ser unas vacaciones escolares más o menos oportunas, pero son una necesidad pedagógica de primer orden.

Entiendo la alergia a la Semana Santa católica, a pesar de la incuestionable belleza ritual y estética de sus oficios y procesiones. Comprendo la querencia a convertirla en una escapada a la playa o en una semana blanca porque, para quien no cree en la resurrección de Jesús, irremediablemente su pasión y su muerte resultan insostenibles. La fe nos da ciento por uno también en fiestas.

Cuando el que empuja la silla de ruedas de un anciano o de un enfermo va mirando el móvil, nos parece una irreverencia parecida al que lo saca en Misa. (Puede que sea idéntica.)

La humildad verdadera, en cuanto la acusan de falsa humildad, reconoce que sí, que tienen razón, que así es, gracias.

La humildad concede una íntima paz, mientras que la vanidad te expone irremediabilmente a la humillación continua, real e imaginada. Pero escogemos la vanidad. ¿Como vía purgativa?

HILEMORFISMO

El sufrimiento es el cuerpo; el sacrificio, el alma. Como el placer es el cuerpo; la alegría, el alma. Y aquí somos muy partidarios del trabajo en equipo.

El reuma vale de cilicio secreto o de mortificación interior. Se redime el reuma y uno —ya puestos— también.

La gran resurrección de «le petite mort» es el nacimiento de un hijo.

La soberbia es un pecado que se da así mismo muchísima importancia, pero no es más que vanidad.

La avaricia en cambio no sabe parar. Si parase, sanaría.

Lo penoso de la ira es la vuelta.

La envidia da vergüenza ajena.

Hace mucho tiempo que olvidamos que la gula es un pecado capital. ¿La consecuencia? Su campo ha sido tomado por la psicología y la medicina y crecen los desórdenes alimentarios y enfermedades devastadoras, a menudo, mortales, que exigen terapias intensas e internamientos. Cuando dejemos de creer del todo en el resto de los pecados, terminaremos en la medicalización absoluta.

Es mucho más alegre que a la lujuria la venza la virtud, que siempre lo hace a medias, que la vejez.



Tres lecturas breves de vida y muerte

POR **FERNANDO BONETE**
 @en_bookle

Si en el número anterior de *La Antorcha* recomendamos libros que uno nunca esperaría ver recomendados en Navidad, en esta ocasión nos ceñimos a la letra de

la propuesta, y proponemos tres obras muy distintas en estilo y género, pero que comparten lo esencial: nacen de la contemplación de ese límite que es el final de nuestra vida en la tierra.



Una pena en observación

C. S. Lewis
Anagrama, 104 págs.

No negaré que resulta tópicamente comenzar unas recomendaciones literarias sobre la muerte con este relato interior –o ensayo autobiográfico– de C.S. Lewis; un texto mencionado hasta la saciedad –quizá no tan leído como mencionado– en el que el escritor británico llora la muerte del gran amor de su vida, la poeta norteamericana Helen Joy Davidson Gresham –la “H.” de este libro–. Tampoco me resistiré al tópico, pues *Una pena en observación* (1961), siendo una elegía a un gran amor –porque es “una” pena, que no “la” pena, como señaló el hijastro de Lewis, Douglas Gresham–, pudiendo ser también una carta de amor póstuma es, ante todo, la mejor introspección emocional ante el estremecimiento que provoca una pérdida. La agonía, el miedo, la ausencia y la presencia de Dios en los momentos vitales más desesperados; también las lágrimas. Los efectos de la muerte, y qué hay que tener frente a la muerte, están condensados en estas páginas.



Cuántos de los tuyos han muerto

Eduardo Ruiz Sosa
Candaya, 176 págs.

El escritor mexicano Eduardo Ruiz Sosa, una de las voces más destacadas de la literatura hispanoamericana actual, firma en *Cuántos de los tuyos han muerto* (2019) uno de los mejores libros de relatos de los últimos años y, para el tema que nos ocupa, una de las obras de ficción más sobresalientes sobre la muerte –un tema complejo de presentar con acierto y originalidad en cualquier género, pero especialmente en la narrativa–. Ruiz Sosa estira la sensibilidad de su prosa más lejos que nunca para contarnos cómo afecta el final del camino, en sus muchas variantes –desapariciones, violencia, recuerdos– a quienes se quedan. Los relatos de este conjunto aúnan crudeza y lirismo, invitan a aceptar la inexorabilidad del óbito, presentan la muerte como experiencia natural que en realidad es.



Seréis como dioses

Gustave Thibon
Didaskalos, 143 págs.

Hace seis décadas –podría haber sido ayer mismo y el contenido del libro no necesitaría modificación alguna– el destacado filósofo francés Gustave Thibon publica *Seréis como dioses* (1959), un ensayo breve en clave dramática sobre las consecuencias de alcanzar la inmortalidad. La lectura de esta obra visionaria, tantos años después, no puede ser más pertinente. En plena expansión del poshumanismo y el transhumanismo, con su obsesión por mejorar las capacidades físicas y cognitivas de la especie humana, y ante el deseo popular de eliminar aspectos “molestos” como el sufrimiento, la enfermedad, el envejecimiento y la muerte, la propuesta de Thibon nos enfrenta a una perspectiva muy diferente: la muerte puede ser un castigo –un castigo emocional en cualquier caso transitorio–, pero ¿no es también una promesa de infinitud? Entonces, si rechazamos la muerte, intercambiamos la posibilidad de una vida infinita por una vida ilimitada. Una gran pregunta sobre la que reflexionar: ¿somos capaces de rechazar lo infinito para conformarnos con lo ilimitado? ■



Matar a la muerte: una lectura de *Un mundo feliz*



POR **FERNANDO ARIZA**

El propio Aldous Huxley se mostró sorprendido, treinta años después de publicar *Un mundo feliz*, de lo rápido que se estaban aproximando sus nefastas predicciones de un futuro que él auguraba seis siglos más tarde. Me pregunto qué pensaría ahora, ya bien entrado el siglo XXI: tal vez podría pensar que hemos logrado no ya alcanzar esa sociedad tóxicamente perfecta, sino incluso superarla.

Ilustración | **Auctor Salutis** es seminarista e ilustrador: aceptó el encargo que le hicimos de aportar su particular visión de esa “muerte de la muerte” que preconizó Aldous Huxley en su icónica distopía.

Lo más grave de las predicciones de Huxley es que probablemente más de uno podría leer la novela no como una distopía a evitar, sino como una utopía a la que aspirar. Muchos encontrarán la actitud de los rebeldes excéntrica, fuera de lugar o incluso pernicioso. Quien dude de mis palabras que solo se cuestione cómo se considera hoy en día leer compulsivamente a Shakespeare, mortificar el cuerpo para ensalzar el espíritu, rezar o vivir la castidad como preparación al amor.

Muchas cosas se podrían decir de la actualidad del libro, pero en el contexto de la muerte en el que nos encontramos me gustaría centrarme en el tratamiento del fin de la vida humana que propone el escritor británico. Si existe algo que sobra en una sociedad ideal son la vejez y la muerte.

“Lo más grave de las predicciones de Huxley es más de uno podría leer la novela como una utopía a la que aspirar, y no una distopía a evitar.”

En la novela de Huxley ambas se eliminan de un manotazo. La vejez se retrasa mediante cuidados médicos y estéticos, de tal forma que una persona de cincuenta sigue aparentando la lozanía de los veinte y cuando la ciencia no llega a más, se elimina la decadencia física eliminando la vida. El desarrollo funerario es tal que las incineradoras extraen todos los elementos químicos del cadáver (fósforo, calcio, magnesio...) para su reaprovechamiento por parte de la comunidad. Nada se tira.

Pero en ese mundo se dan cuenta de que no es suficiente con eliminar la muerte física de la sociedad, también hay que eliminar su memoria: el sentimiento de pérdida, la pena por las despedidas... El duelo, en definitiva. Para ello, parte de la educación implica que los niños pasen “dos mañanas cada semana en un Hospital de Moribundos donde encuentran los mejores juguetes y se les obsequia con chocolate los días que hay

defunción”, de tal modo que desaparezca de su cabeza cualquier sentimiento de dolor ante la pérdida de los seres queridos.

Sería interesante, y dejo la respuesta al lector, considerar hasta qué punto nos acercamos a esa sociedad en la que no queremos ser ancianos, ni verlos en la calle o en casa, así como evitamos la enfermedad o el dolor, transformamos la muerte y el velatorio en la asepsia de los tanatorios y camuflamos el entierro con una limpia incineración, que además es más barata. De funerales mejor ni hablamos.

A simple vista diríamos que este proceso de eliminación de lo mortuorio atiende a una natural tendencia de disfrutar de la vida. Como se dice en la novela de Huxley, trasladar “el énfasis de la verdad y la belleza a la comodidad y la felicidad”, o, si se quiere, el más castizo “el muerto al hoyo y el vivo al bollo”. Sin embargo, me temo que hay una intencionalidad detrás de tanto maquillaje.

El filósofo Byung-Chul Han defiende en *La desaparición de los rituales* la necesidad de los ritos de paso para cohesionar la comunidad y dotar de sentido al individuo. El paso más importante es el último, tanto para el individuo como para sus seres cercanos. Si eliminamos ese paso, si matamos la muerte, corremos el riesgo de perder el vínculo entre nosotros y el sentido de la trascendencia. Nos convertimos en seres aislados, sin raíces, al albur del viento que sople con más fuerza.

“Si matamos la muerte corremos el riesgo de perder el vínculo entre nosotros y el sentido de la trascendencia.”

Bajo el argumento de eliminar a la muerte de todo sentimiento trágico y doloroso hay toda una reestructuración antropológica. Esquivar la muerte es esquivar la vida, y aunque suene muy unamuniano creo que muestra una intención de terminar con el ser humano tal y como lo conocemos.



Eliminar el dolor de la pérdida es un proceso que comienza eliminando a los ancianos de nuestra vista (muchas veces segregados en guetos que llamamos residencias) y termina con eliminar directamente a los mayores, algo que ya es legal en España. La eutanasia se defiende como un método para acabar con el sufrimiento, pero en realidad es un mecanismo para acabar con la muerte. Nadie en su sano juicio propone acabar gratuitamente con la vida de un ser humano. El objetivo es acabar con sus limitaciones (vejez y enfermedad) por el método más sencillo, cortar por lo sano que se diría.

Si hubiera manera de acabar con la decadencia física sin recurrir al homicidio se aplicaría, y por ahí van los tiros en cuanto a investigación médica. El hipotético resultado: la eternidad, el transhumanismo, el *Homo deus*, o como queramos llamarlo. Aplicar la eutanasia a la muerte, en definitiva. El problema está en que terminar con la muerte también implica acabar con nuestra naturaleza: por eso digo que hay una intención de reestructurar nuestra antropología. Lo que se elimina con la muerte es en realidad la vida, pues una no puede existir sin la otra.

Voy a explicarlo con un ejemplo: el tercer episodio de la segunda temporada de la serie *Love, Death & Robots*, titulado *Pop Squad*, describe una humanidad que ha alcanzado la eternidad biológica. Todo el mundo se mantiene en la década ideal de los treinta años, para siempre. Pero todo avance conlleva un precio, y en este caso es la prohibición de tener hijos, pues no caben más humanos sobre la Tierra. Los niños se convierten en la mayor amenaza contra la sociedad y hay que eliminarlos.

“Contra esa nueva humanidad deshumanizada, John “el salvaje”, hace toda una declaración de intenciones.

La desnaturalización del ser humano es un proceso en marcha. Tal vez detalles como no velar a nuestros seres queridos, u olvidar sus cenizas en el crematorio puedan resultar baladíes, pero es un síntoma de que nos estamos transformando en algo diferente. De nosotros dependerá que cunda o no. Contra esa nueva humanidad deshumanizada, el protagonista de *Un mundo feliz*, John “el salvaje”, hace toda una declaración de intenciones: “Yo quiero a Dios, quiero poesía, quiero peligro real, quiero libertad, quiero bondad, quiero pecado”. ■



Tenga usted éxito en su muerte

POR JORGE SOLEY

Fabrice Hadjadj se atreve con todo. ¿También con los libros de autoayuda? El titulado *Tenga usted éxito en su muerte* así parece indicarlo. Pero claro, autoayuda al estilo Hadjadj, es decir, observando la realidad con atención y saliéndose siempre del camino trillado. Un libro de autoayuda diferente hasta la médula, como anuncia su autor desde las primeras páginas:

“A mi juicio, reducir las cuestiones esenciales a problemas de modo de empleo, como si el alma fuera una lavadora, es una acusación no menos grave que la de incitar al suicidio”. Por eso Hadjadj advierte: “Este libro se esforzará en invitar seriamente al lector a echarse a perder por completo en lo que

parecerá, a los ojos poco perspicaces, solo un lamentable fracaso... ¿no es acaso abrirse a la gracia reconocer que por nosotros mismos siempre somos unos fracasados? ¿Y abrirse a la gracia hasta ser desgarrado por ella no es, a los ojos del mundo, fracasar completamente?”

Es decir, el éxito reside en fracasar. Acusarán a Hadjadj de que es capaz de cualquier cosa por conseguir una buena paradoja. Ya lo hicieron con Chesterton. Pero no es algo nuevo, sino que viene ya de un Maestro que recorrió Israel hace dos milenios. Hadjadj no hace más que decir lo mismo, eso sí, a su estilo: “Echar a perder completamente la vida es abrirse a la esperanza de tener éxito al menos en la muerte”.

En una sociedad que prefiere evitar pensar en la muerte, la propuesta de Hadjadj es no distraerse con chuminadas y pensar en ella... para darse cuenta de su bondad:

“La muerte, por amarga que sea, se convierte en la última misericordia. Nos arranca la máscara, nos revela la falsedad en la que nos arrellanamos, nos tiende una última mano para que no nos hundamos del todo en la mentira y la frivolidad... Lo morboso es no pensar nunca en la muerte. Nos atolondramos, nos conformamos con pequeños placeres mezquinos, nos velamos el rostro y eso es ya un sudario alrededor de nuestra cabeza”

“Echar a perder completamente la vida es abrirse a la esperanza de tener éxito al menos en la muerte”

Porque en realidad, pensar, hablar, fijarse en la muerte, es pensar, hablar, fijarse en la vida. La muerte nos revela qué tipo de vida vivimos. Por eso, cuando expulsamos a la muerte de nuestra ecuación vital, estamos socavando nuestra misma humanidad:

“El morir esencialmente tiene lugar ya, desde ahora, porque yo no puedo vivir sin proyectarme hacia ese futuro que mi espíritu hace presente de golpe. No hacer esa proyección, calarse la visera para no ver más que el instante, es derogar la propia humanidad. El tiempo solo es humano si se abre hasta la tumba”

¿Y qué me dices del miedo a la muerte, ese que la humanidad siempre ha intentado conjurar? Pues que es muy saludable: “Solo se siente miedo por lo que se ama. El que no tiene miedo de nada pone de manifiesto

que no ama nada. El miedo a la muerte es, pues, un signo de salud: prueba de que se ama la vida o de que la vida es amable”.

Otra paradoja: “La gente muere porque no tiene nada por lo que morir. Se dan muerte porque no se les propone una Verdad a la que entregar sus vidas”. A fin de cuentas, la muerte es la medida de la vida. Hadjadj lo expresa así: “En realidad mi libro sobre la muerte es un libro sobre la alegría. ¿Hay una alegría capaz de asumir, de soportar la muerte?”

Los antiguos no tenían problemas para integrar la muerte en sus vidas... a diferencia de nosotros:

“Mientras que las llamadas sociedades primitivas se organizan alrededor de rituales que integran incesantemente la muerte en la vida, nuestra llamada sociedad civilizada se esfuerza por no pensar en ella, y regresa por tanto el tiempo anterior a lo primitivo”

¿Quién es ahora el civilizado y quién el hombre de las cavernas? Hadjadj lo tiene claro: “El hombre de las cavernas tiene pinta de ‘gentleman’ al lado del hombre moderno: reverenciaba a los muertos y se inquietaba por el más allá”.

Nosotros, en cambio, corremos y nos afanamos como pollos sin cabeza. Huimos... y obsequiamos a Hadjadj con una nueva paradoja que se hace realidad diariamente ante nuestros ojos y nos da una clave para comprender el mundo que habitamos: “Huir de la muerte produce una cultura de la muerte, acoger la muerte engendra una cultura de la vida”. Abundando en esta idea, nuestro autor nos deja esta perla: “La negación de la muerte implica una negación de la vida. El deseo de una vida siempre color de rosa conduce a la más negra de las destrucciones”.

Así pues, ¿en qué consiste nuestra fuga?

“Nuestra huida se ajusta a una triple estrategia: nos mantenemos apartados de los moribundos de verdad, multiplicamos la visión de las muertes ficticias y destilamos la utopía de una inmortalidad terrestre. El moribundo no se considera ya como un viviente y el viejo no tiene carta de ciudadanía más que si se comporta como un joven. Un amante de los suplicios chinos quedaría deslumbrado ante este suplicio tan europeo: educamos a un ser en el olvido de su propia muerte y de pronto, cuando esa muerte se acerca, lo abandonamos a su suerte y observamos la espantosa confusión en que se debate nuestro conejo de indias. ¿Cómo no nos iba a pedir que lo matemos inmediatamente? Con nuestra cortesía habitual no dejaremos de hacerlo, seguros de responder así a los requerimientos de la dignidad humana”

“En realidad mi libro sobre la muerte es un libro sobre la alegría. ¿Hay una alegría capaz de asumir, de soportar la muerte?”

Pero no satisfechos, vamos aún más allá: “Esta ocultación no sería lo bastante eficaz si no fuera acompañada de una banalización... Para ignorar algo a fondo no basta solamente con ignorarlo, es preciso, además, creer que lo conocemos muy bien”. Y así aparece el pedante moderno, ese que con autosuficiencia impostada nos asegura que está demostrado científicamente que la muerte conduce a la nada. “Son personas crédulas. Y tienen miedo”, observa Hadjadj.

“Temen la inmortalidad del alma. Pretenden que los hombres han inventado la inmortalidad por terror al aniquilamiento. Aventuran incluso que la religión es un tapagujeros, un opio, una

compensación imaginaria de ignorantes frustrados. Hacen además de esta tesis suya una religión muy intolerante, con su dogmatismo a la inversa. Se ve que se ponen nerviosos, que intentan escaquearse, protegerse de algo. Lo que es una compensación imaginaria es la nada, puesto que, por definición, la nada no es. Lo que es un tapagujeros definitivo es su afirmación de una losa que no se abre a ninguna resurrección posible”

Porque a fin de cuentas, la muerte nos pone, nos guste o no, frente a nuestro destino, para el que Dios nos creó. Apartar este hecho de nuestras cavilaciones no es algo neutro e irrelevante:

“Quien pretende haber acabado con Dios no hace más que remedar los viejos ídolos: el dinero, la voluptuosidad, los honores, el Yo... en fin, se pone a divinizar las nadas. Solo escapamos de lo teológico saliendo de lo lógico. Solo escapamos de lo divino renunciando a lo humano”

Esta apertura a Dios tiene que ver con nuestro intelecto, sí, pero también con nuestra más honda experiencia vital:

“Deseo la felicidad, pero mi muerte y mi impotencia me muestran que yo no podría procurármela por mí mismo: tengo que esperarla de otro. Y ese otro no puede ser solamente otro hombre, tan limitado y falible como yo”

Ponerse en manos de ese Otro, abandonarse confiadamente a Él, como un niño en brazos de sus padres, es lo único que nos asegura ese éxito en la muerte con el que habíamos empezado. ¿No resulta evidente que la conexión entre Hadjadj y santa Teresa de Lisieux va más allá de compartir patria terrenal? ■

El don de los hombres

La muerte en la mitología de J.R.R. Tolkien



POR **DIEGO BLANCO ALBAROVA**

En ocasiones, la vida puede resultar tan difícil de entender, tan solitaria y cruel como la muerte. Es en esos momentos cuando, a menudo y casi sin darnos cuenta, recurrimos a la ficción en busca de consuelo. Los grandes relatos no juzgan a nadie, siempre están ahí, y no es difícil encontrar en ellos el elemento narrativo especial y único, terapéutico incluso, que sabe cómo ayudarnos. Me gusta decir que los relatos, tengan forma de libro, cómic, película o serie de televisión, son (o al menos eran, antes de la obligatoriedad de contar con propaganda *woke* en su contenido) pequeñas unidades de sentido.

¿Por qué? Porque en ellos, todo cuadra. El final de un relato bien concebido une todos los flecos sueltos, responde a todas las preguntas que plantea la trama, resuelve todas las incógnitas y culmina magistralmente todo el trabajo que el autor, por medio del argumento ha llevado a cabo con el protagonista, a saber: desvelar la mentira en la que cree, darle lo que quiere, hacerle ver que haber conseguido lo que quería no

le ha curado de los síntomas de su mentira, descubrirle lo que en realidad necesita, quitarle la mentira en la que cree haciéndole conseguir aquello que necesita en realidad y, como premio, regalarle lo que quería desde el principio, pero esta vez, lleno de sentido. No está mal para una estructura en tres actos.

Esto es lo maravilloso de un relato bien concebido. Que al final, uno comprende por qué el protagonista ha tenido que sufrir. Por qué era necesario que atravesase ese desierto sin agua, por qué era importante que se perdiera en aquel bosque, por qué tuvo que enfrentarse a aquel dragón mucho más poderoso que él. En los relatos bien escritos intuimos la mano del autor llevando a sus personajes a ese límite donde ellos nunca quisieron llegar, no por sadismo sino todo lo contrario; por un genuino amor por ellos y con el único fin de ir preparando el terreno para que la victoria final pueda dejar a todos, lectores y protagonista, con la boca abierta.

Era imposible pero salió bien. Tenía sentido, sí. Sufrir tenía sentido.

Ilustración | **Guillermo Altarriba**, redactor de *La Antorcha* e ilustrador, busca plasmar en esta pieza algo de la genial intuición de Tolkien: el regalo de Ilúvatar.

Tolkien siempre entendió así la fantasía. Nunca la consideró como un mero escapismo sin sentido, sino como una especie de lente con la que mirar la realidad cotidiana para poderla comprender mejor. Una lente útil para proporcionar una perspectiva narrativa sobre las experiencias cotidianas y ayudar a encontrar significados en la vida y respuestas a nuestras preguntas. Y también, por qué no, para otorgar una visión nueva sobre el papel que a cada cual le ha tocado representar en el gran teatro del mundo. La literatura fantástica, al narrar la irrupción de lo extraordinario en la vida cotidiana, nos ayuda a vivir lo corriente desde el asombro, volviéndonos felizmente chestertonianos y proporcionándonos así la única motivación necesaria del día a día: un sentido a las cosas que nos ocurren. Nuestra vida tiene sentido, de igual manera que lo tiene ese relato. Todo cuadra, porque el Autor, esta vez con mayúscula, no nos trata con sadismo sino todo lo contrario, con un genuino amor por nosotros.

Todo cuadra. Y la muerte, por supuesto, también. Ahondando en el sentido profundo de la obra del viejo profesor de Oxford, nos encontramos con que en sus escritos, aborda especialmente el tema de la muerte, que para él representa el fundamento de su *legendarium*. En 1968, Tolkien afirmó para la BBC: «Si realmente se medita sobre cualquier gran historia que interesa a la gente, que capta su atención durante un tiempo considerable (...) es siempre sobre un tema, ¿verdad? La muerte. La inevitabilidad de la muerte».

Y no es difícil imaginar por qué capta la atención de todo el mundo. En esta búsqueda de sentido en la que vivimos inmersos ocupa el primer lugar, por encima de cualquier otra cosa, el intento de comprender por qué nuestros días tienen que terminar en una destrucción total. Por qué es necesario desaparecer y desprendernos brutalmente de todo afán, de todo afecto, de toda emoción, de todo atisbo de existencia.

Y aquí, en el centro mismo del dilema acerca del sentido de la vida y de la muerte es donde aparece el Tolkien más católico y, por tanto, el Tolkien más genial.

Solo a alguien con la capacidad de crear (subcrear, para los puristas) un mundo cuya mitología principal parte del relato de la caída del ángel más bello de los que rodeaban a un Dios único, se le ocurriría algo así. Solo alguien capaz de esparcir la semilla escondida del Evangelio por todo un mundo de fantasía tan minucioso, coherente y bello como un encaje de bolillos, podría concebir algo semejante. Solo alguien tan genial, en definitiva, como el viejo profesor de Oxford, tendría la finura teológica suficiente y la majestuosidad mitológica necesaria como para presentar la muerte como un don, un regalo preciosísimo, y no como el destino funesto, cruel e incomprensible con el que cada cual tendrá que acabar lidiando, más tarde o más temprano.

“ Solo alguien tan genial, como el viejo profesor de Oxford, tendría la finura teológica suficiente y la majestuosidad mitológica necesaria como para presentar la muerte como un don, un regalo preciosísimo, y no como el destino funesto, cruel e incomprensible con el que cada cual tendrá que acabar lidiando

Los ojos con los que Tolkien contempla la realidad son diferentes a los nuestros. Desde su mirada, la muerte es el regalo con el que Ilúvatar, el dios único, ha agasajado a la raza de los hombres honrándola con ello muy por encima del resto de razas que pueblan la Tierra Media. Y es un regalo no solo porque por su medio los hombres han quedado liberados de la carga de la extrema y melancólica longevidad de los elfos, sino porque al dotarlos de un final, o mejor, de un momento determinado por el dios único para cruzar el umbral del cielo, les ha dado el mejor de los regalos: la posibilidad de equivocarse sin que ello suponga la condenación eterna.

En efecto, los seres inmortales, al no estar sujetos al tiempo, si en la libertad con la que han sido dotados por su creador deciden hacer el mal no tienen posibilidad de redención porque al ser eternos, su mal también lo es. Esta es la razón por la que Lucifer no tiene posibilidad de redención: al ser eterno, todos sus pecados son eternos, no están sujetos al tiempo y por tanto duran para siempre, no son redimibles.

Sin embargo, la raza de los hombres de la Tierra Media, al igual que usted y yo, al ser dotados de fecha de caducidad, tenemos la posibilidad de ser redimidos porque nuestros pecados, nuestros errores y nuestras faltas no son eternos. Tienen también fecha de caducidad. Por eso fue tan importante que hace dos mil años, el Autor de nuestra historia se hiciera personaje y, abandonando la eternidad de la que gozaba por derecho propio *entrara en escena, entrara en el tiempo para redimirnos dentro del tiempo*, dentro de la finitud, de nuestro inevitable encuentro con el umbral hacia el otro lado.

Nos encontramos así con que la muerte es lo único que nos hace capaces de ser perdonados. Este es el regalo de Dios, el don de Ilúvatar: la muerte. Gracias a ella podemos ser redimidos, de hecho, es por medio de ella que fuimos realmente redimidos. Si fuéramos eternos, nuestros pecados serían eternos y cualquier mal que hiciéramos se perpetuaría también en la eternidad. Pero somos mortales y la muerte, por tanto, nos otorga el derecho a equivocarnos, ya que sobre la base de este derecho, ha actuado la justicia del Redentor.

“ La muerte es lo único que nos hace capaces de ser perdonados. Este es el regalo de Dios, el don de Ilúvatar: la muerte. Gracias a ella podemos ser redimidos, de hecho, es por medio de ella que fuimos realmente redimidos.

Ni Lucifer, ni Morgoth, ni Sauron, ni los Balrogs, ni el resto de *ángeles, tronos, dominaciones, principados o potestades* mayores y menores que eligieron, en su libertad, caer con ellos pueden ser redimidos. Son y serán

eternamente malvados, por mucho que las series y películas en las que se han encarnado en forma de trol, vampiro, ogro, bruja u hombre lobo estén decididas a redimirlos al mostrármolos como los buenos y convirtiéndolos en los nuevos héroes de nuestros hijos, haciéndonos dudar así del amor y la bondad del que los expulsó del cielo.

Quedaría una última duda dentro de un inmenso océano de incertidumbres. Si Tolkien era tan católico, ¿por qué parece contradecir la doctrina? *Dios no hizo la muerte. La muerte entró en el mundo por envidia del diablo* (cf Sb 1,13. 2,24). ¿Cómo transformar un mal diabólico en un regalo del Creador puede considerarse católico?

Párese a pensar un segundo, querido lector. ¿No fue precisamente eso lo que hizo Jesús en la cruz? ¿Convertir un mal diabólico, la muerte, en el mayor regalo que hemos podido recibir: la redención gratuita y amorosa de todos y cada uno de nuestros pecados, males y faltas, por medio de la misma muerte? Como dice Raymond Tuna, un autor tan desconocido como brillante: «es la muerte *como problema* la que entró por obra del diablo. Antes de la caída, la muerte era similar a dar un paseo una tarde de primavera para visitar a un amigo querido con el que estabas deseando encontrarte».

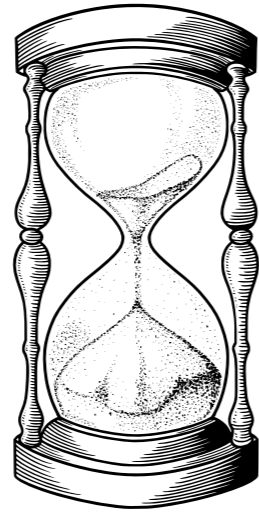
“ ¿No fue precisamente eso lo que hizo Jesús en la Cruz? ¿Convertir la muerte en el mayor regalo que hemos podido recibir: la redención gratuita y amorosa de todos y cada uno de nuestros pecados por medio de la misma muerte?

Solo si aprendemos a mirar nuestra vida, nuestra historia, a través de los ojos de su Autor, comprenderemos el sentido de todo lo que nos pasa, lo bueno y lo malo. Si miramos con sus ojos afrontaremos con ánimo el amanecer, no nos asustaremos cuando oscurezca y miraremos la muerte como lo que es en realidad, un regalo. El don con el que Dios nos ha obsequiado, la invitación a pasar con Él y con todos nuestros seres queridos una eterna tarde de primavera. ■

Temor a la muerte



POR **JUAN ARANA**



Vivimos unos tiempos tan descristianizados que, poco a poco, se han ido borrando las referencias a la trascendencia que antes eran obligadas —incluso entre descreídos— a la hora de responder a las grandes preguntas y afrontar los hitos decisivos de la existencia. Pero no escribo estas líneas para meterme con la planitud del mundo de hoy. Soy cristiano y mi convicción es que lo religioso tiene raíces suficientemente hondas como para burlar el ninguneo a que pretendemos someterlo. Veamos —si no— qué pasa con el tema de la muerte. Asunto sin lugar a dudas insoslayable. El tópico de más corriente circulación en la actualidad consiste en aseverar: “Yo no le tengo miedo a la muerte, solo me inquieta cómo vaya a morirme...” A continuación es de rigor declarar que se prefiere acabar de repente, con un buen síncope, en lugar de penar días y meses en la cama de un hospital, o sufriendo y haciendo sufrir a los allegados. Sorprende que tales proclamas no sean privativas de ateos y agnósticos. Muchos de comunión diaria también las frecuentan. Por otra parte, llegar a ese convencimiento no es síntoma de clarividencia, sino de falta de imaginación. Que se sepa, los muertos no sienten ni padecen, así que ¿a qué preocuparse por acabar siendo uno de ellos? No obstante, siempre queda un

último resquemor, y de ahí la insistencia de muchos a ser incinerados lo antes posible: la insensibilidad del cadáver es bastante segura, pero la del montoncito de cenizas resulta aún más persuasiva. En cambio, ver venir la muerte —y no de lejos— es algo que impresiona al más pintado, sentimiento acrecentado últimamente por la histeria que produce el dolor y la grima que suscita depender del prójimo. Antes las cosas eran de otra manera: lo normal era no temer tanto a los estertores ni a que manos ajenas tuvieran que limpiarnos el trasero llegado el momento. Al fin y al cabo, ¿no habíamos empezado de la misma manera? Devolvíamos a nuestros padres los servicios que nos habían procurado al nacer, y adelantábamos a los hijos los que la piedad filial motivaría más tarde. Ahora mismo ese toma y daca también anda descabalado.

El caso es que el estoicismo de antaño no era una pose ni una conquista; era algo más o menos connatural. En mi pueblo se contaba la anécdota de un paisano que quiso visitar a su amigo cuando ya estaba en las últimas. Aleccionado por la familia para que abreviase, no se le ocurrió mejor cosa que gritar desde la puerta de la habitación donde jadeaba el doliente: “¿Qué tal Paco? ¿S’agoniza?!” Penar antes de estirar la pata era lo suyo. Y aunque fuera

mucha la congoja, tampoco desmoralizaba: para el alma popular los horizontes del sufrimiento eran limitados: incluso los más grandes dolores se amortiguaban al volverse crónicos. Pero, como ahora nos los disimulan con analgésicos, no hay forma de acostumbrarse...

“ Los más grandes dolores se amortiguaban al volverse crónicos. Pero, como ahora nos los disimulan con analgésicos, no hay forma de acostumbrarse...”

Se dice que los beduinos del desierto obsequian a sus visitantes con tres tazas de té: la primera amarga como la vida, la segunda agrídulce como el amor y la tercera dulce como la muerte. Es un epítome de sabiduría que cuadra con el fatalismo del hombre antiguo. Pero la dulzura de la muerte fue siempre más una esperanza que una certidumbre. Seguros eran los sufrimientos del más acá; lidiar con ellos no planteaba mayor problema. Lo desazonante era el más allá. O sea: que la muerte misma (en sí misma dulcísima tras tantos trajines) no fuera morada, sino puerta. En tal caso, ¿a dónde daba? Si a la sazón era grande la capacidad de aguantar padecimientos, nada ponía freno a la facultad de imaginar otros aún mayores. Y ahí estaba la clave de lo que la religión aportaba: no eliminar el temor al real y consabido dolor *premortem*, ni tampoco al posible y desconocido *postmortem*, sino otorgar sentido a uno y otro. El pecador empedernido se ilusionaba con la esperanza de que las penurias finales algo redimieran los desmadres precedentes; al que había padecido por la justicia poco le importaba ya poner la guinda al pastel del sufrimiento.

¿Cuál es el problema ahora? Que persistimos en el empeño de concebir una dulce muerte nihilista, rellena de nada hasta los bordes. Pero, ¿quién nos garantiza que así será, en efecto? Jorge Luis Borges

no era hombre particularmente piadoso. Una vida sentimental desgraciada lo llevó a considerar la posibilidad de acabar de una vez por todas... Pero ahí empezó a descreer de su descreimiento: “La puerta del suicida está abierta, pero los teólogos afirman que en la sombra ulterior del otro reino estaré yo, esperándome”. ¿Y si fuera verdad? Alguien le preguntó más tarde por qué no había llegado a tomar la fatal decisión. Le respondió: “Por pura cobardía...”

“ Persistimos en el empeño de concebir una dulce muerte nihilista, rellena de nada hasta los bordes.”

En *Al fin y al cabo*, un magnífico libro sobre la muerte, Francisco Soler sostiene que la creencia en la inmortalidad no es en modo alguno lenitivo, sino más bien estímulo. Se equivocan de medio a medio quienes piensan que el más allá es un invento de los curas para otorgar alivio a los creyentes y distraerlos de lo que en verdad debiera importarles: la vida. Muy al contrario: los que compartimos esa creencia la vemos como una llamada al orden, un poner los pies en el suelo, un aviso a caminantes. Para el que no cree, todos los momentos de la vida son en definitiva irrelevantes: hagas lo que hagas acabarás de igual manera. En cambio, el creyente considera que cada instante, de alguna manera, es eterno, no solo porque puede ser el último, sino porque en cualquiera de ellos uno se la juega. A lo sumo, la religión consuela de la muerte de los demás, porque creemos o queremos creer en su bondad o en su arrepentimiento. Pero, por lo que se refiere a nuestra propia muerte, lo que la religión aporta es discernimiento de su importancia. En definitiva, nadie teme a la muerte, pero a todos nos asusta y mucho lo que hay detrás: la nada según unos; el encuentro cara a cara con el destino según otros. La ventaja que tenemos los cristianos es saber que a quien tenemos que rendir cuentas es a nuestro Padre... ■

Arte en el umbral

Sea con pincel, gubia o cincel, la muerte ha fascinado a artistas de todas las épocas, desde los imponentes mausoleos de la Antigüedad a las *vanitas* barrocas o el cine posapocalíptico. En este número, hemos invitado a seis curadores a que elijan la obra de arte sobre la muerte que más les ha impactado y traten de explicar por qué. Esta es su selección:



1. Cristo crucificado - Diego Velázquez (Hacia 1632)

Aunque pocos lo saben, del costado del Cristo de Velázquez mana sangre y agua: es decir, se acaba de constatar su muerte. Pero a través de la perfección de su cuerpo, de la serenidad y belleza estética, hay aquí una promesa de resurrección.

La muerte es transitoria para un cristiano, y esta pintura ha venido a proclamarlo.

Jaime García-Máiquez es historiador del arte y poeta. Trabaja como investigador en el Gabinete de Documentación Técnica del Área de Restauración del Museo del Prado y ha escrito -entre otros- los poemarios *Vivir al día* y *Otro cantar*.



2. Sepulcro de Juan II e Isabel de Portugal - Gil de Siloé (1489 - 1493)

La escultura funeraria es una de las expresiones más significativas del arte bajomedieval, pues nos desvela la concepción del hombre sobre la vida y la muerte y cómo quería ser recordado en la posteridad. Así lo apreciamos en el monumento de Juan II y doña Isabel de Portugal, realizado por Gil de Siloé entre 1489 y 1493 para centralizar el presbiterio de la Cartuja de Miraflores (Burgos).

Isabella Católica encargó para sus padres un conjunto de alabastro, con forma estrellada, sin precedentes hasta entonces. Al retrato de los yacentes, con atributos iconográficos propios del poder y la piedad, Gil de Siloé sumó un zócalo de riquísimo repertorio: cartujos en perpetua oración por los finados;

escenas de Antiguo y Nuevo Testamento en relación con la muerte y la resurrección; reyes del pueblo de Israel -Salomón, David y Esther- como modelo a seguir por los reyes castellanos; personificación de las virtudes teologales y cardinales vividas por Juan II y por su esposa y emblemas heráldicos que denotan su pertenencia a un linaje. El escultor, con gran pericia técnica, trasciende las formas, convirtiendo su obra en documento histórico y en imagen para la eternidad.

María Rodríguez Velasco es doctora en Historia del Arte y profesora en la Universidad CEU San Pablo. Es especialista en arte medieval e iconografía religiosa.



3. 'In Ictu Oculi' y 'Finis Gloriarum Mundi' - Juan de Valdés Leal
(1670-1672)

El pintor sevillano Juan de Valdés Leal es el autor de los *Jeroglíficos de las Postrimerías* encargados por D. Miguel de Mañara, fundador del Hospital de la Santa Caridad, donde se encuentran en el coro de la iglesia. En modo alegórico, se expresan las realidades últimas después de la vida: muerte, juicio, purgatorio, infierno y gloria, a través de dos imágenes concretas: *In Ictu Oculi* (En un abrir y cerrar de ojos) y *Finis Gloriarum Mundi* (Fin de la gloria del mundo) realizadas entre 1670-1672.

De esta manera, ambas composiciones pictóricas aluden al desengaño y la vanidad de todo lo que nos ocupa en el mundo, y al exponer la verdad de la muerte, señalan

crudamente nuestra incapacidad de poder llevar tras ella, el conocimiento, los honores, las posesiones o riquezas. Desde el rey al obispo, el conjunto de la sociedad es apelada en estas impactantes pinturas barrocas. Sin embargo, esta meditación continúa en la iglesia con las *Obras de Misericordia* representadas por Bartolomé Esteban Murillo en varias pinturas, que señalan al espectador otra verdad: que el amor a Dios y al prójimo sí perdurará.

Sirga de la Pisa es doctora en Historia del Arte y profesora en la Universidad CEU San Pablo. Ha trabajado como restauradora de pintura antigua y contemporánea.



4. Padres dolientes - Käthe Kollwitz
(1932)

Lo que produce la muerte de un ser querido, esa suma vulnerabilidad vulnerada, ese áspero aislamiento de sentirse abandonado, esa absoluta incapacidad de comunicarse y ese silencio aterrador, lo encuentro plasmado de modo insuperable en la gélida petrificación de unos padres ante la muerte prematura de su hijo.

Son las impactantes estatuas de la escultora Käthe Kollwitz (1867-1945) y de su marido, *Padres en duelo* (1932), en el cementerio militar alemán de Vladslo en Bélgica, frente a la tumba de su hijo Peter, caído lejos de su patria en 1914, pocos meses después de estallar la Primera Guerra Mundial. Este hecho marcó toda la obra de la artista y la convirtió en pacifista: "Hay en nuestras vidas una herida que nunca se curará. Tampoco tiene por qué curarse". El silencio de sus obras es más estridente que el grito de desesperación lanzado al cielo: ¿Por qué?

Estos padres quedan sin abrazo tras una muerte que los distanció: incapaces de abrazarse, cada uno encarcelado en su burbuja, reaccionan de modo diferente. Él ha cruzado los brazos y los aprieta en un gesto crispado, en un ridículo abrazo de sí mismo, como si intentara entrar en calor. Su rostro se ha cerrado igualmente, en una actitud disuasiva para todo quien quisiera dirigirle la palabra: encerrado en sí mismo, no deja entrar a nadie.

Ella misma, envuelta en un manto más desgarrador que protector, se inclina bajo el peso de la aflicción, expresando un duelo más interior y emotivo, pero igualmente encerrada en sí misma, en su propia isla de infernal e incurable agonía.

La muerte los puso de rodillas, sumisos y derrotados, como si solo esperaran la salva del pelotón que los libraría de ese dolor para el cual nadie está hecho. Como esfinges crispadas, como guardianes atormentados y sin heroísmo alguno, envueltos (¡como si el duelo no fuera suficiente!) en la capa de la vergüenza, vigilan un desolado cementerio alemán en Bélgica, el de los perdedores, no lejos de cementerios similares de los aliados, tristes testigos de guerras inexcusables. Hacen presente a los pobres supervivientes, abandonados por sus muertos, ausencias que ya no gritan, cuerpos que ya no se dejan abrazar.

Bert Daelemans es sacerdote jesuita, teólogo y poeta. Ha escrito, entre otros, *La vulnerabilidad en el arte*, *La fuerza de lo débil* o el poemario *El susurro de los pétalos*, con Cristina Almodóvar. Impulsa la iniciativa "Orar con el arte".



5. **¿Vida? ¿O teatro? - Charlotte Salomon**
(1940-1942)

Charlotte Solomon, asesinada en Auschwitz cuando estaba embarazada de cinco meses, reflejó toda su vida, incluido el dolor y las preguntas que afloraron en ella tras el suicidio de varios de sus familiares, en la monumental obra *¿Vida? ¿O teatro?*. En este dibujo reflexiona sobre la muerte de su madre y de su abuela (ambas se suicidaron) y su subida al cielo, donde se puede apreciar la comunión de los santos.

Sin embargo, su reflexión no es solo individual: el arte se convierte en ella en

herramienta fundamental para combatir la crudeza de la vida, para constatar su existencia en un mundo en el que habían caído los valores humanos fundamentales; habían desaparecido la bondad y la cordura, y la crueldad se enarbolaba en nombre de una ideología política.

María Serrano es periodista. Ha trabajado en medios como *La Razón* o *Telva*; actualmente es responsable de la sección de Cultura del diario *El Debate*.



6. **'Girasoles' y 'Campo de trigo con cipreses' - Vincent Van Gogh**
(1887 y 1889)

Los cuadros de Van Gogh donde predominan el amarillo y los cipreses me evocan ese sentimiento del ocaso de la vida y de la muerte. El ciprés es símbolo de la muerte: son los árboles de los cementerios por excelencia, y está la idea de que desde sus raíces hasta su alta copa (o punta) hacen viajar a las almas de los difuntos hasta el cielo.

Van Gogh tuvo una vida bastante trágica. Su condición maniática y obsesiva se transformó en una bipolaridad, y esto le llevó a serios episodios de esquizofrenia. Por ello, nunca pudo formar parte de un grupo de artistas, ni crear amistades o relaciones laborales para sacar adelante su obra. No le era fácil vender cuadros, a pesar de ser el hermano de un conocido galerista y marchante.

La falta de amistades, sus desamores y el poco negocio empeoraron su salud mental; pasó a ser una persona muy solitaria. Él mismo dijo que pintaba para mantenerse vivo. Pintaba compulsivamente, era la actividad donde volvía a la lucidez. Le gustaba mirar el cielo y los paisajes para pasar el tiempo y pintarlo después.

Van Gogh acabó suicidándose. Se disparó, y murió tres días después. Sus pinturas no fueron suficientes para mantenerlo lúcido y vivo. La salud mental acabó con él.

Hay quien dice que los medicamentos que tomaba distorsionaban su percepción cromática, lo cual explicaría el insistente uso del amarillo en muchas de sus obras. De hecho, existe la hipótesis de que su obra más amarilla, *Los girasoles*, es en realidad un autorretrato.

En *Campo de trigo con cipreses*, que habita en el Met de Nueva York, veo resumida su trágica vida. Sin embargo, el autor la consideró como una de sus mejores piezas. Para mí representa las ganas de vivir y el esfuerzo por luchar contra uno mismo, contrapuesto a la inevitable muerte de la condición humana. ■

Ana Robledano es historiadora de arte y crítica. Colabora en medios como *Alfa* y *Omega* o *Ars Magazine*, y mantiene el blog *Blue Bow*.



Paso del
Santísimo Cristo
de la Expiración.
Antonio Sánchez
Carrasco

LOS SECRETOS DEL CACHORRO,

EL CRUCIFICADO QUE **NUNCA LLEGA A MORIR**

POR **GUILLERMO ALTARRIBA**

“El Santísimo Cristo de la Expiración es único en el mundo; es un Cristo insuperable”, asegura el sevillano Antonio Puentes Mayor. Filólogo, escritor y guía turístico, Puentes Mayor es también hermano cofrade de la Hermandad del Cachorro y de la Hermandad de San Gonzalo, dos de las más populares de Triana.

De la mano de este experto, descubrimos los secretos de una talla singular, que conmueve a cientos de sevillanos cada Semana Santa y cuya historia oscila entre la leyenda, la tragedia y la gloria.

1

Es la imagen titular de la Hermandad del Cachorro, que procesiona la tarde-noche del Viernes Santo y tiene su sede en la Basílica Menor del Santísimo Cristo de la Expiración. Mide 1,89 metros y fue tallado en 1862 por Francisco Antonio Ruiz Gijón, en madera de cedro real de Flandes.

4

La historia de la Hermandad pasó por etapas de esplendor y de decadencia, especialmente a raíz de las reformas ilustradas en el siglo XVIII. Recuperó su esplendor gracias a la ayuda de mecenas nobles; en el siglo XX contaba entre sus hermanos con famosos como el torero Juan Belmonte o el rockero Silvio.

2

Cuenta la leyenda que Ruiz Gijón no encontraba la inspiración para tallar al Cristo y que una noche, paseando por Triana, se topó con una reyerta a la salida de una venta. El artista de Utrera vio cómo un payo acuchillaba a un gitano –al que apodaban “el cachorro”–, y fue al ver la cara del moribundo cuando se inspiró. Aquel hombre se convertiría en el modelo para retratar el último aliento de Cristo.

5

Hace exactamente 50 años, la iglesia del Cachorro sufrió un incendio que calcinó la imagen de la Virgen y dañó gravemente las piernas y el costado del Cristo. No fue peor gracias a la valentía de Rafael Blanco, un joven que jamás había entrado en el templo, pero que trabajaba enfrente: cuando vio las llamas, no dudó en trepar por la fachada y entrar rompiendo una ventana. “Fue un milagro”, asegura Puentes Mayor. En la restauración costó encontrar la misma madera empleada por Ruiz Gijón, pero se pudo localizar una caja usada para transportar tabaco desde América con la que se realizó el “injerto”.

3

“El término ‘cachorro’ no aparece registrado en la prensa local hasta el siglo XIX”, explica Puentes Mayor, y apunta otras dos posibles explicaciones al nombre popular del Cristo: podría ser una alusión a Judá, que en la Biblia aparece como “cachorro de león”, o podría ser el apodo del hermano más pequeño de una familia gitana, que se parecería físicamente a la escultura.

6

Es el último de los grandes Crucificados del Barroco español, y está construido en base a la proporción áurea: “Como el *Hombre de Vitruvio* –señala el experto–, lo puedes incluir en una circunferencia perfecta”.

ANTONIO PUENTE MAYOR:

“EL NAZARENO TIENE SU PROPIA VÍA DOLOROSA, SIGUE A JESÚS CAMINO DEL CALVARIO”

El colaborador de *El Correo de Andalucía* y autor de libros como *Nazarenos de caramelo*, *40 cuentos de Semana Santa para 40 noches de Cuaresma* o *El pintor de los muertos* reflexiona sobre la espiritualidad del Cachorro y las procesiones.

Más allá de su belleza, ¿qué hace único al Cachorro desde un punto de vista espiritual?

El Santísimo Cristo de la Expiración es la cúspide del Barroco, pero además tiene lo que los expertos llaman “unción”, igual que otras grandes imágenes sevillanas, como la Macarena o el Cristo del Gran Poder. Esto significa que te mueven a devoción, te ponen a rezar. En el caso del Cachorro, es un Cristo en un estado intermedio entre la vida y la muerte: es justo el momento de expirar. Y por eso se dice que este Cristo preconiza la Resurrección.

De hecho, el Domingo de Resurrección se postra la escultura y se le besan los pies

Claro, es un caso paradójico: ¿usar a un Crucificado para celebrar la Resurrección! Esto es porque el Cachorro no muere nunca, algo en Él te da a entender que va a resucitar. Es el triunfo de la vida sobre la muerte: el propio movimiento de la escultura, la elevación de la caja torácica, ya te hace pensar en esa esperanza.

Desde luego, es paradójico

En Sevilla tenemos también al Cristo de la Buena Muerte, de Juan de Mesa, que sería la antítesis del Cachorro. Es un Cristo ya muerto, creado para ser contemplado, para la reflexión interior, mientras

que el Cachorro fue pensado para procesionar, para mover a los fieles a ese instante de explosión de júbilo por la Resurrección.

Ud. es cofrade, ¿cómo vive espiritualmente lo de salir a procesionar?

El primer objetivo de una hermandad es salir a la calle a evangelizar, a dar fe pública de que uno es cristiano. La imagen es una herramienta, que viene de la Contrarreforma. En este sentido, el hecho de procesionar va aparejado a esta obligación del cofrade, y también permite hacer un viaje interior: cuando yo voy de nazareno puedo estar horas en silencio, haciendo un viaje espiritual muy intenso. El nazareno sigue a Jesús en un camino del calvario metafórico: sufre el cansancio, la sed, los empujones... tiene su propia vía dolorosa.

Aunque no hace el camino en solitario

No, la procesión es también un acto de hermanamiento: con la familia, con los hermanos cofrades, con el prójimo... Es muy bonito ir pasando el testigo generación tras generación: mi padre fue hermano, luego sus hijos y ahora mis hijas y las de mi hermano también lo son. El día que se procesiona es un día de comunión general, hacemos lo que nos dijo Jesucristo: reunimos en torno a Él y recordarle. ■



Juan Orbe junto a las miniaturas de Semana Santa que fabrica. Josema Visiers

El joven ‘pamplonica’ que recrea la Semana Santa en miniatura

Un Viernes Santo, después de comer, Juan Orbe se aburría. Tenía siete años, aún no era la hora de los Oficios y su mirada paseaba distraída por su cuarto. “Vi un crucifijo, me acordé de la procesión, y pensé: ¿y si lo pongo en un paso?”, recuerda ahora el joven pamplonés. Fabricó su primer paso en miniatura con una caja de medicinas vacía, y desde entonces -años tras años- ha creado media decena de estas figuras, improvisando su estructura con palos de helado, brochetas y retales de vestidos.

“He hecho la Oración en el Huerto de los Olivos, la Flagelación, la Dolorosa... casi todos me los he inventado, menos el Cristo Alzado de Pamplona”, explica. Tiene sentido: el propio Orbe forma parte de la Hermandad de la Pasión del Señor desde que nació, y siempre ha salido en procesión, sea como mozorrito o en alguno de los papeles: ha sido soldado romano, guardia de honor, pueblo judío...

Además de las miniaturas de Semana Santa, Orbe también fabrica belenes y

cabezudos: “En cada época del año, algo distinto”, dice. Hoy, el joven artesano estudia carpintería -“qué mejor que dedicarse a lo mismo que hacían san José y Jesús, ¿no?”, se pregunta- y se prepara para salir en procesión, un año más, por las calles de la capital navarra. “Lo que se pretende enseñar es la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo... para muchos, es la única catequesis que van a tener en todo el año”. ■

PUEDES CONOCER MÁS SOBRE EL ARTISTA Y SUS CREACIONES EN ESTE QR:





Fotograma de la película *Million Dollar Baby* (Clint Eastwood, 2004).

La cultura de la muerte en el cine

POR JUAN ORELLANA

La muerte ha sido siempre un asunto central en la historia del cine, tratada de infinitas maneras, según culturas, tradiciones religiosas o perspectivas ideológicas. Pero dentro de este inconmensurable panorama, vamos a centrarnos en un tipo de muerte muy particular, el suicidio, y cómo su tratamiento en el cine ha evolucionado en los últimos tiempos hasta ser propuesto como un derecho de la persona.

Siempre ha habido suicidas en la historia del cine. Personajes que en la soledad de su desesperación creían encontrar en la muerte la única forma de acabar con su dolor. ¿Quién no recuerda la angustia del protagonista de *¡Qué bello es vivir!* (F. Capra, 1946) o ese dejarse morir de John Merrick tras una vida cumplida en *El hombre elefante* (D. Lynch, 1980). Junto a estos suicidios –o intentos de– comprensibles, que no justificables, empiezan

a aparecer otros con un trasfondo nihilista a la vez que hedonista: la vida es un *carpe diem*, y cuando no se puede disfrutar, no tiene sentido vivir. Es el destino elegido por las protagonistas de *Thelma & Louise* (Ridley Scott, 1991) o por el personaje que interpreta Ed Harris en *Las horas* (S. Daldry, 2002). En ocasiones es la vejez la que motiva esa decisión, como en la canadiense *Y llovieron pájaros* (Louise Archambault, 2019), o la soledad en el caso de la española *En los márgenes* (J. D. Botto, 2022).

Este planteamiento da una vuelta de tuerca a finales del siglo XX cuando la opción del suicidio se empieza a entender como un derecho. Parece inevitable que cuando la dignidad de la persona no se concibe como algo que nos es dado, sino que la construye uno mismo, emergiendo de su propia voluntad, entonces acabar con la propia vida es una cuestión de decisión personal, como un derecho inalienable del individuo. Y es que, si la propia vida no es un regalo, se convierte en un mero devenir biológico, y uno acaba con ella cuando quiere. Así empiezan a estrenarse películas que tratan de personas –habitualmente enfermas– que desean morir y a las que un sistema legal considerado antiguo y medieval se lo impide. Películas que van creando opinión de cara a la despenalización de la eutanasia. Pionera en ese sentido es *Mi vida es mía* (J. Badham, 1981). Trata de Ken Harrison (Richard Dreyfuss), un artista que tras un accidente de coche se queda parapléjico. Con el paso del tiempo Ken decide que su vida ya no tiene sentido y desea morir. Para ello deberá enfrentarse a los tribunales, a fin de que autoricen a los médicos dejarlo morir.



Fotograma de la película *Amor* (M. Haneke, 2012).

Un hito en esta cruzada a favor de la eutanasia fue *Amor* (M. Haneke, 2012), que merece más atención por nuestra parte. En el mes de diciembre de 2012 se entregaron en La Valetta (Malta) los Premios de Cine Europeos que concede la Academia de Cine Europea. Carlos Saura entregaba el Galardón de Mejor Película y Mejor Director a Michael Haneke por *Amor*, que ya traía bajo el brazo la Palma de Oro en Cannes. Sus protagonistas, Jean-Louis Trintignant y Emmanuelle Riva, recibieron también sendos premios europeos a Mejor Actor y Mejor Actriz. La crítica ya había caído rendida de bruces en Cannes ante este film: *The Hollywood Reporter*, *Variety*, *The Guardian*, *The New York Times*,... y prácticamente toda la prensa española. El guion, que se inspiraba en el suicidio de una tía de Haneke, se sitúa en los últimos años de la vida de los parisinos Georges y Anne, un matrimonio de músicos octogenarios de reconocido prestigio y vasta cultura, la quintaesencia de la civilización europea ilustrada. Entre ellos todavía existe un amor lleno de delicadeza. Tienen una hija casada que también se dedica a la música y a la que apenas ven. Un día, Anne sufre una embolia, y queda paralizada de medio cuerpo. Comienza un proceso de degradación física y deterioro mental que pondrán a prueba a su enamorado esposo. Pero ella deja muy claro su deseo antes de demenciarse del todo: “Así no tiene sentido vivir”. La película empieza como si se tratara de un film sincero, auténtico, sobre la belleza del amor humano y sobre la grandeza tierna de la vejez; pero en el minuto cuarenta comprendemos que se trata de una estrategia para llevar al espectador por donde no quiere ir. La película está llena de rencor hacia la vida, una vida que Haneke solo considera digna de ese nombre cuando coincide con su proyecto. La vida solo es vida para Haneke cuando excluye el misterio del dolor, la herida del sufrimiento. En cuanto aparece la radical contingencia del ser, tan evidente en la enfermedad y la vejez, en

cuanto la vida reclama a gritos un significado, casi inevitablemente trascendente, Haneke impone la “solución final”: una vida así debe ser eliminada, drásticamente. Todo menos dejar que el Misterio pueda conquistar un espacio propio, todo menos impedir que el hombre tenga la última palabra. La película tiene muchos momentos verdaderos, muchos, pero se envilecen al ser utilizados como envoltorios de una gran mentira. La mentira de darle el poder absoluto a la propia subjetividad, la mentira de llamar amor al despotismo de quien se cree con razones para quitar la vida a otro cuando esta no se rige por los propios criterios.

También el director mejicano Alejandro González Iñárritu en *Beautiful* (2010) se enfrenta a la enfermedad terminal y a la muerte pero, no siendo creyente, es honesto con la razón y deja abierta la puerta a lo ignoto, a un significado que esté más allá de nuestra miope mirada, de nuestro estrecho perímetro. Haneke no quiere ni oír hablar de eso, como ya había demostrado en sus anteriores películas.

En España hizo lo propio *Mar adentro* de Alejandro Amenábar (2004), una película que trata sobre el suicidio inducido de Ramón Sampedro. Como aproximación al drama humano de Sampedro, la película es correcta, no cae en histrionismos ni hace concesiones a la lágrima fácil. En ese sentido, Amenábar sigue fiel a su talante frío y distanciado, aunque esta es su película más emocional, más creíble. Pero detrás de la sutileza y elegancia del film late una tesis clara. Y esa tesis la encarna el personaje que interpreta Belén Rueda: una vida cercenada por la enfermedad no vale la pena. Dicho de otra forma, la vida no es un don, sino un derecho: tan lícito es mantenerla como cortarla. Y todo en aras de la libertad personal. Nada de esto se pregona demagógica o discursivamente en el film, sino que se va fraguando y remansando en las orillas de una película envolvente y atractiva, llena de encanto y calidad. Ningún personaje

encarna la concepción de la vida como don, sino que el planteamiento general es exclusivamente emocional, o como mucho, de un sentido común acrítico. Nadie profundiza en los porqués de la vida o de la muerte, y lógicamente, la postura de Sampedro, fría, convencida, impasible,... gana la partida por goleada. Por otra parte, la escena que Amenábar dedica a la Iglesia, en la que un sacerdote tetrapléjico visita a Sampedro, es tan patética, bochornosa, disparatada e inverosímil, que hace añicos el clima de seriedad y contención que envuelve el resto del film.



Fotograma de la película *Mar adentro* (Alejandro Amenábar, 2004).

Otra cinta que plantea la cuestión de la eutanasia es la francesa *Algunas horas de primavera* (S. Brizé, 2012), que nos habla de una mujer con un tumor cerebral avanzado y que las pastillas que toma cada vez le hacen menos efecto. Ella, acompañada de su hijo, quiere ir a Suiza para que le apliquen la eutanasia. Un caso muy diferente es *Million Dollar Baby* (C. Eastwood, 2004), dado que la eutanasia nunca se propone como una acción moral, nunca se desdramatiza, ni la conciencia de culpa abandona al que la practica.

Afortunadamente, frente a estas cintas nihilistas, hay películas que plantean salidas luminosas al túnel de la enfermedad, como la británica *Una razón para vivir* (A. Serkis, 2017) que cuenta la historia real de Robin Cavendish (Andrew Garfield), un joven brillante y aventurero cuya vida da un giro drástico cuando la poliomielitis lo deja paralizado. Dedicó su existencia a luchar por la calidad de vida de los discapacitados.

Fotograma de la película *Una razón para vivir* (A. Serkis, 2017)



Otra cinta positiva es la americana *Siempre Alice* (R. Glatzery W. Westmoreland, 2014), que se centra en la vida de la familia Howland, en Nueva York. John (Alec Baldwin) es un prestigioso médico, su esposa Alice (Julianne Moore) es una conocida lingüista y profesora en la Columbia University de Nueva York. El matrimonio tiene tres hijos, Anna, casada y embarazada; Frederic, que tiene novia, y la pequeña, Lydia (Kristen Stewart), también independizada aunque ha preferido dedicarse al teatro en lugar de entrar en la Universidad. La vida de la familia Howland transcurre feliz hasta que Alice, preocupada por sus pérdidas de memoria y sobre todo por extraviarse en su propio campus, decide ir al neurólogo, el cual, tras las pruebas pertinentes, le diagnostica un Alzheimer prematuro. Su vida personal y familiar tiene que replantearse enteramente, y en muy poco tiempo ya nada volverá a ser como antes. La película es muy ponderada y no recurre a excesos melodramáticos, ni a sobrecargas emocionales de sentimentalismo barato. Al contrario, su sobriedad está al servicio de la credibilidad de los personajes, llenos de realistas claroscuros. Estos se plantean dilemas morales muy razonables: ante una enfermedad irreversible de enajenación total ¿es razonable sacrificar la propia carrera profesional? ¿Dónde acaba el sentido común y comienza el egoísmo? Marido e hijos tendrán que solucionar estos conflictos, cada uno desde sus circunstancias particulares, y la película no juzgará sus decisiones. Sin

embargo, sí que se señala claramente con el dedo al personaje de Lydia, la rebelde de la familia, la inconformista... y la que se lleva peor con su madre. Ella será capaz de la mayor generosidad, y es la que pronuncia la última palabra del film, “Amor”, como un brindis irónico dirigido al citado cineasta austriaco Michael Haneke. Ciertamente hay una escena en la que Alice se plantea la posibilidad del suicidio como única salida, pero a diferencia de *Amor*, aquí se presenta como una opción “secreta” de la protagonista, que bajo ningún concepto podría ser aceptada por su familia, y que finalmente se descarta.



Fotograma de la película *Siempre Alice* (R. Glatzery W. Westmoreland, 2014)

Al margen de estos títulos tan conocidos, la cuestión de la eutanasia –“legal” o no– aparece cada vez en más películas, pero ya de manera natural, generalmente desdramatizada, como si se tratara de un derecho ya aceptado por todos. Lo mismo ha ocurrido en el cine con las cuestiones de género o con el tema del aborto. Pero la posición cultural que hay detrás es la misma: el ser humano se hace a sí mismo, es radicalmente independiente, y su voluntad es el soberano tribunal que dicta sentencia. Todo ello es inevitable cuando el hombre deja de concebirse desde una razón religiosa, cuando no quiere mirar su radical contingencia, cuando no quiere hacer cuentas con su dependencia ontológica y cierra las puertas al Misterio, sin el cual, necesariamente, hace aguas el sentido de la propia existencia. ■

Si hemos de morir, riamos

POR **HUGHES**



Hay una viñeta de Chumy Chúmez de irresistible comicidad. Cuelgan unos pies, los pies de un muerto; por la posición, seguramente un ahorcado. Hay un sol negro en una esquina, nada más. Un pie descansa desnudo ("la suprema descalcez") pero en el otro hay algo distinto: los dedos de los pies están encogidos, salvo uno, el dedo central, el tercer dedo, que ni nombre tiene, que se muestra erecto, creando el efecto de una extraña rebeldía del cuerpo y del muerto. El finado parece estar haciendo una peineta con el pie, haciendo la última broma o el último desacato en el momento de 'estirar la pata' y, un poco más, estirar el dígito.

El gran Chumy definió el humor negro de un modo preciso: "Humor negro es aquel que se asocia con imágenes de la muerte o de la infinidad de caminos que nos conducen a ella. Es también un humor pesimista o simplemente un humor realista que muestra con delectación

y a veces con gracia los aspectos más penosos de nuestra condición humana de mortales". Es decir, es un humor asociado a la muerte o a la costumbre de la muerte, a los elementos culturales a ella asociados; y realista porque asume la gran, la única realidad que es morir, como si todo lo demás en la vida fuera fantasía; y en ese humor, que es realismo antes que humor (ramoniana "explosión de realidad inevitable") la gracia puede estar o no, pero no es condición necesaria, no ha de ser necesariamente gracioso; es un humor, por último, asociado a la mortalidad, es decir, incorpora la conciencia humana de morirnos.

Y es curiosa la presencia del ahorcado en el humor español, sobre todo gráfico, de hace unas décadas. Están los ahorcados de Chumy y los varios ahorcados de Mingote, en especial esa viñeta en la que un hombre sujeta con una mano una sogá y con la otra riega paciente el arbolito

del que deberá colgarse. Árbol de la vida del que penderá un cuerpo y donde los juanramonianos pájaros quedarán cantando.

Entre ahorcados, y con el recuerdo de *El verdugo* berlanguiano, no extraña que Tip y Coll, el gran dúo cómico, fueran vestidos de enterradores. "Los momentos de supremo humorismo han sido al borde de la tumba", escribió Ramón Gómez de la Serna; Jonathan Swift, quizá el padre del humor negro, reconoció también, mucho antes, el potencial humorístico de lo funerario: "Quien camine atento por las calles verá, sin duda, las caras más alegres en los carruajes enlutados".

Hay en lo patibulario un humorismo de postrimerías por el que Lichtenberg dejaba la idea casi nogueriana del "cadalso con pararrayos". Pero en el ahorcado hay algo más: su conciencia plena de mortalidad, que nos es común. El ahorcado somos todos en el momento de reparar en nuestro humano sino. "Desde que nací lo sé, por eso lo espero y no lo temo", decía Quevedo. "Los españoles somos maestros en el morir *habemus*", pensaba Ramón. Sabemos que tenemos que morir y el ahorcado es el condenado, el hombre consciente de la hora inevitable, con su sogá en la mano. El humorismo negro incorpora por definición esa dimensión existencial que lo hace único respecto a otras manifestaciones de la comicidad y de lo cultural.

“ Humor negro es aquel asociado a la muerte o a la costumbre de la muerte, a los elementos culturales a ella asociados; y realista porque asume la gran, la única realidad que es morir.

Gómez de la Serna, que supo ver la raíz negra del humor español, no tanto fino 'humour' como ramalazo tremendista desde la picaresca hasta Berlanga o Buñuel, consideraba en 'Importancia y gravedad del humorismo' que la razón de ser de nuestro mejor humor, de nuestro humor quintaesencial, era enfrentarse a la condición de moribundo: "El humorismo

español está dedicado a pasar el trago de la muerte y, de paso, a atravesar mejor el trago de la vida. No es para hacer gracia (de nuevo, como Chumy), ni es un juego de enredos". O, dicho de otra forma: es "consuelo de lo problemático invariable".

Además de "mostrar", como dice la definición chumyniana, el humor de tono negro, macabro o macabron, tendría una función consoladora ante el trance: como vamos a llorar, como es seguro llorar, mejor reír, imponerse la risa, el gran acto de rebeldía (dentro de la mayor sumisión general) de reír en el valle de lágrimas. Sería función del humor negro ayudar en la aflicción. La forma de esta ayuda la analizó Freud (*El humor*) y no puede sorprender que recurriera también a la figura del ahorcado como ejemplo en su análisis del humor, particularmente del negro: el condenado al que llevan a la horca un lunes y grita "¡Esta semana sí que empieza bien!". Considera Freud que este tipo de humor tiene una función alta y particular: "El humor no solo tiene algo de liberador, análogo en ello al ingenio y a la comicidad, sino también algo de sublime y elevado, características que no se encuentran en los otros dos órdenes de adquisición del placer por una actividad intelectual. Lo sublime tiende evidentemente al triunfo del narcisismo, a la invulnerabilidad del yo que se afirma victoriosamente. El yo rehúsa dejarse atacar, dejarse imponer el sufrimiento por realidades externas, rehúsa admitir que los traumatismos del mundo exterior puedan afectarle; y aún más, finge, incluso, que pueden convertirse para él en fuente de placer".

Ante el supremo realismo de la muerte, el yo (pasamos del nosotros consuetudinario al yo clínico y analizable) y más concretamente el yo español tendría dos opciones casi desde el barroco: la mística y el humorismo.

Los místicos van a Dios por distintas vías: la punitiva, la iluminativa o la unitiva, mientras que Freud analiza el mecanismo concreto del humor: ante el dolor, ante el sufrimiento psíquico, el yo escapa hacia el superyo, entendido como una

instancia paternal (el superego mantiene al yo bajo una severa tutela y continúa tratándolo como el padre al niño). Ante la muerte, el místico va a Dios, acude al Padre, mientras que el humorista refugia su yo dolido, por moribundo, en el recoveco psicocultural del superyo, refuerzo de subjetividad más cultura e "instancia paternal".

“*Ante el sumo realismo, el yo abierto a la muerte, huye del dolor y hasta busca el placer refugiándose en un espacio paternal de subjetividad y cultura. Por eso el humor negro tiene algo de costumbrismo y de acervo comunitario.*

El humorista no salta la valla trascendental hacia Dios, pero ante la muerte busca el refugio en el padre psíquico del yo.

Por tanto: ante el sumo realismo, el yo abierto a la muerte, que es yo condenado, con su soga en la mano, huye del dolor y hasta busca el placer refugiándose en un espacio paternal de subjetividad y cultura. Por eso el humor negro tiene algo de costumbrismo y de acervo comunitario.

Ante la muerte, su evidencia en nosotros, habría una salida trascendente hacia el más allá, la mística, por ejemplo, pero también hacia este lado: el humor sería una mirada a la muerte desde aquí, desde el más acá, mirada no trans sino cis, ciscendental.

El místico querría saltar la valla, ansía el otro lado; el 'negrohumorado' ve la valla desde aquí y le lanza una pelota puñetera y juguetona.

El humor negro es, por tanto, ciscendental (valga la expresión), existencial, elevador, hedonista, comunitario y, además, siempre un poco populista, pues tiene por objetivo "quitar alcurnia al que se cree inmortal". Reírse no solo de la muerte, sino del que cree que no morirá nunca. No nos reímos tanto de la muerte (es la 'inrisible') como de las circunstancias y actitudes ante ella. El humor negro condena al cursi, al lírico mortuorio y al gran vanidoso que cree que jamás se verá

en ese trance. En general, cualquier egotismo chirría cómicamente ante la gran igualdad.

Es un tema clásico de la cultura: la 'vanitas' que denunciaba el Eclesiastés, "vanidad de vanidades, todo es vanidad". Está presente en la tradición de nuestra pintura, los bodegones mortuorios con las calaveras y los esqueletos, las danzas de la muerte... Ahí no hay solo una función ejemplarizante o moral, sino que ya asoma la humorística. Solo hay que ver el *In Ictu Oculi* (1672) del pintor Juan de Valdés Leal, la comicidad que desprende ese esqueleto. Porque toda realidad humana se retrata ante el esqueleto o la calavera; queda denunciada su solemnidad, ridiculizada. El esqueleto es posible contraste de humorismo, como decía el vitalísimo Ramón, es "traje de torero de la muerte". Pero ¿acaso no es también el torero parte de una danza de la muerte, burlador que la mira de frente, creador de un momento trágico y a la vez festivo? En el torero, ya solo en el traje de torero, hay algo dirigido a activar potencias humorísticas y macabras, solanescas, que hicieron fantasear espectacularmente a Dalí con "alquilar una ancianita limpia, en un grado máximo de decrepitud y exponerla vestida de torero...".

“*El humor negro es ciscendental, existencial, elevador, hedonista, comunitario y, además, tiene por objetivo "quitar alcurnia al que se cree inmortal".*

El esqueleto barroco, el torero y el ahorcado son figuras propias por nuestro "sentir la muerte con tanta naturalidad como el respirar", que dijo Hemingway; y son agentes de humorismo negro o próximos a ello por su realismo total, su mirada consciente a la muerte, su incitación al placer, su posible gracia, no negada, o su jocundo, riante y escarmentado igualitarismo.

El humor negro, por tanto, es una forma de mirar y se diría que en la sociedad española, que mata mucho pero mira poco la muerte, se da cada vez menos. ■



Elden Ring.
FromSoftware.

Aprendizaje, duelo y oración: la muerte más allá del *game over*

POR **GUILLERMO ALTARRIBA**

En la mayoría de videojuegos, morir es necesario. A diferencia de la pintura o la escultura, el videojuego se define por ser interactivo y, por tanto, requiere superar desafíos para avanzar. Así, el *game over* se vuelve esencial en su gramática, semejante al punto y seguido con que termina esta frase. Jugar, fracasar y volver a empezar es el abecé del ocio electrónico, desde el viejo *Pac-Man* hasta el último *Call of Duty*.

En este sentido, la muerte se presenta –como señala el investigador David Mai– como un momento de contemplación, donde el jugador se disocia de su avatar, reflexiona sobre sus acciones y plantea nuevas estrategias para tener más éxito en el siguiente intento. En algunos casos, no obstante, este ciclo de prueba y error adquiere una nueva dimensión. Hay juegos donde la muerte deja de ser un trámite y se convierte en una herramienta expresiva al servicio de las tesis de sus autores. El objetivo de este artículo es explorar algunos de los ejemplos más interesantes y provocadores de este planteamiento.

Celeste y Elden Ring: morir para mejorar

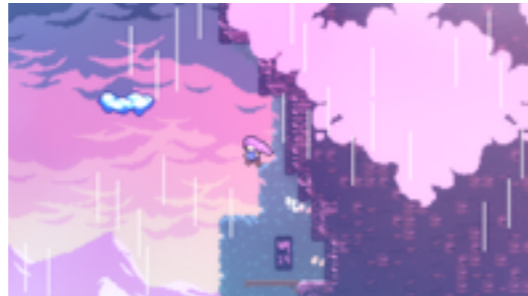
El primer ejemplo es *Celeste*. Creado por los canadienses Maddy Thorson y Noel Berry, nos presenta a la joven Madeline y una montaña llena de obstáculos. No es un juego sencillo: cada pantalla requiere una combinación precisa de saltos, y lo habitual es morir cada pocos segundos. Avanzamos penosamente, y poco a poco se nos descubre el verdadero argumento del juego: Madeline sufre depresión y ansiedad, y la montaña es una metáfora de su estado mental.

Sin embargo, no es un juego frustrante. ¿Cómo es posible? *Celeste* es una obra sobre abrazar las propias limitaciones, y no ve la muerte como un castigo, sino como un aprendizaje. Cada vez que Madeline muere, reaparece instantáneamente solo unos pocos metros más atrás y puede empezar a moverse inmediatamente. Al reducir al mínimo la fricción, *Celeste* te anima a volverlo a intentar, como un entrenador exigente, pero comprensivo.

Creada por el estudio nipón From Software, la saga *Souls* también enfatiza la muerte repetida como vía de mejora. Su título más reciente es *Elden Ring*, una aventura de fantasía medieval que hereda la mecánica de la muerte de su predecesor *Demon's Souls*: cada vez que tu personaje cae, pierdes los recursos acumulados y debes volver allí donde moriste para recuperarlos. Si pierdes de nuevo antes de llegar, los pierdes para siempre.

Sumado a la dificultad de los enemigos y lo obtuso de sus sistemas, no pocos sienten que si *Celeste* es “un abrazo”, como lo define el bloguero Alessandro Fiorito, *Elden Ring* es un bofetón. Para otros muchos, esta exigencia es precisamente lo que da valor a la experiencia. “Los videojuegos –apunta el periodista Simon Parkin– a menudo adulan a los jugadores con fantasías infantiles de poder, pero el trabajo de Hidetaka Miyazaki [el director de *Elden Ring*] se apoya en las virtudes del fracaso, la paciencia y la precisión ganada a pulso”. El

propio Miyazaki, entrevistado por Parkin, destaca que su intención es “que tantos jugadores como sea posible experimenten el gozo proveniente de superar la adversidad”.



Celeste.
Extremely OK
Games.

La radicalidad de la permadeath

¿Y si solo tuvieras una vida? Aunque era lo habitual en los arcade –si morías en *Space Invader*, el juego terminaba–, esto se fue diluyendo a medida que los videojuegos dejaban las recreativas y entraban en el salón: si el jugador ya no ha de gastar monedas para seguir, deja de ser necesario interrumpir la partida abruptamente cada poco tiempo. Como efecto secundario, la visión del videojuego como una fantasía de poder inane –como destacaba Parkin– ha ido ganando importancia.

No obstante, en los últimos años ha ganado popularidad otra filosofía de diseño, que vuelve a las raíces arcade: la “muerte permanente”, o *permadeath*. El planteamiento básico es el mismo que entonces: tener un único intento para superar un desafío añade gravedad y tensión al juego. Esta es la base de todo un género –el *roguelike*–, con ejemplos tan celebrados como *Spelunky* o *Hades*. También destacan las sagas de estrategia *XCOM* o *Fire Emblem*, caracterizadas por la posibilidad de que los compañeros que te han acompañado batalla tras batalla mueran y no regresen. Un juego que aborda esta idea de modo más íntimo –y con implicaciones incluso en cómo usa el mando– es el emotivo *Brothers: A Tale of Two Sons*.

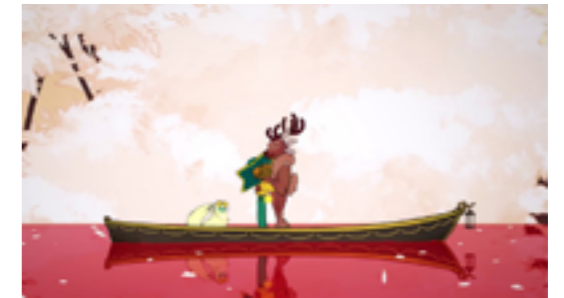
La versión más extrema de esta filosofía de diseño son los títulos que, de modo literal, solo pueden ser jugados una vez. Es el caso de experimentos como el famoso juego *flash You Only Live Once*, que solo permitía un intento y usaba el historial del explorador para mantener al personaje muerto, o el inquietante *Pony Island*, que requiere desinstalar el juego como culmen de su historia.

La muerte como protagonista

La última categoría son aquellos juegos en los que la muerte no es una mecánica, sino el centro de su historia. En *A Mortician's Tale* nos ponemos en la piel de una trabajadora de una funeraria, como vía para visibilizar lo que ocurre con el cuerpo de los difuntos, y en *What Remains of Edith Finch* se despliega una historia a través de las muertes de los distintos miembros de una familia. Este juego, según la analista Marta Trivi, “presenta la idea de que lo que somos se relaciona de cierta manera con los que vinieron antes que nosotros”.

Otros juegos guiñan el ojo a lo trascendente, como en *Spiritfarer*, donde el jugador encarna a una joven psicopompa que, como Caronte, debe acompañar a las almas al más allá. Más adelante descubrimos la alegoría: es una enfermera de cuidados paliativos debatiéndose entre la vida y la muerte, y muchos de los espíritus que encuentra son pacientes a los que acompañó.

Sin embargo, el juego que quiero destacar –y, en realidad, la motivación para escribir este artículo– es uno muy especial: *That Dragon Cancer*. En él, la muerte no es el final, sino el punto de partida, y no uno abstracto: esta obra es el testimonio interactivo del viaje recorrido por Ryan y Amy Green al saber que su hijo Joel padece un cáncer terminal. Pantalla a pantalla, acompañamos al pequeño por salas de hospital, noches infinitas y escenas oníricas mientras el cáncer –un dragón oscuro como la noche– va ganando espacio.



Spiritfarer.
Thunder Lotus
Games.

Diseñador de *software*, Ryan Green comenzó a desarrollar el juego junto a su amigo Josh Larson mientras Joel aún vivía: diseñar sus mecánicas se convirtió en una manera de asimilar la experiencia y procesar de forma anticipada el duelo. Joel falleció a mitad del desarrollo, y *That Dragon Cancer* se convirtió en un obituario, una reflexión en primera persona sobre la enfermedad, la paternidad y el sentido del sufrimiento.

Ryan Green tuvo la idea de crear *That Dragon Cancer* estando en la iglesia, y no se puede entender el juego sin tener en cuenta su relación y la de su mujer con Dios. Por ser un videojuego –y por tanto, volviendo al inicio, experimentarlo de forma interactiva– en *That Dragon Cancer* rezamos para que Él venga a consolar a Joel, y nos debatimos entre la duda y la esperanza. “[El juego] va sobre donde nos hemos caído y Él nos ha levantado –explica Green en una entrevista–; sobre cuándo no hemos encontrado salida y Él nos ha dado salvación. Sobre cuándo hemos dudado y Él nos ha dado fe. ■



That Dragon,
Cancer.
Numinous
Games.

Esclavos fantasma y zombis digitales.

En Internet no muere nadie

POR **GUILLERMO ALTARRIBA**

En octubre de 1920, la noticia corría por EEE.UU como la pólvora. Thomas Edison declaró a la revista *The American Magazine* que trabajaba en un “teléfono de espíritus”, un invento que permitiría a los vivos hablar con los muertos. Un siglo después, la fantasía del inventor parece estar más cerca de materializarse: hoy numerosas empresas investigan las posibilidades de la inteligencia artificial (IA) para crear avatares digitales de personas fallecidas con las que interactuar. Sea a través de un metaverso, un ordenador o –cerrando el círculo de Edison– la propia pantalla de tu *smartphone*.

Fantasmas sobre el escenario

Antes de morir tiroteado en un semáforo de Las Vegas, el rapero Tupac Shakur dejó grabadas unas palabras que verían la luz en el disco *Better Dayz*: “Espérame como esperas que regrese Jesús”. La declaración adquirió un tinte profético para la multitud congregada en el festival de Coachella, en California, en abril de 2012. Tras un silencio expectante, el público rugió cuando Tupac



apareció de nuevo en un escenario y empezó a rapear su *Hail Mary*.

¿Espiritismo? Más bien ilusionismo, uniendo una vieja técnica decimonónica – el llamado *Pepper's Ghost*– con un modelo 3D del artista generado por ordenador. Este truco –o variaciones más o menos avanzadas del mismo– se ha usado en los últimos años para “resucitar” a cantantes como Michael Jackson, Frank Zappa o Whitney Houston. Más allá del ámbito de la música, hemos visto recreaciones digitales de actores muertos en películas –como Peter Cushing o Carrie Fisher en la saga *Star Wars*– o incluso anuncios; sin salir de España, Lola Flores y Luis Aragonés protagonizaron spots póstumos no hace mucho.

Para el periodista y escritor Simon Reynolds, todo esto se puede asimilar “a un modo de ‘esclavitud fantasma’, a nivel ético y económico”, según señala en un artículo del diario *The Guardian*. Para Reynolds, se podría incluso dar un caso de competencia desleal, con “estrellas ya establecidas continuando su dominio del mercado tras la muerte, restringiendo las oportunidades para nuevos artistas”.

Entre los muchos debates que abre esta situación, una de las áreas más inmediatas es la cuestión del consentimiento. Al fin y al cabo, como plantea el investigador Axel Gruvæus en su artículo *Beyond Peak Death?*: “la mayoría de humanos no han necesitado considerar si querrían ser simulados en un futuro del cual su ser presente no tiene ninguna experiencia”. Dicho de otra manera: si la tecnología avanza hacia usos que uno no hubiera podido siquiera imaginar, ¿qué responsabilidad tiene uno de hacerlo constar en su testamento?

Algunos personajes públicos sí tuvieron esta previsión –Robin Williams, por ejemplo, preparó un documento legal que protege el uso de su imagen hasta 25 años después de muerto–, mientras que otros ya han sufrido las consecuencias de no hacerlo. En el documental *Roadrunner*, sobre la vida y suicidio del chef Anthony Bourdain, el director Morgan Neville contrató a una compañía de *software* para recrear la voz de Bourdain y locutar artificialmente tres textos que él escribió pero nunca dijo en voz alta. Al menos uno de ellos –destacan en el portal *Slate*– está extraído de un correo electrónico privado.

Zombis tras la pantalla

Los ejemplos vistos hasta ahora se refieren a famosos, o personas con una trayectoria pública... pero, ¿qué ocurre si esta “nigromancia digital” –en palabras de Gruvæus– se aplica a aquellos que tenemos más cerca? Dicho de otra manera: ¿qué ocurre cuando la ciencia ficción pierde su apellido?

La segunda temporada de la serie *Black Mirror* comenzaba con un episodio –titulado *Ahora mismo vuelvo*– en el que una joven pierde a su novio. Desolada, contrata un servicio que promete, tras recopilar la presencia digital del chico, crear un avatar digital con el que podrá hablar como si

aún estuviera vivo. En 2021, el escritor canadiense Joshua Barbeau programó un chatbot para que respondiese como su prometida –ya fallecida– “para entrar en una fantasía en la que podía imaginar que tenía una última oportunidad de hablar con ella”, explica él mismo.

Más allá de este proyecto personal, una búsqueda rápida en Google permite constatar que aquello que era una fantasía inquietante en 2013, cuando se estrenó *Ahora mismo vuelvo*, en 2022 es el *business plan* de no pocas empresas. Compañías como You, OnlyVirtual, DeepBrain AI o Here After nacen dedicadas a vender recreaciones digitales de seres queridos. La lista, creciente, también incluye a Amazon: este verano, el gigante tecnológico anunciaba el desarrollo de una tecnología basada en IA que recuperará la voz de personas fallecidas y la reproducirá a través de su asistente virtual, Alexa.

De nuevo, esta situación abre dilemas que la humanidad no ha tenido que plantearse hasta ahora, y que se pueden tocar desde varios ángulos: de la antropología a la legalidad, como veíamos antes, e incluso desde la teología. Aquí cabe destacar el ángulo psicológico: ¿cómo afecta al cerebro humano la relación con estos “zombis” digitales? ¿En qué se diferencia esta forma de recuerdo de un familiar fallecido de una foto o un vídeo?

Uno de los ejemplos más recordados al tratar esta cuestión es el documental coreano *Meeting You*, protagonizado por una madre que perdió a su hija de seis años a causa de una enfermedad. La película muestra la reunión entre ella y una recreación virtual de la pequeña, en un espacio de realidad virtual. “Dar a alguien la oportunidad de volver a ver a su ser querido – se pregunta el psicólogo clínico Albert Rizzo en un artículo de *The Washington Post*–, ¿le dará algún consuelo o se convertirá en algo parecido a una adicción?”. ■



La Sábana Santa: el retrato de un sacrificio, la prueba de una resurrección

“Creo que la Sábana Santa me encontró a mí”, asegura Jorge-Manuel Rodríguez Almenar, profesor de Derecho en la Universidad de Valencia y presidente del Centro Español de Sindonología. La descubrió con dieciséis años, en un programa de TVE, y hoy es uno de los mayores expertos en la Síndone de Turín.

POR **JAUME VIVES Y JOSEMA VISIERS**

Empecemos por el principio: ¿qué es la Sábana Santa?

Es una tela única, porque tiene la huella completa de un hombre -por delante y por detrás- en quien se pueden reconocer todas las heridas de la pasión de Cristo. Pienso -como muchos investigadores- que hay evidencias para concluir que es la tela con la que se enterró a Jesucristo.

¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

Todo lo que se ve en la Síndone coincide con los Evangelios y, a la vez, refleja una serie de irregularidades que diferencian a este crucificado de otros condenados a muerte. Por ejemplo: el hombre de la Sábana Santa ha sido flagelado completamente, además de ser crucificado. Son dos penas distintas, y el Derecho Romano establece que no se

El presidente del Centro Español de Sindonología Jorge-Manuel Rodríguez Almenar durante su exposición. Josema Visiers

puede castigar dos veces por lo mismo. Los Evangelios explican esta irregularidad penal por la acción de Poncio Pilato, que trató de liberar a Jesús así, pero no conocemos otro caso parecido en la historia.

¿Hay más pruebas en esta dirección?

Es una suma de detalles. Los clavos, por ejemplo: no era habitual clavar a los condenados a la cruz, se les solía atar... pero a Jesús lo debieron desatar cuando trajeron al Cirineo, y los soldados verían menos trabajoso clavarlo que volverlo a atar. Además, en la Síndone vemos las heridas de clavo en la zona del pulso -el lugar correcto para que las manos no se rompan por el peso-, y no en las palmas, como se suele representar en el arte. Algo parecido vemos con la corona de espinas: se suele imaginar como un aro, pero en la Sábana Santa vemos más bien un casco. ¿Para qué hacer una falsificación basándose en algo que nadie entendería?

“*Todo lo que se ve en la Síndone coincide con los Evangelios y, a la vez, refleja una serie de irregularidades que diferencian a este crucificado de otros condenados a muerte.*”

¿De qué material está hecha la Sábana Santa?

Es una sarga de cuatro, de lino puro. Según los estudios genéticos, la misma con que se hacía el traje del sumo sacerdote de Jerusalén la tarde del Yom Kippur. ¿Por qué se enterraría a un condenado con la tela más cara que uno podía encontrar? Se explica si ese hombre es Jesús, porque José de Arimatea y Nicodemo eran personajes importantes en la ciudad, y le dan un entierro digno de un rey. Por eso mismo lo enterraron en una tumba privada en vez de en una fosa común, el destino habitual de los crucificados. Si no es Jesús, no tiene ningún sentido; culturalmente no encaja.

¿La imagen es una pintura?

No, y de hecho no tiene explicación: ¡esto es lo más impactante de la Sábana Santa! Hay una recompensa de un millón de euros a quien reproduzca la imagen, y nadie lo ha conseguido. Según los estudios, la imagen es la oxidación de algunas de las fibras más superficiales de los hilos, una deshidratación de la celulosa del lino, pero no sabemos cómo se ha hecho. El equipo STURP planteó en 1978 que podría deberse a algún tipo de radiación: el cuerpo envuelto en la sábana habría hecho una suerte de “flash” y dejado su impronta en el tejido.

Tracemos un recorrido histórico. ¿Cuándo se descubrió la Sábana Santa?

Según mi investigación, nunca se descubrió: siempre estuvo ahí, pero no siempre se mostró. En el Evangelio se dice que cuando llegaron las mujeres y los apóstoles el Domingo de Resurrección, vieron los lienzos. Pienso que los recogieron, pero no los mostraron, por dos motivos: para los judíos, lo que toca un cadáver se vuelve impuro, y venerar una imagen -en este caso, la de Cristo en la tela- era idolatría, casi pecado mortal. Hasta el siglo IV, la Iglesia Católica siguió esta idea, y no representó en imágenes a Dios ni a Jesucristo... hasta que una imagen empieza a reproducirse en todo Oriente.

¿Qué imagen?

Se conoce como “imagen de Edesa”, y muestra el rostro de Jesús como aún lo representamos hoy, con pelo largo, barba y bigote. La imagen se hizo famosa porque dicen que protegió a la ciudad de Edesa -en la actual Turquía- del asedio persa. Empezó a reproducirse como un talismán, y en el siglo X se llevó a Constantinopla. Al recibirla, el archidiácono de Santa Sofía pronunció una homilía en la que se refirió a “la herida del costado”: eso quiere decir que lo que estaba viendo era la Sábana Santa, censurada y

guardada en un relicario de tal manera que solo dejaba ver el rostro. También apoya esta teoría el hecho de que algunos de los iconos más antiguos basados en la imagen de Edesa tienen incluso arrugas que están en la tela de Turín. Por eso digo que la Sábana Santa no se encontró, sino que estuvo siempre, pero solo se identificó como tal al final.

“ La Iglesia no establece que se deba creer en ninguna reliquia en concreto, como tampoco en las apariciones marianas.

¿Cuándo se empezó a investigar científicamente la Sábana Santa?

A partir de la primera fotografía sacada de ella, en 1898: el negativo fotográfico mostraba nítidamente la imagen del hombre dentro de la tela. Hubo polémica desde el minuto uno: sacerdotes como Ulysse Chevalier la tildaron de falsa, y científicos agnósticos como Yves Delage defendieron su autenticidad. Hasta hoy se han realizado dos grandes estudios multidisciplinares: el primero en 1969, que no dio muchos resultados, y el segundo en 1978, llevado a cabo por el citado equipo STURP. Entre sus miembros había nueve del laboratorio de Los Álamos, en EE.UU, que descubrieron que la imagen tiene información tridimensional.

Imagen hiperrealista elaborada a partir de la información de la Sábana Santa para la exposición *The Mystery Man*. Josema Visiers



¿En qué sentido?

Usaron una tecnología desarrollada para estudiar planetas, y descubrieron que la huella parece tener relieve: la intensidad en cada punto corresponde matemáticamente con la distancia del cuerpo a la tela. ¡Es una precisión tal que no tiene sentido pensar que pudiera ser obra de un señor en la Edad Media! El equipo STURP también demostró que llegó a la sábana primero la sangre y después la impresión del cuerpo.

Con todo, seguramente la investigación científica más famosa sobre la Sábana sea la datación por carbono-14, autorizada por el Vaticano en 1988...

...y que situaba la antigüedad de la tela entre los siglos XII y XIII, sí. Hoy en día está más que superada en ámbitos científicos. ¿Por qué pudo fallar? La prueba analiza la proporción entre carbono-12 y carbono-14: si todos los parámetros están controlados, es bastante fiable, pero ¿y si hay contaminación? La grasa de los dedos, por ejemplo, tiene carbono-14. Con la Síndone se cometieron varios errores.

¿Cuáles?

Para empezar, cortaron un trocito de tela de una esquina, que estaba negra por la cantidad de veces que se había cogido por ahí. Ellos dicen que limpiaron la muestra, pero hay alteraciones que no se eliminan. Las lámparas de aceite con las que se exponía la sábana, por ejemplo, añaden carbono-14 amorfo, que no se elimina en el proceso de limpieza estándar. No puedes tratar una reliquia tocada y manoseada igual que un hueso de una tumba cerrada. Súmale el humo de las velas, el incendio de 1532... Se dio por válida la datación sin valorar el resultado. La realidad es que hoy no sabemos la fecha correcta de la Sábana Santa -no podemos limpiar los añadidos de la tela, o llevaría muchísimo tiempo-, pero sí sabemos seguro que medieval no es.

¿Cuál es la postura oficial de la Iglesia Católica sobre la Sábana Santa?

La Iglesia no establece que se deba creer en ninguna reliquia en concreto, como tampoco en las apariciones marianas: para ser cristiano, uno tiene que creer las verdades que están en el Credo. Pero la Iglesia sí permite el culto; en 1506, Julio II aprobó la Fiesta de la Sábana Santa. En 1998, san Juan Pablo II dijo que “la Sábana Santa es espejo del Evangelio”, que “no tratándose de una cuestión de fe, la Iglesia carece de competencia para pronunciarse sobre su autenticidad” y que debe estudiarse “objetivamente y sin prejuicios”.

**El estudio de la Síndone une fe y razón.
¿Cuál debe ser la actitud del investigador
católico ante un fenómeno así?**

Simplemente tiene que ser fiel a la verdad. La fe en Jesucristo no depende de la Sábana Santa, y por ello no podemos exigir adhesiones inquebrantables, ni todo lo contrario. El científico católico debe ser científico y aplicar los mismos criterios que el resto. ¿Los prejuicios juegan en contra? Sí, pero si uno es católico de verdad no debe hacerse trampas al solitario: "Yo sé hasta aquí y hasta aquí no sé". En este tema hay que ser honestos y decir hasta donde sabemos... ¡pero es que decir solo lo que sabemos es apasionante! ■



Imagen hiperrealista elaborada a partir de la información de la Sábana Santa para la exposición *The Mystery Man*. Josema Visiers

**PUEDES VER LA ENTREVISTA COMPLETA
EN VÍDEO A TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR:**



***The Mystery Man*, piel y sangre**

La entrevista con Rodríguez Almenar tiene lugar en la exposición *The Mystery Man*, en la catedral de Salamanca. Se trata de una instalación itinerante, que viajará por todo el mundo, y cuyo mayor atractivo es una reproducción hiperrealista de Jesús de NAZARET, realizada por un equipo de artistas y técnicos siguiendo al milímetro los detalles y medidas de la Sábana Santa.

Se trata de un cuerpo desnudo, realizado con silicona, látex y cabello humano. Pesa 75 kg e incluye algún detalle polémico, como el hecho de que, aunque sus manos tapan buena parte de la zona púbica, se puede ver lo que hay debajo, y algunos visitantes lo encuentran de mal gusto.

Para el comisario de la exposición, Álvaro Blanco, la escultura "permite, por primera vez, ver reflejada nuestra piel en la piel rota de Cristo, en su carne y su sangre", y señala que, más allá de interpretaciones personales de artistas, "al ver su tremendo sacrificio de esta manera hiperrealista, la empatía es inevitable".

**PUEDES VER LA ENTREVISTA AL
COMISARIO DE LA EXPOSICIÓN A
TRAVÉS DE ESTE CÓDIGO QR**



¿Quieres colaborar con La Antorcha?

Que esta revista llegue a tu casa nos cuesta 5 €, los cuales seguiremos pagando gustosamente para que tú puedas disfrutarla gratis. Pero si quieres colaborar, no vamos a decirte que no.

Aquí te dejamos el número secreto para que, libremente, solo si tú quieres, nos hagas un donativo.

ES19 0049 6596 27 2216010952

(Banco Santander)

para que **La Antorcha ilumine**
muchos hogares más



Cuerpo

HABLO de ti, pero eres tú quien habla.
Y si te miro es sólo
con estos ojos que son parte tuya.
Inseparables, confundidos desde
el diminuto instante del origen,
he vivido bastante -hemos vivido,
mi viejo compañero (y aquí están
nuestras arrugas, nuestras cicatrices)-
para saber que no eres algo que yo posea:
eres, de alguna forma inexplicable,
yo mismo, mi existencia; la única manera
en la que puede estar en este mundo
eso que en estos versos vengo llamando *yo*.

Y sin embargo vas abandonándome,
perdiendo fuerzas; ya no me sostienes
como antes; ya adivino cada tarde
más cercano el momento de nuestra despedida.
A ti te confiarán a una tierra piadosa
en la que, entre raíces, larvas y aguas a tientas,
irás desvaneciéndote en olvido
y yo, echado a los brazos de la Misericordia,
esperaré la bienaventurada
hora en la que regreses, luminoso
y eterno, y nos unamos nuevamente
en una juventud ya inamovible.

22/23-VIII-2012

Miguel D'Ors

Átomos y galaxias. Editorial Renacimiento (2013)